

Nicolás M. Sosa y Carlos Guerra
(Directores)

VIVIR EN LA PERIFERIA

Estudio sociológico en el barrio de Buenos Aires mediante Investigación-Acción Participativa

En la presente investigación han participado los siguientes alumnos y alumnas de Ecología Social y Sociología Urbana de la Universidad de Salamanca

María-José Alvarez Martín
Félix-Antonio Barrio Juárez
María Teresa Díaz Torres
Rosana Espiña García
Luis Feroso Laplana
Marta Gutiérrez Sastre
María-Fernanda Martín Muñoz
Araceli Mateos Díaz
Luis Mena Martínez
Ana-Isabel Morán Iglesias
Daniel Puente Rodríguez
Luis-Alberto del Rey Poveda
Rubén Rodríguez Martínez
José-Miguel Silva Trigo

y la colaboración de los vecinos y vecinas del Barrio «Buenos Aires».

SALAMANCA

CONTENIDO

Del barrio a la Universidad, de la Universidad al Barrio	3
La relación Sociedad-Universidad	3
Las redes sociales informales	6
El Gobierno Local y los Barrios Periféricos	9
Buenos Aires, un barrio periférico de Salamanca	11
La reacción del barrio ante la crisis	13
La Investigación-Acción Participativa (IAP)	15
La evaluación del proceso de IAP	20
Estudio de la realidad social y urbana del Barrio «Buenos Aires»	29
Exposición de la metodología	30
Salamanca, una ciudad escindida (María José Álvarez Martín)	36
Los Servicios Sociales en Salamanca (Luis Mena Martínez)	47
Buenos Aires: una política de vivienda (María Fernanda Martín Muñoz)	52
Vivir en Buenos Aires (María Teresa Díaz Torres)	54
La imagen del barrio «Buenos Aires» (Daniel Puente Rodríguez)	58
La droga en el barrio (Ana Isabel Morán Iglesias)	60
El tejido social de Buenos Aires (Luis Mena Martínez)	66
Redes (informales) de sociabilidad (Rubén Rodríguez Martínez)	75
Tejido asociativo y Acción Colectiva (Félix Antonio Barrio Juárez)	79
La comunidad gitana del barrio (Rosana Epiña García)	94
El Barrio «Buenos Aires»: sus mujeres (Araceli Mateos Díaz)	98
Los jóvenes de la margen izquierda (Marta Gutiérrez Sastre)	102
La tercera edad (Rubén Rodríguez Martínez)	108
Voluntariado y Acción Social (Luis Alberto del Rey Poveda)	109
Las Instituciones y el Barrio (José Miguel Silva Trigo)	111
Horizontes de futuro (Luis Feroso Laplana)	116
Conclusiones	119
Potencialidades	140
Objetivos	141
Vías de acción	142
Bibliografía	149
Anexos	151

DEL BARRIO A LA UNIVERSIDAD, DE LA UNIVERSIDAD AL BARRIO

La relación Sociedad-Universidad

Todas las personas estamos insertas en numerosas «redes sociales». Lo interesante, desde un punto de vista sociológico, es averiguar qué tipo de redes existen, qué elementos o contenidos sirven de lazos conectores, cuál es la intensidad de estos lazos y la estructura de la red, cómo evolucionan o se transforman las redes, y cómo llegan a articularse entre ellas.

Parece que en la base o en el origen de la mayoría de todas estas redes en las que nos movemos se encuentran los vínculos primarios, de amistad o afectivos. Estas redes pueden tener indefinidamente ese carácter, pero también pueden ir transformándose, se pueden formalizar e incluso llegar a institucionalizarse. El cómo llega a suceder esto es una pregunta que tiene múltiples respuestas. Nosotros vamos a intentar responder haciendo referencia a una situación muy determinada y concreta. Ello, no obstante, nos permitirá destacar algunos elementos que definen los distintos tipos de redes sociales existentes.

En la presentación de nuestro trabajo -y por mor del origen mismo de esta investigación- primamos el hecho de las relaciones entre la Universidad y la Sociedad, tan en boga durante los últimos años, al menos en las declaraciones de políticos y autoridades académicas. De hecho, no parece que tales relaciones conozcan un incremento ni un fortalecimiento en el grado en el que casi todo el mundo parece desear por distintos motivos: sea para mejorar y actualizar la formación de los universitarios, sea para que la Sociedad se beneficie de una manera más directa de los avances y el tipo de proyectos que se llevan a cabo en el mundo universitario, etc.

Procede, pues, que hagamos una primera conjetura sobre cuáles son algunos de los factores que dificultan la fluidez en este tipo de relaciones. Si nos fijamos, a través de una simple observación cotidiana, en las características de las redes sociales de los profesores universitarios, veremos que el tipo de relación dominante y que de una forma u otra se propicia en la Universidad española (aunque sea solamente por el carácter de los entresijos que, de manera general, permiten a una persona aprobar una oposición al cuerpo docente universitario) tiene un toque fuertemente corporativo. Esto significa que son redes más bien cerradas donde predominan los vínculos fuertes (como las fidelidades y las clientelas), sobre

los débiles¹. Pues bien, desde nuestro punto de vista, éste sería un elemento muy importante para explicar la desconexión entre la Universidad y la Sociedad.

Si esto es así, y puesto que no procede ahora un estudio empírico detallado sobre el tema, podemos pensar que tales redes, si bien no tienen por qué impedir las relaciones con la Sociedad, sí estarían dificultando el que esa relación sea fluida. Aunque sólo sea a modo de hipótesis se puede pensar que un sistema corporativo premia las relaciones corporativas sobre aquéllas que no lo son (Giner y Pérez Yruela, 1979). De tal forma que un profesor universitario tiene más probabilidades de alcanzar éxitos (o, si se quiere, reconocimiento) dentro de la Universidad, si cultiva este tipo de relaciones que si opta por otro tipo de relaciones fuera del ámbito universitario.

Estamos, por tanto, frente a una dificultad de corte estructural muy relevante. En última instancia, será necesario superar este obstáculo si realmente se desean unas relaciones Universidad-Sociedad más intensas. Para avanzar en tal camino habría que comenzar por iniciar un cambio en la cultura institucional presente en la Universidad, y por reformular el sistema de estímulos o incentivos de los que se beneficia el profesor universitario.

Mientras estas dos cosas no sucedan, podría pensarse que los proyectos que actualmente establecen vínculos directos entre la Universidad y la Sociedad obedecen básicamente a dos tipos de relaciones. Unos proyectos, por el hecho de generar en sí mismos un considerable volumen de beneficios (principalmente económicos), que superan los proporcionados por el corporativismo académico, consiguen imponerse a éste a partir de relaciones instrumentales utilitarias. Otros, en cambio, serían proyectos propiciados por sujetos «ideologizados» o por personas con un determinado concepto del deber en su profesión (los llamados por Elster -1990- «kantianos cotidianos»), que, a pesar de no obtener mayores utilidades (antes al contrario) en el impulso y desarrollo de este tipo de proyectos, dedican buena parte de su tiempo a los mismos.

Según esto, el primer tipo de proyectos Sociedad-Universidad obedecería esencialmente a la lógica del mercado, y en ese sentido su dinámica no guarda mayores secretos que cualquier otro tipo de actividad regulada por dicho mercado. El peligro de tales proyectos se sitúa en la más que posible subordinación de la Academia a los intereses del mercado, transformando la necesaria comunicación e intercambio equilibrado de «saberes» y experiencias entre ambos, en una relación dominada por quien cuenta con mayores recursos

¹ Para la caracterización y análisis del significado de los «lazos fuertes y débiles» seguiremos las distinciones hechas por Granovetter (1982).

económicos. De este modo se pasa de la incomunicación de la Universidad con su entorno a la subsunción de su independencia intelectual en las leyes del mercado.

Sin embargo, los proyectos a los que nos referimos en segundo lugar pueden evitar con más facilidad este problema y presentan, desde nuestro punto de vista, un interés suplementario que tiene que ver con tres características fundamentales del actual contexto socioeconómico en el que nos encontramos. La primera de estas características es la escasez de recursos económicos y el incremento de la competencia dentro del mercado, factores ambos que limitan la presencia de un volumen significativo de ofertas e incentivos con el atractivo suficiente para sacar a los profesores del corporativismo académico, y menos aún de las actividades privadas que algunos de ellos mantienen al margen de la Universidad. En segundo lugar está la crisis de financiación del Estado, la cual repercute en una doble dirección sobre el profesorado universitario: reforzando el corporativismo en la medida en que éste se hace aún más necesario al disminuir los recursos a distribuir entre los diferentes grupos corporativizados, y «obligando» a muchos profesores a buscar en el mercado, fuera de los cauces e intereses de la propia Universidad, alguna fuente suplementaria de ingresos que mejore unos sueldos más bien bajos (y en algunos casos, irrisorios). La tercera característica del presente contexto es que muchas de las actividades que en él se dan no entran dentro la dinámica del mercado o entran en ella sólo de manera parcial; es el caso de no pocos aspectos relacionados con los servicios sociales y culturales que la Sociedad demanda.

Mejorar los canales de inserción de la Universidad en el mercado puede permitir que la Universidad ocupe momentáneamente algún nicho vacío dentro de éste, o, en todo caso, introducir algún elemento de competencia desleal, pero resulta dudoso que de este modo se logre un incremento sustantivo en la interacción Sociedad-Universidad. Lo interesante para este tipo de vínculos es que hay muchos espacios y profesionales que no entran o no priorizan en su trabajo las relaciones mercantilizadas. Además, dentro de aquéllos que sí adopten esta lógica no faltarán los que primen su beneficio individual sobre el interés colectivo que representan las relaciones Sociedad-Universidad, con lo que estaríamos ante un nuevo problema con graves repercusiones sociales.

Será necesario recurrir a otro tipo de estrategia, como puede ser el apoyo a estos «kantianos cotidianos» que se encuentran en la Universidad y a las iniciativas de voluntariado social que en ella nacen o prenden. Esta estrategia contaría además con una utilidad añadida, como es el favorecer y contribuir directamente a generar un cambio en la cultura corporativa dominante en el mundo universitario, y a corregir los subproductos de una cultura excesivamente mercantilizada. Un cambio que, como acabamos de señalar, es

imprescindible para incrementar los flujos entre la Universidad y la Sociedad, más aún en situaciones como la actual de crisis económica, donde además predomina en las relaciones el individualismo egoísta sobre la acción colectiva solidaria.

Las redes sociales informales

Uno de los objetivos del presente documento es explorar este último tipo de estrategias. Para ello vamos a analizar el proceso de realización de un trabajo de investigación social llevado a cabo por un grupo de investigadores y estudiantes de Sociología de la Universidad de Salamanca, durante el curso 1994-95 en el barrio de Buenos Aires (situado en la periferia de la ciudad de Salamanca). Este trabajo fue solicitado al equipo universitario, en un principio, por una Coordinadora de organizaciones sociales presentes en el barrio (la Asociación Cultural «Buenos Aires») en la que se integra un conjunto de asociaciones vecinales y algunas organizaciones no gubernamentales; y que, posteriormente, contó con la colaboración y un financiamiento básico del Ayuntamiento de Salamanca, la Universidad de Salamanca y Cáritas Diocesana.

Pensamos que esta investigación puede resultar un buen ejemplo de colaboración entre la Universidad y la Sociedad fuera de la estricta lógica del mercado. Tenemos, en efecto, por una parte, a la Sociedad, representada por un conjunto de organizaciones sociales (eso que se llama la Sociedad Civil) que promueven un proyecto de desarrollo local, y por una Institución (en este caso un Ayuntamiento) que, además de participar en tal iniciativa, financia sus costos materiales; y, por otra parte, a la Universidad, representada en una doble dimensión: por un grupo de profesores y por un grupo de estudiantes, que no cobran, ni unos ni otros, sus servicios.

Si retomamos las primeras reflexiones que hacíamos sobre la relevancia del estudio de las «redes sociales» e intentamos ver qué aplicabilidad pueden tener en esta situación concreta, podemos sacar algunas conclusiones para ir aclarando el sentido de la propuesta expresada. Así, observamos que esta iniciativa de colaboración Sociedad-Universidad no se asienta, en su origen, en la existencia de pequeños o grandes lazos institucionales. Por el contrario, tendremos que buscar en el ámbito de las relaciones informales y fuera de las instituciones para hallar las claves de su inicio. La idea del estudio-investigación parte de una persona muy comprometida socialmente, que realiza una actividad religiosa y social en el

barrio de Buenos Aires; de alguna manera podemos decir que se trata de un «kantiano» en el sentido elsteriano aludido.

Esta idea, una vez que cuenta con el apoyo de los dirigentes y personas que realizan «acciones sociales» en el barrio, se traslada a otras personas que forman parte de esa misma «red de kantianos» que dedican parte de su tiempo a tareas reivindicativas y de «trabajo social» en Salamanca. El hecho de que en esta red confluyan personas de distintos campos profesionales va a facilitar que entren en contacto los vecinos de Buenos Aires con profesores y estudiantes de la Universidad, con el objeto de realizar este estudio. La horizontalidad que define las relaciones que se entablan dentro de esta red, permite superar la verticalidad dominante de las relaciones que se establecen entre los ciudadanos o los colectivos sociales y las Instituciones. Y aún más, la frecuencia y la cordialidad de las relaciones que tienden a predominar en estas redes permite salvar, a través de una vía subterránea, la incomunicación y la distancia que suele existir entre Instituciones diferentes que se desenvuelven en un mismo espacio geográfico.

De este modo, una vez establecido el contacto dentro de la red, son los «kantianos» implicados, presentes en el barrio y en la Universidad, los que van a buscar y gestionar las fuentes de financiación necesarias: en ONG's, en el Ayuntamiento o en la propia Universidad para realizar la investigación. Por medio de este tipo de redes es como va a surgir, de una forma, si se quiere, lateral, un proyecto de colaboración entre la Sociedad y la Universidad, superando así un problema histórico de incomunicación y de distancia simbólica, Institucional, etc., entre la Universidad de Salamanca y los barrios de esta ciudad que, por otra parte, constituyen su realidad más inmediata y próxima.

De no haber existido una red de estas características, el proyecto de investigación difícilmente hubiera podido realizarse, puesto que éste sería un ejemplo, como tantos otros, de cuestiones con interés social que no suelen tener una financiación fácil. La limitación económica hace que las personas que participan en tales proyectos no se muevan exclusivamente por incentivos materiales, sino que pese en ellas más lo que Amartya Sen denomina vínculos de «compromiso» o de «simpatía», para diferenciarlos de las relaciones basadas en el «egoísmo» típicas del mercado.

Igualmente, al no jugar los intereses de tipo material o económico un papel relevante dentro de la relación, no van tampoco a determinar el carácter del proyecto en cuanto a delimitar una concepción epistemológica o ideológica de la realidad, garantizándose así una cierta independencia intelectual del mismo. La negociación entre los círculos implicados de la Sociedad y de la Universidad, entre el «cliente» y el «experto», es más equilibrada, desde el

momento en que los recursos que aporta cada actor no son un argumento determinante. Será necesario recurrir a otro tipo de argumentos para definir el proyecto de colaboración, lo cual permite mantener una comunicación más intensa entre las partes, y aumentar las posibilidades de que los intereses legítimos de ambas sean respetados.

En el caso que nos ocupa, antes de elaborarse el proyecto de investigación hubo una reunión previa entre los agentes sociales promotores de la idea, los profesores universitarios y algunos estudiantes, donde se realizó una primera negociación sobre los objetivos que se pretendía que la investigación cubriera para las partes. Los agentes sociales expusieron el tipo de problemas que tenían a la hora de operar en el barrio de Buenos Aires y lo que querían lograr por medio de una investigación social a llevar a cabo en ese espacio. Los profesores, ante los requerimientos que se les presentaban, formularon una terna de opciones metodológicas para satisfacer esos objetivos, y mostraron su preferencia por una de ellas, al entender que era la que mejor se adecuaba a los intereses expresados por los agentes y, al mismo tiempo, permitía desarrollar una línea de investigación incipiente en la Universidad española.

Gracias a que las partes sentadas en la «mesa negociadora» no buscaban maximizar sus intereses, sino que lo que predominaba era una voluntad de colaboración y un cierto compromiso de partida (dado por las relaciones de confianza y de trabajo existentes previamente, al pertenecer las partes a una misma red social), se lograron conjugar sin mayores dificultades los distintos intereses: contar con elementos de análisis para consolidar un proceso de desarrollo local en un barrio y realizar una contribución en el avance de una línea de investigación en ciencias sociales. Lo importante, además, fue que el acuerdo alcanzado no supuso la minimización de los intereses de una de las partes; al contrario, se garantizó la existencia de la pluralidad en las opciones posibles y la transparencia del proceso negociador, pues cada parte era conocedora de los intereses de la otra parte de una forma clara y directa, sin necesidad de distorsionarlos al intentar encubrirlos, tal como puede suceder en una relación mercantilizada.

Lo que se quiere destacar con este ejemplo es que los lazos entre la Sociedad y la Universidad no tienen por qué estar mediados principal o exclusivamente por relaciones corporativas o por el instrumentalismo utilitarista del mercado. Es difícil que estos tipos de relaciones desaparezcan, e incluso puede ser interesante que permanezcan en determinados ámbitos dentro de los vínculos entre la Sociedad y la Universidad para garantizar algunos aspectos funcionales de la relación. Pero lo que es indudable es que presentan grandes limitaciones. La manera de superarlas que proponemos tiene que ver, en primer lugar, con el fortalecimiento y consolidación de otro tipo de redes más transversales y plurales que las

redes corporativas que predominan en las Instituciones. Aquéllas tienen la peculiaridad de conectar a personas (y redes de personas) que desarrollan su actividad laboral en niveles o en campos distintos, lo cual les proporciona un gran potencial a la hora de establecer vínculos entre entornos tan distintos como la Sociedad y la Universidad. Tales redes no son algo nuevo que nosotros queramos ahora descubrir; siempre han existido y han estado operando. Lo que pretendemos es que sean reconocidas como tales y que se garantice y promueva su desarrollo formalmente y sin discriminaciones. De lo contrario, estas redes seguirán actuando sin que su potencial sea adecuadamente aprovechado; o, en el peor de los casos, podrían llegar a corporativizarse y actuar como grupos informales de presión sujetos a intereses clientelares, como cualquier otra red corporativa cerrada en sí misma.

La otra vía para superar las limitaciones señaladas es trascender la lógica del mercado, sin que ello implique su eliminación. Las relaciones de corte «económico» tienen un campo y una aplicabilidad insustituible, pero no tienen un carácter único ni exclusivo. Si esto se reconoce se podrán abrir espacios para que otros tipos de lógicas y relaciones puedan manifestarse entre la Sociedad y la Universidad. No hay que confundir la creación de estos espacios «alternativos», acompañados de algunos estímulos o incentivos para favorecer su desarrollo, con su incorporación o asunción en la lógica económica, sino como una garantía para preservar la diferencia, eliminando situaciones que desequilibran la competencia al obstaculizar, incluso, una viabilidad mínima de las posiciones alternativas. Tampoco hay que ver estos espacios como una estrategia para el ahorro de recursos económicos, o para la obtención de una mayor rentabilidad de tales recursos a costa de unas retribuciones por debajo de los precios del mercado, o como un lugar para poner en marcha proyectos con una dudosa rentabilidad económica. Si esa fuera nuestra óptica, seguiríamos estando presos en la lógica económica que se quiere combatir para preservar una pluralidad más democrática que la que proporciona el mercado.

Sin embargo, sería pecar de ingenuidad pensar que el actual interés que muestran las políticas neoliberales en el fomento de la participación social no tiene mucho que ver con esta lógica económica, o con el pragmatismo de la actividad política. Lo podemos ver claramente, por ejemplo, si analizamos las nuevas estrategias que se comienzan a imponer dentro de los Gobiernos Locales en su relación con los barrios periféricos más deprimidos.

El Gobierno Local y los barrios periféricos

La experiencia nos muestra que en los cinturones periféricos de las ciudades españolas (pequeñas y grandes) tienden a localizarse muchos de los problemas de

marginalidad social que les afectan. La solución de los mismos es algo que preocupa, por **diferentes motivos**, tanto a las Instituciones Municipales y a las personas que residen en estos espacios, como al propio voluntariado social comprometido con los sectores sociales con mayores carencias.

En unos casos, la obsesión por la gobernabilidad y la paz social mueve a las autoridades municipales a preocuparse por encontrar soluciones a los problemas de los barrios periféricos. En otros casos, es la búsqueda del voto clientelar la que mueve en mayor medida las intervenciones en estos sectores. También se dan situaciones en las que el compromiso con unos ciertos valores de justicia social llevan a instrumentar mecanismos técnicos que gestionen eficazmente soluciones en esta dirección. Por último, se dan algunos casos en los que la idea de construir ciudad y ciudadanos conduce a las autoridades a compartir con los habitantes de toda la urbe parte del «poder» que en ellas han delegado éstos, contribuyendo de este modo a desarrollar lo que sería una democracia participativa. Lo habitual es que ninguna de estas conductas se produzca en estado puro; siempre se suele dar una combinación de todas ellas donde, eso sí, alguna suele tener más peso y, por tanto, más capacidad para marcar un estilo de gestión de lo local.

Hoy en día, las autoridades municipales tienden cada vez más a buscar estrategias de gobierno y de gestión que conjuguen de la mejor manera posible estas cuatro grandes motivaciones que acabamos de señalar. El logro de la gobernabilidad es un objetivo consustancial a cualquier gobernante; así como también lo suele ser el deseo de permanecer en su posición de poder, para lo cual es necesario satisfacer las necesidades de aquellos que tienen capacidad para votar y removerle en su puesto. Ahora bien, igualmente es cierto que la actual situación de crisis de financiación y endeudamiento por la que atraviesa el sector público obliga a los municipios a gestionar lo mejor posible los escasos recursos existentes, sin que ello suponga una merma en las prestaciones que inciden de forma directa en el bienestar social de la comunidad. La situación se complica cuando, además, el aumento de la cultura política democrática y la desconfianza hacia los gestores y los políticos confluyen, y los ciudadanos pasan a exigir mecanismos de gobierno más transparentes y la posibilidad de ejercer un control directo, o participar en la gestión de aquellas cosas que les afectan directamente como vecinos.

Tenemos, en consecuencia, dos grandes retos que marcan el ejercicio del Gobierno Local en la actualidad. El primero de ellos es encontrar vías que acerquen la administración al ciudadano, de tal manera que se garantice la legitimación de los gobernantes, la eficiencia técnica en la gestión y la participación de los ciudadanos en la construcción de su ciudad. Y el segundo reto es lograr lo anterior con unos recursos económicos inferiores a los que los

Gobiernos Locales han tenido en años precedentes para desempeñar sus funciones. Tomás Rodríguez-Villasante aborda estos problemas en su libro *Las democracias participativas* (Rodríguez-Villasante, 1995); en él propone la Investigación-Acción Participativa como una metodología adecuada para introducir la participación dentro de la planificación. Nosotros vamos a intentar avanzar en esa propuesta.

Buenos Aires, un barrio periférico de Salamanca

En el municipio de Salamanca, y en concreto en el barrio de Buenos Aires, se ha realizado, como señalamos anteriormente, un análisis de su realidad social y una experiencia de desarrollo o acción social de carácter integral en el mismo, que creemos se ajustan también a estas nuevas exigencias de la gestión local. Vamos a evaluar ahora, desde esta perspectiva, la experiencia. Pero antes es importante hacer algunos apuntes sobre las características de este barrio situado en la periferia de Salamanca.

Es un barrio nuevo -se inauguró en 1983- fruto de las políticas de vivienda social de aquellos años. La calidad de construcción y el tamaño de las viviendas, así como la urbanización del mismo son bastante aceptables, como lo muestra el alto grado de satisfacción de sus habitantes con tales aspectos. Pero en él confluye también, probablemente, la mayor concentración de problemas económicos, socioculturales y de segregación de toda la ciudad. Desde un punto de vista espacial, se encuentra aislado del resto de la ciudad, tanto por la distancia que lo separa del centro como por las barreras físicas existentes entre ambos (el río Tormes y una zona semi-industrial), y los espacios abandonados (sin habitar), el campo, una carretera nacional y una vía de ferrocarril que lo circundan y cierran. A este barrio fueron trasladadas 350 familias que habitaban en viviendas y zonas deterioradas de Salamanca, con una especial representación de aquellas que se alojaban en el centro histórico. Por tanto, Buenos Aires se enmarca dentro de una política de rehabilitación del centro histórico que hace uso, a su vez, de una política pública de vivienda para segregar espacial y socialmente a la mayor parte de la población de más bajos recursos y nivel cultural que residía en espacios céntricos. De este modo, Buenos Aires resuelve el problema de vivienda de un sector de la población, pero al mismo tiempo les margina, al obstaculizar su relación con estratos socioculturales más altos y concentrar todo un abanico de problemas², que podemos sintetizar en los siguientes:

² Estas dos cuestiones son especialmente preocupantes. Primero, porque está en juego el derecho a la «centralidad»; y en segundo lugar, porque la población de Buenos Aires es fundamentalmente joven (el 50% tiene menos de 25 años), y hay, por tanto, un peligro real de socializar a un importante número de jóvenes en una cultura de la marginalidad.

- Una población con graves problemas económicos (desempleo, bajos ingresos, etc.), que afecta especialmente a la población joven. Encontramos mucho trabajo informal, sobre todo entre las mujeres, quienes se han visto obligadas a realizar tareas de limpieza y servicio doméstico para contribuir al sostenimiento de sus familias.
- Las deudas en el pago de la vivienda, y la propiedad legal de las mismas.
- Un elevado índice de analfabetismo funcional y de fracaso escolar.
- Las dificultades para la convivencia entre culturas y etnias diferentes: en torno a un 25% de la población es gitana o son mercheros.
- La venta masiva de droga. Se estima que un 25% de la población del barrio (sobre todo gitana, aunque no exclusivamente) está implicada de alguna manera en este comercio que atiende, según los vecinos, a unos 60 drogodependientes diariamente.
- La presencia de conductas desviadas (delincuencia, alcoholismo, drogadicción), problemas de autoestima personal y grupal, y la dificultad para construir una identidad barrial.

Así pues, Buenos Aires es un buen ejemplo de las consecuencias negativas que se derivan de políticas que se quedan en lo sectorial y no buscan acciones integrales. Una política de vivienda, por sí misma, no resuelve los desequilibrios sociales y la marginación social; puede incluso acentuarlos si no se atacan en su conjunto todos los otros problemas asociados a ella. La «pobreza» pasó a tener un techo y un lugar donde ocultarse para ser menos visible, pero no desapareció. En este sentido, podemos afirmar que la política social y de vivienda en particular, no supo resolver el problema fundamental que afectaba a estas personas y que no era otro que el de ser personas con dificultades económicas, educativas, culturales, étnicas, etc. para integrarse plenamente en la sociedad. Y, como se sabe, cuando un problema no se resuelve de verdad (porque no se atacan en profundidad las causas que lo provocan) o se resuelve sólo en apariencia, este problema con el tiempo vuelve a aparecer, y probablemente con mayor intensidad. Justo lo que ha sucedido en Buenos Aires, por ejemplo, con la proliferación del mercado de la droga, entrando de nuevo en un círculo vicioso, ahora a partir de esta circunstancia. El problema de la droga en la sociedad tampoco se soluciona trasladando y concentrando los puntos de venta de la misma y ejerciendo una presión policial, como también ha sucedido en Buenos Aires; habrá, en todo caso, que combatir sus causas, implantar programas de rehabilitación de toxicómanos y ejercer una acción coordinada para el tratamiento del problema desde todos los ámbitos de la administración.

Buenos Aires también es un ejemplo de un estilo de planificación tecnocrática que no tiene en consideración la opinión de los usuarios, ni las variables culturales, ni las redes sociales preexistentes a la hora de diseñar un nuevo barrio. A lo cual se suma, en su caso, la mala gestión del sector público. Primero, por no haber realizado una evaluación del proyecto de Buenos Aires que intentase solucionar los problemas derivados del mismo. En segundo lugar, por no ejercer una labor coordinada entre todas las áreas y servicios con competencias en el barrio. Y en tercer lugar, por consentir las transacciones ilegales de viviendas sociales; por no ejercer el debido control y administración de los subsidios, el aplazamiento de mensualidades en concepto de pago de vivienda, y de las ayudas de las que se benefician o podrían beneficiarse los vecinos del barrio.

La reacción del barrio ante la crisis

La democracia española se ha caracterizado, en lo que tiene que ver con la política social, por impulsar en un primer momento toda una serie de políticas de ampliación del Estado de Bienestar en materias, fundamentalmente, de salud, subsidio de desempleo y vivienda. Estas políticas han tenido un carácter marcadamente asistencialista, y han buscado ser universalistas en materia de salud, manteniendo distintos grados de focalización en el resto de las materias, utilizando para ello técnicas y métodos tecnocráticos de asignación y gestión. En un segundo momento, que se solapa en parte con el primero, el Estado ha ido dejando de ser el gran agente redistribuidor y ha ido delegando en el Mercado esta responsabilidad. El nuevo liberalismo ha ido acompañado en un comienzo por un auge económico, pero en la década de los noventa el crecimiento ha sido sustituido por la crisis. Los problemas sociales que parecieron quedar resueltos bajo el signo de un Mercado en continua expansión, vuelven a aparecer (con más virulencia) cuando llega la crisis. Entonces ni el Mercado, ni el Estado por sí solos son capaces de encontrar las soluciones que requieren los sectores más desfavorecidos de la sociedad. Es el momento de la llamada Sociedad Civil, son los ciudadanos con su participación activa y por medio de la solidaridad los que tienen que tomar directamente cartas en el asunto para enfrentar la crisis.

Estas fases se ven claramente en el barrio de Buenos Aires, un barrio hijo de las políticas públicas que, durante la década de los años ochenta, logró que las dificultades socioeconómicas, que originalmente caracterizaban a su población, se ocultasen parcialmente gracias al crecimiento general de la economía, pero que cuando ésta entró en crisis han vuelto a aparecer, sin que el Estado parezca que tenga tampoco capacidad para resolverlas. Ante esta situación de falta de ingresos y desempleo, y las consecuencias sociales que de ello se derivan, los vecinos de Buenos Aires han reaccionado de diferentes formas:

- Reafirmando la vía individual propuesta por el neoliberalismo para alcanzar la inserción en la sociedad a través del consumo.
- Evadiéndose por medio del alcohol y las drogas de todo el cúmulo de problemas que les afligen.
- Buscando en las conductas desviadas (venta de drogas y delincuencia) fuentes de ingresos que les permitan sobrellevar la crisis y acceder a los bienes de consumo.
- Reforzando las redes de amistad, familiares y de solidaridad en los pequeños grupos de iguales de los que forman parte, y en formas organizativas más amplias (Lomnitz, 1975).

Esta última reacción parece la más interesante, tanto por representar un cambio de actitud frente a la fórmula individualista y consumista adoptada en los últimos años, como por promover un desarrollo (en sentido positivo) del vecindario. El barrio, efectivamente, ha comenzado a movilizarse. Durante los últimos años se ha observado un incremento de la actividad organizativa en sus vecinos. Primeramente como reivindicaciones aisladas dirigidas hacia la Administración encabezadas por la Junta de Vecinos del barrio; después con el surgimiento o consolidación de diferentes asociaciones a partir de grupos de iguales (las mujeres, los padres, los jóvenes, la religión, etc.); y en el último año con la aparición de una coordinadora -la Asociación Cultural «Buenos Aires»- que agrupa a casi todas estas organizaciones y a distintos colectivos que realizan trabajos de voluntariado social en el barrio. Con esta coordinadora se inicia una nueva etapa, pues se ponen en marcha doce programas de desarrollo en el barrio (para niños, jóvenes, tercera edad, culturales, ocupacionales, atención social, etc.) y múltiples actividades.

La Asociación Cultural «Buenos Aires» y los programas de trabajo que ha puesto en funcionamiento presentan muchos aspectos interesantes para nuestro tema. Son programas que no se quedan en lo reivindicativo; son acciones de desarrollo que buscan el apoyo y la colaboración de las Instituciones Públicas. Tampoco se quedan en acciones puntuales realizadas por grupos aislados, sino que tienen una visión integral de los problemas que enfrentan el barrio y sus vecinos, y buscan aunar todas las fuerzas posibles en las acciones que emprenden: las de los vecinos y organizaciones de Buenos Aires, las de las Instituciones (el Centro de Acción Social del Ayuntamiento, o el Colegio Público del barrio, por ejemplo), las de las organizaciones no gubernamentales (Cruz Roja, Cáritas, etc.) y voluntariado social en general, e incluso coordinándose con otras organizaciones de vecinos de Salamanca o del país. Quedan así relegados a un segundo plano las acciones y las organizaciones que obedecen a planteamientos sectoriales, al estar subordinadas a una coordinación y a un

enfoque más global que toma en consideración a todo el barrio dentro del contexto de la ciudad en su conjunto.

De entre los doce programas que se han realizado, hay uno que recoge especialmente el espíritu de todos ellos y el de la misma Asociación Cultural. Se trata del programa de Investigación-Acción Participativa (IAP) realizado en el barrio, y en el que han estado participando además de los vecinos del barrio, la Concejalía de Participación Ciudadana, el Centro de Acción Social del Ayuntamiento, la Policía Municipal, y un amplio grupo de personas que realizan tareas de voluntariado social en este barrio. El programa ha estado dirigido por un equipo de sociólogos de la Universidad de Salamanca, en lo que ha sido también una nueva experiencia de formación de estudiantes universitarios del último curso de la carrera, y de acercamiento entre la Universidad y la Sociedad.

Efectivamente, la IAP es una metodología de trabajo que sintoniza perfectamente con la nueva estrategia que hemos propuesto en las relaciones entre la Sociedad y la Universidad, en especial con aquellos proyectos que tengan que ver con el desarrollo local, la educación popular, el asociacionismo, etc.

La Investigación-Acción Participativa (IAP)

La idea del programa de IAP partió, como ya se ha dicho, de los dirigentes de la Asociación Cultural, que se dirigieron a un equipo universitario para que les ayudara a realizar una investigación que les permitiera conocer y comprender mejor la realidad social y los problemas que enfrenta Buenos Aires y las distintas relaciones y motivaciones presentes dentro de la población del barrio. Pero a este requerimiento se añadía una condición que iba a determinar la investigación y la naturaleza del programa. La exigencia era que esa investigación debía servir para algo más que para un puro conocimiento; debía aportar sugerencias y estrategias de acción para avanzar en el desarrollo de la comunidad, y servir al mismo tiempo como un programa de formación para la propia Asociación Cultural y los vecinos en general. Así es como nace el proyecto de Investigación-Acción Participativa para el Desarrollo Comunitario en el barrio de Buenos Aires.

Pero para su puesta en marcha no fue suficiente con llegar a un acuerdo entre los promotores de la idea en el barrio y el equipo de Sociología de la Universidad. Fue imprescindible negociar el proyecto y las características del mismo en dos reuniones con los sujetos de la investigación. Por un lado, con los dirigentes vecinales (como representantes de la población en general de Buenos Aires), con los animadores sociales y con los

representantes del Ayuntamiento; y, por otro, con los estudiantes de Sociología Urbana y de Ecología Social, que a la postre serían los responsables de la realización del trabajo de campo que requería la investigación. De este modo, se legitimó la presencia de los sociólogos en el barrio, dado que la gente suele ser reacia a que «venga gente de fuera a solucionarles los problemas»; se garantizó el trabajo continuado de los estudiantes durante todo el curso; y quedó clara cuál era la vinculación que se establecía entre los sociólogos y el barrio, tanto de tareas como de compromisos y tiempos para cumplirlos.

En esas reuniones se puso un peso especial en explicar dos de los supuestos (máximas) epistemológicos y metodológicos en los que se sustenta la IAP³ para, de este modo, poder iniciar una discusión sobre la propuesta de trabajo que se hacía en los espacios del barrio y del aula, y sobre la relación que se quería establecer entre ambos. Los supuestos, como vemos a continuación, inciden en la dimensión práctica y en la importancia del proceso en la adquisición de conocimientos, así como en la transformación de la realidad:

1. Son mucho más formadores, enriquecedores y profundos los conocimientos que un individuo o grupo genera que los que consume.
2. En un proyecto que presta atención al aspecto de la acción, no es una preocupación principal la obtención de datos o la constatación de hechos de manera única y excluyente, ya pretendan tener estos un tinte objetivo (positivismo) o subjetivo (fenomenología). Lo prioritario es la dialéctica que se establece en los agentes sociales entre unos y otros, es decir, la interacción continua entre reflexión y acción. Con lo que la polémica clásica entre explicación y comprensión, entre conocimiento nomotético y conocimiento ideográfico, queda de alguna forma aparcada frente a una visión pragmática del mundo social, donde lo fundamental es el diálogo constante con la realidad para intervenir en su transformación.

Una vez que quedaron asentados y admitidos estos supuestos, el grupo en su conjunto se comprometió a iniciar un proceso de auto-reflexión sobre la realidad del barrio y las distintas dinámicas presentes en él. Este compromiso va a ser el verdadero artífice de la IAP; gracias a él se van a superar los obstáculos que surgen en el proceso y se va a poder concluir el mismo. El grupo es el que decide cuál va a ser la temática específica a trabajar entre todos (vecinos, animadores, profesores, estudiantes, Ayuntamiento), asumiendo, de

³ La Revista *Documentación Social* tiene un número monográfico sobre Investigación-Acción Participativa donde se recogen las tesis y planteamientos fundamentales de esta metodología (ver Bibliografía).

este modo, que a todo el grupo le corresponde explorar las circunstancias y los hechos que envuelven al barrio de Buenos Aires, y es en conjunto como se decide el plan de acción general.

La comunidad de vecinos (presente por medio de sus dirigentes sociales y todas aquellas personas del barrio que muestran interés en participar) y una representación de los diversos animadores sociales que actúan en el barrio y del Ayuntamiento (del Centro de Acción Social presente en el barrio y de la Policía Municipal) inician el proceso de introspección y reflexión sobre su realidad y el conocimiento colectivo de ella. Mensualmente -durante ocho meses- se van a reunir con este fin una treintena de personas en lo que puede denominarse un «círculo de estudio»⁴, donde a partir de algunos analizadores de la realidad se establecen dinámicas próximas al socioanálisis. Se inicia así una secuencia de fases, que se resumen a continuación. En dicha secuencia, es casi imprescindible la presencia de algún agente externo a la realidad del barrio que pueda desempeñar una función de «catalizador»; en ese sentido el equipo de sociólogos se encarga de:

- Ayudar a los participantes a manifestar cómo perciben los problemas, cómo los explican, cómo analizan la situación y en qué tipo de soluciones están pensando.
- Centrar y situar a los participantes en el conjunto de los actores del barrio y de la ciudad, para que tomen conciencia de aquellos elementos que les unen y diferencian del resto.
- Facilitar, en una fase subsiguiente, algunas caracterizaciones generales de los problemas estructurales, sociales y culturales que están presentes en el discurso del «círculo», para que por medio de ellas se pueda establecer una discusión grupal, con el objetivo de analizar críticamente el conocimiento cotidiano expresado en la subfase anterior, descubriendo lagunas, contradicciones, limitaciones, etc. En este momento, es muy importante destacar también las potencialidades estructurales y sociales que el grupo ve en el barrio, para compensar las visiones excesivamente críticas o pesimistas que puedan producirse.
- Realizar, con el apoyo y la colaboración del grupo, el diseño y la ejecución de un «trabajo de campo», con el que se investigará por medio de técnicas cualitativas de análisis (fuentes secundarias, observación participante, historias de vida, entrevistas en profundidad, grupos triangulares y grupos de discusión) la realidad social del barrio de Buenos Aires y de su entorno.

⁴ Dentro del círculo se han producido algunas rotaciones de personas a lo largo del proceso. La continuidad se la han dado un grupo de unos ocho dirigentes, unos seis voluntarios y una persona del CEAS.

- Lograr que surja un trabajo de objetivación -en todos los participantes- que consistirá, fundamentalmente, en una descripción (contrastada por la investigación de campo realizada) de los problemas que afectan al barrio, en una explicación más razonada de los mismos, y en una presentación de los escenarios posibles de acción y de las estrategias asociadas a ellos.
- La última fase, consiste en una comunicación de los resultados obtenidos a todos los colectivos y vecinos del barrio e Instituciones interesadas en su problemática. Ello supondrá el inicio de la puesta en práctica o, en su caso, la continuación de las estrategias descubiertas o de las ya acordadas previamente.

En el proceso de la IAP hay, a su vez, distintos niveles sistémicos de análisis de la problemática barrial articulados entre sí. Se estudia ésta a través de situaciones particulares e individuales, en el ámbito de la unidad familiar, en la dimensión grupal o colectiva, entendiéndolo como una unidad y conjunto particular, e incorporando una perspectiva macro que sitúa al barrio dentro de la ciudad, y que vendrá dada además por los medios de comunicación, las Instituciones y las Políticas Públicas.

Los contenidos específicos que la IAP aborda son múltiples y se encuentran entrelazados. Se comienza haciendo una reconstrucción de la historia del barrio y de su población, prestando especial atención a aquellos sucesos concretos que son claves en esa historia. Para realizar esta tarea se van a estudiar al mismo tiempo, y en primer lugar, los condicionamientos «objetivos» del barrio: su localización y sus vías de comunicación, las características de su construcción, su infraestructura y equipamiento, la estructura social, así como los aspectos demográficos, educativos, culturales y socioeconómicos de sus habitantes. En un segundo momento se van a tratar los problemas y las reivindicaciones, ya sean de carácter social, económicas, laborales, de salud, de delincuencia, étnicas, etc., y se van a establecer correspondencias con los distintos «bloques sociales» presentes en el barrio.

La parte central del proceso estuvo dedicada a caracterizar la vida cotidiana y la dinámica del tejido social existente en el barrio, y cómo se insertaba dentro de las estructuras sociales e institucionales de la ciudad. Por medio de la «triangulación» de entrevistas, grupos, etc. llevados a cabo en el trabajo de campo fue posible ir reconstruyendo la red de relaciones existente. Unido a todo ello se fueron realizando preguntas al «círculo de estudio», que sirvieron de analizadores. A ese respecto, se insistió en las raíces de las distintas formas de «poder» que se pueden vislumbrar en la sociedad.

Si se toma en perspectiva y con detenimiento todo el proceso de la IAP llevada a cabo, se puede observar cómo en un primer momento los miembros del «círculo» tenían

dificultades para reconocer los problemas que afectaban al barrio como algo auténticamente real. Ni siquiera todos estaban dispuestos a admitir la existencia de miedo entre los vecinos del barrio (menos aún la existencia de violencia). La primera reacción era transferir los problemas de «marginalidad» que viven a la injusta e innecesaria «mala fama» con la que el barrio cuenta en la ciudad, y que los medios de comunicación se encargan de fomentar, intentando de este modo ocultar la vergüenza que produce en ellos el sentimiento de marginación. Posteriormente, se vincularon y redujeron todos estos problemas a uno en particular, que no es otro que el de la venta de droga en el barrio, no queriéndose reconocer ningún problema más. Fueron necesarias varias reuniones más, hasta que se comenzó a ver cómo en el barrio existía otro gran problema en la relación de convivencia entre la población paya y gitana. Hasta el momento las dos comunidades han respondido al proceso de marginación social que padecen recuperando sus viejas identidades, y trasladando al «otro» la responsabilidad de la marginación propia, sin querer reconocer que gran parte de esa marginación se debe fundamentalmente a una situación laboral precaria, a una educación con graves deficiencias y a una sociedad muy estamentada. En ese instante, en el que se produce un reconocimiento de la situación, asumieron el peligro real que existe de llegar incluso a un enfrentamiento físico entre ambas comunidades. Pero sólo al final del proceso algunos dirigentes sociales comenzaron a cambiar la interpretación que venían haciendo de los problemas presentes en el barrio. El problema que representa la marginalidad ya no se reducía al tema de la droga, se ampliaba a la cuestión étnico-cultural y se tomaban en consideración otras dimensiones que habría que afrontar si se buscan soluciones para ella: el empleo, la educación, la construcción de la identidad, etc. El problema de la opinión pública y de las Instituciones que marginan dejó de ser un problema más o menos abstracto, para comenzar a comprenderse en todas sus dimensiones.

El otro gran cambio que se produjo a lo largo del proceso de IAP estuvo referido a las actitudes. En un comienzo el grupo de reflexión nace como un intento de sobrepasar las conductas individualistas de la población o de las acciones aisladas que puedan emprender algunos grupos o colectivos del barrio. Hay un objetivo inicial que busca encontrar fórmulas para mejorar la situación del barrio, pero que al mismo tiempo arrastra el peso de una visión pesimista de lo que se puede llegar a alcanzar; no obstante, se está dispuesto a hacer un pequeño esfuerzo para superar el fatalismo dominante entre los vecinos. La posición que domina en esos momentos en el grupo es principalmente reivindicativa frente a la Administración, y se pretende que ésta dé respuestas «técnicas» a sus demandas. Cuando el proceso avanza, y se produce lo que podríamos denominar una «apropiación de los problemas» por parte de los mismos vecinos, y al mismo tiempo se va adquiriendo una comprensión más amplia de la problemática del barrio, se ve la necesidad de la participación de la colectividad en su solución. Ahora la gente es muy proclive a las soluciones populistas

y maniqueas, y ve en una abstracta e indiferenciada unidad de los propios grupos de referencia la «varita mágica» para lograr las soluciones a todos los problemas. En la fase terminal del proceso se produjo un intento de realizar una auto-crítica de este tipo de salidas, para lo cual se analizaron otros posibles modelos de participación y de soluciones alternativas.

El proceso de IAP finalizó insistiendo en las potencialidades con las que cuenta el barrio de Buenos Aires y sus vecinos para lograr avanzar en el desarrollo de su comunidad; en las características que tendrían que tener las estrategias y soluciones que se pretendan abordar para solucionar los problemas que afectan al barrio, y en algunas vías de acción en ese sentido.

La evaluación del proceso de IAP

La IAP articula tres elementos muy importantes para algunos de los proyectos conjuntos Sociedad-Universidad. En primer lugar, la parte de *investigación* que le interesa especialmente al mundo académico. En segundo lugar, la parte de la *acción* que tiene un interés primordial para los proyectos de desarrollo de la Sociedad en general. Y en tercer lugar, el aspecto *participativo* que permite, tanto disminuir el peso de las relaciones verticales en favor de unas relaciones más horizontales (entre iguales) propias de unas redes sociales no corporativizadas, plurales y democráticas, como la realización de proyectos a partir no sólo de intereses materiales concretos.

Si hacemos una somera evaluación del proyecto de IAP en el barrio de Buenos Aires podemos ver en qué medida ha sido un proyecto de investigación que se ha implicado en la acción y ha contado con la participación de los sujetos afectados. Si adoptamos un *punto de vista estrictamente académico*, podemos resaltar que se ha realizado una tarea de investigación que ha permitido profundizar en el estudio de:

- El impacto social de las políticas de vivienda de finales de los años setenta y principios de los ochenta (período de la transición democrática) en una ciudad mediana española.
- Las políticas sociales que se aplican con una concepción espacial en la periferia de la ciudad.
- El viejo tema de la segregación urbana en la realidad actual de nuestras ciudades, y la cuestión del derecho a la centralidad de los habitantes de la ciudad.

- La vida cotidiana en los barrios periféricos de la ciudad, y los problemas que en ellos se enfrentan: el desempleo, la drogadicción, los conflictos étnicos, el ocio, el fracaso escolar, etc.
- La crisis y construcción de la identidad en los barrios de nueva creación destinados a sectores populares y marginales.
- Las aportaciones y los problemas que presenta la IAP en el aspecto pedagógico y metodológico .

Desde el *punto de vista de la acción social*, el proyecto en sí mismo es un proyecto de desarrollo comunitario para un barrio, puesto que la metodología participativa que incorpora incide directamente en el desarrollo de las personas, tanto en su aspecto individual como grupal. Pero, además, es un proyecto transformador que proporciona claves y elementos para poder emprender un proyecto de desarrollo integral del barrio:

- Aportando alternativas de transformación social.
- Descubriendo nuevas estrategias a seguir en la acción social.
- Elaborando un plan de acción para enfrentar los problemas existentes.
- Traduciendo este plan en proyectos concretos.

En consecuencia, en el proyecto se reconoce una preocupación porque la investigación universitaria tenga repercusiones inmediatas en la «mejora» de la realidad, acortando así la distancia entre teoría y praxis.

En lo que tiene que ver con el tema de la participación, creemos que se ha producido un salto cualitativo importante en la transformación del tradicional objeto de la investigación (en este caso los habitantes del barrio de Buenos Aires) y del sujeto paciente de la enseñanza (en este caso los estudiantes de Ecología Social y Sociología Urbana), en sujetos (ambos) conscientes y activos de una investigación. Las relaciones de verticalidad que impiden una comunicación plena entre actores, Instituciones, etc. y en este sentido obstaculizan la puesta en marcha de proyectos de colaboración conjunta, han sido en buena medida sustituidas por relaciones transversales y horizontales. La comunicación entre la base social del barrio y los investigadores de la Universidad es directa y de una gran confianza, como lo es con los dirigentes y animadores sociales presentes en dicho barrio (Cruz Roja, Cáritas, Parroquia, etc.), superándose así los condicionamientos de una relación canalizada exclusivamente por la vía institucional. Otro tanto se puede decir de la tradicional relación profesor-alumno, donde el profesor es el que sabe y el que enseña, y el alumno es el que escucha y consume unos conocimientos. Esta asimetría se reduce al convertirse la clase en un equipo de trabajo que tiene como objetivo la realización de una investigación en el barrio de Buenos Aires.

Tanto el trabajo «teórico» en el ámbito de la Sociología Urbana y de la Ecología Social, como el trabajo de campo en el barrio, como asimismo el trabajo de análisis de los datos obtenidos en éste último, se realiza colectivamente asumiendo cada miembro del equipo responsabilidades individualizadas de las que tiene que dar cuenta a todo el grupo. Los habitantes del barrio de Buenos Aires y los estudiantes de Sociología se han convertido en los auténticos protagonistas, sujetos, de la investigación, pues se revalorizan sus experiencias y su capacidad para investigar, pensar y actuar. Son sujetos autodeterminados y autoconscientes de un proceso.

Los vecinos de Buenos Aires, por medio del ejercicio de la *participación*, han tenido la oportunidad de:

- Tomar conciencia de su realidad y del destino que desean para ésta.
- Rescatar el conocimiento y el saber colectivo, y desarrollarlo y/o transformarlo cualitativa o cuantitativamente, sin que ello tenga que suponer, sin más, una legitimación del llamado «saber popular».
- Acrecentar y contrastar sistemáticamente los conocimientos que tienen sobre sí mismos y sobre su entorno.
- Opinar y, sobre todo, asumir la responsabilidad de tomar decisiones en los temas que les afectan individual y colectivamente.
- Mejorar la comunicación y las relaciones horizontales entre las Instituciones, los dirigentes sociales, los animadores del desarrollo del barrio, y la base social del mismo; fortaleciendo de este modo su trabajo conjunto

Por su parte, a los estudiantes de Ecología Social y Sociología Urbana, la *participación* les ha proporcionado:

- La posibilidad de ser protagonistas y responsables de su propia formación.
- La posibilidad de desarrollar sus habilidades para investigar y expresar sus conocimientos y pensamientos.
- Un conocimiento directo de todos los pasos, problemas y dificultades que se enfrentan en una investigación realizada por un equipo de trabajo.
- Un conocimiento empírico de algunos de los problemas principales que aborda la Sociología Urbana y la Ecología Social.

Precisamente, todas estas necesidades vinculadas con el autodesarrollo de los individuos y de los grupos, y que son satisfechas gracias al ejercicio de la *participación*, permiten que se puedan poner en marcha proyectos de IAP con muy pocos recursos

económicos y sin que se vean implicados grandes intereses materiales, dado que buena parte de los resultados que obtienen se logran en el mismo proceso de ejecución, sin que la presencia de un resultado final tangible sea la que dote completamente de sentido al proyecto. Muchos de los objetivos que se plantea este tipo de proyectos se van alcanzando en el transcurso del mismo, gracias al compromiso y la participación de todas las personas implicadas. En nuestro caso concreto esto ha sido evidente. A lo largo de ocho meses vecinos (principalmente dirigentes sociales), voluntariado social, funcionarios del Ayuntamiento y universitarios han estado inmersos en un proceso continuo de aprendizaje, formación y desarrollo, donde la realización de un informe exhaustivo de la realidad y la problemática social del barrio de Buenos Aires es el resultado final más tangible y vendría a ser sólo la «guinda de un pastel».

Por su parte, los recursos económicos utilizados han sido exigüos, y se han limitado al pago de las transcripciones de las grabaciones de las reuniones y entrevistas mantenidas, y a unos mínimos gastos de transporte y de material vario. Esto ha sido posible porque todas las personas implicadas han utilizado parámetros no económicos a la hora de dedicar su tiempo al proyecto. Los vecinos del barrio han invertido parte de su escaso tiempo libre en esta tarea, con el ánimo de contribuir a mejorar su calidad de vida; los animadores han prolongado su larga jornada de trabajo y actividades, sólo por el afán de realizar más eficientemente su compromiso de trabajo con los vecinos; el grupo de estudiantes ha dedicado muchísimo más tiempo del requerido para superar académicamente unas asignaturas, motivados por un compromiso previo con el barrio y por las ganas de aprender y desarrollarse profesionalmente; los profesores, movidos por un compromiso con la realidad de su entorno y con la calidad de la enseñanza e investigación en la Universidad, han hecho una gran inversión en tiempo dejando en un segundo plano otro tipo de intereses profesionales y económicos; y las distintas personas que trabajan para el Ayuntamiento y han participado en el proyecto también han mostrado este tipo de generosidad con su tiempo. Además, por el hecho de tratarse de un proyecto de colaboración entre la «Sociedad» y la «Universidad» se ha podido disponer, sin costes suplementarios, de locales para las reuniones, grabadoras, ordenadores, transporte, etc.

Ha sido fundamental, para el éxito de esta iniciativa de IAP, el que en ella confluyeran tres factores. El principal es que el grupo que la promovía formaba parte y estaba legitimado por una Coordinadora de asociaciones vecinales y organizaciones de apoyo que tenían programas de acción en Buenos Aires; o sea, había un cierto consenso inicial entre una parte importante de las fuerzas vivas que están en el barrio. El segundo factor tiene que ver con la predisposición favorable de los estudiantes de Sociología a participar en esta iniciativa, aunque ello supusiera una dedicación que extralimitaba sus obligaciones

académicas en un sentido estricto. Con ello se quiere destacar la importancia de contar con un compromiso de partida de todas las partes implicadas y, en este caso, la generosidad del voluntariado en todo tipo de acciones sociales. Y el último factor, estrechamente vinculado con los dos anteriores, estriba en la existencia misma de la Asociación Cultural «Buenos Aires», que representa una suma de fuerzas en torno a un amplio programa de actividades que articula un proyecto de desarrollo, lo cual influye en que el Ayuntamiento y distintas ONG's estuviesen muy receptivas a participar y financiar el proyecto, más aún cuando contaba, además, con el respaldo técnico de un equipo universitario.

En conclusión, el proyecto de IAP ha logrado reforzar, ampliar y mejorar la comunicación entre las asociaciones del barrio (y no sólo las Juntas de Vecinos) con la Administración Local, y ha incorporado al voluntariado social en esta relación que tradicionalmente se ha producido solamente a dos bandas, con lo que se ha avanzado en el acercamiento entre las Instituciones Locales y los ciudadanos. La reflexión conjunta sobre los problemas que tienen que enfrentar todos ellos en su realidad cotidiana ha facilitado el que se puedan consolidar programas de acción coordinados que contasen con el apoyo material de las Instituciones, la participación de los vecinos y los recursos propios de las ONG's y del voluntariado en general. Los resultados en Buenos Aires dan cuenta de la rentabilidad económica y social obtenida con unos escasos recursos materiales aportados por el Ayuntamiento y algunas ONG's. Se han puesto en marcha doce programas de desarrollo con tan sólo la presencia de dos Asistentes Sociales pertenecientes al Ayuntamiento, pero para ello ha sido imprescindible conseguir coordinar las acciones de más de setenta voluntarios sociales agrupados en distintas organizaciones (además del equipo universitario), y el trabajo de ocho organizaciones sociales del barrio.

Los logros de la IAP se sitúan también en el ámbito de la gobernabilidad. La crisis económica, unida a la venta masiva de droga y a la presencia de dos colectivos étnicos enfrentados (payos y gitanos), hacían que Buenos Aires tuviese una gran conflictividad latente que se manifestaba en hechos aislados, pero que podía «explotar» violentamente y de una manera descontrolada, con el riesgo añadido de que se trasladase esa violencia a otros barrios de la ciudad. Creemos que la IAP ha servido en este caso para crear un espacio de diálogo, donde poder abordar abiertamente todos los problemas. Esto ha ayudado a quitar tensión a la situación, a imprimir serenidad y, a afrontar directamente y de una forma racional los conflictos, que hasta el momento se han vivido desde la pura visceralidad. En ese sentido, se ha producido una especie de catarsis colectiva. Según el propio reconocimiento de los dirigentes del barrio, ha sido la primera vez que se enfrentan los problemas tan directamente en las reuniones, las asociaciones no se habían atrevido hasta la fecha a abordarlos de manera abierta, mostrándose los vecinos tal y como son, sin ocultar o

disimular sus opiniones, con sus prejuicios, etc. La IAP ha sido, igualmente, un mecanismo que ha ayudado a reconducir las demandas y a formar interlocutores dentro del barrio. De hecho, mientras duró el proceso, algunos dirigentes del barrio canalizaron sus demandas en relación a la droga a través de un partido político, y mantuvieron una entrevista con el Gobernador Civil de la provincia para tratar los temas que les preocupaban.

En otros ámbitos, se ha podido comprobar que la IAP es una metodología a tomar en consideración para mejorar algunos de los vínculos que las relaciones Universidad-Sociedad se proponen en la actualidad; en concreto, en los aspectos relacionados con el desarrollo local, la educación popular, el asociacionismo, etc. Dentro del campo puramente académico, es de destacar su interés como herramienta metodológica para la formación de los estudiantes de Sociología, así como sus bondades para la realización de diagnósticos sobre la realidad cotidiana. La evaluación que el equipo de sociólogos hace de la IAP como experiencia pedagógica, no sólo para los vecinos y el voluntariado social que participó en los «círculos de estudio», sino dentro de la asignatura de Ecología Social y, más propiamente, de la de Sociología Urbana, es muy positiva. Los estudiantes valoran esta experiencia como una contribución importante para su formación como sociólogos (la mayor parte de ellos era la primera vez que participaban en una investigación). Pero más allá de que les haya sido útil para comprender los contenidos de unas asignaturas, o adquirir una serie de habilidades en el «trabajo de campo» y en la interpretación de datos, ponen un acento especial en su valoración del compromiso que se ha adquirido con la gente del barrio⁵. Lo cual está indicando la necesidad que tienen los estudiantes de sentirse útiles (y no ser meros receptores de información), y su opción por una forma de trabajar en Sociología en la que no se cosifique a los sujetos. Esto último es muy significativo dado el contexto actual de las Ciencias Sociales, donde siguen predominando los enfoques que buscan de formas distintas una positivización de la realidad, bien entendiendo a los sujetos como entidades susceptibles de ser tratadas numéricamente, bien a través de la expropiación del discurso de los mismos sujetos, por señalar dos ejemplos de dos tendencias diferentes.

Todas estas son virtudes que la IAP muestra si adoptamos un punto de vista pragmático a la hora de entender la gestión local, los procesos de formación y educación, o las relaciones Sociedad-Universidad. Pero la IAP tiene además la potencialidad de introducir elementos que posibilitan los cambios y las transformaciones de las relaciones sociales e

⁵ En relación con este tema del compromiso con el barrio, hay que insistir en manifestar que en todo momento se ha querido dejar bien claro entre los estudiantes la diferencia existente entre el «compromiso» y el «activismo». A veces, el compromiso social de alguno de los estudiantes puede haberle dificultado hacer esta distinción, pero la misma práctica de la IAP creemos que les ha mostrado dónde se sitúa este límite que separa el trabajo de un profesional implicado en la realidad y la autonomía de los sujetos para reinterpretar el discurso del profesional y adoptar las decisiones que crean más convenientes en cada momento.

institucionales, y en consecuencia ayuda a la construcción de posibles espacios «alternativos» en la sociedad, en la medida en que genera procesos de reflexión tanto en las personas insertas en esa realidad (voluntariado social, dirigentes sociales), como en aquéllas que se introducen en ella para estudiarla o administrarla desde el sector público. En todos ellos provoca cambios de actitudes y de estrategias de comportamiento o de acción.

Finalmente, hay que señalar que no todo han sido logros en la IAP que aquí se ha reseñado. La implicación política de las Instituciones ha sido más bien formal y no ha habido una muestra clara de interés por participar directamente en el proceso como se pretendía en un primer momento. Es cierto, también, que los meses durante los cuales se ha llevado a cabo la IAP han sido especialmente conflictivos desde el punto de vista de la política local y nacional, y ha habido unas elecciones locales de por medio, con el consiguiente período de cambio de poderes. La implicación técnica de las Instituciones ha sido mayor, pero se ha circunscrito sólo a dos departamentos municipales (y, principalmente, el CEAS de Buenos Aires), quedando al margen el resto de departamentos e instituciones como la Junta de Castilla y León, el Gobierno Civil, el Ministerio de Educación, etc. Los medios de comunicación tampoco se han hecho eco, como cabría esperar, de la experiencia realizada, pero el interés de la misma sí se ha transmitido (por medio del boca a boca y en diferentes encuentros) entre el voluntariado social y los dirigentes sociales de otros barrios de la ciudad.

Pero los objetivos que la IAP no ha conseguido alcanzar se sitúan principalmente en el propio barrio de Buenos Aires. En primer lugar, no se logró que la numerosa comunidad gitana participara activamente en el proceso; sólo uno de sus miembros mostró en algunos momentos interés en la dinámica. Con ello, la IAP no pudo mejorar en el grado deseado la comunicación entre payos y gitanos del barrio, ni con aquellos grupos estrechamente relacionados con actividades delictivas (venta de droga); es más, se ha corrido el riesgo de que puedan surgir algunos subproductos no deseados en sus relaciones (enfrentamiento, radicalización del conflicto). Y, en segundo lugar, el proceso de IAP ha estado muy centrado en el trabajo con el voluntariado social y los dirigentes sociales, con lo que su repercusión directa sobre el resto de la comunidad no organizada es bastante limitada, sobre todo entre la población joven⁶. Las mujeres del barrio ha sido el sector, quizá, donde mayor influencia ha tenido el proceso, si atendemos a su presencia mayoritaria en todas las reuniones y encuentros realizados. De todas formas, el proceso ha contribuido a que se produjera un primer diálogo entre algunos líderes payos y gitanos para tratar el tema de la droga y de la

⁶ Para solucionar este problema, parte del equipo de sociólogos estuvo trabajando directamente con un colectivo de jóvenes en la elaboración de algunas actividades y proyectos.

convivencia entre ambos colectivos⁷; como hecho simbólico, parece que se logró que se detuviera la venta de droga en el barrio durante una semana. Igualmente, ha servido para apoyar los programas y las actividades de los jóvenes.

Nos queda la duda, por otra parte, de hasta qué punto el lenguaje que nosotros hemos utilizado en las reuniones se ha ajustado siempre al de todas las personas que han participado en los «círculos de estudio» y en los encuentros. Al provenir nuestro retorno de las reuniones, en gran parte, de sólo algunos dirigentes, no tenemos una ratificación del grado de adecuación de nuestro discurso. Creemos, no obstante, que en líneas generales les ha resultado próximo y comprensible. En todo caso, el hecho de que un porcentaje algo significativo de los participantes en el «círculo de estudio» fluctuara de unas reuniones a otras, ha influido en que el proceso no haya sido seguido y asimilado igualmente por todos.

La experiencia pedagógica tampoco ha estado exenta de dificultades y problemas. Se pretendió desde un principio realizar una actividad investigadora como si se tratara de un grupo o un equipo de trabajo formado por dieciséis personas (dos profesores y catorce alumnos); la evaluación de este objetivo indica que los logros alcanzados se sitúan en torno al 50%. Algunos de los factores que han incidido en que los resultados no hayan sido mejores responde a cuestiones estructurales como el hecho de que el marco de donde se partió fuera una asignatura de la licenciatura en Sociología. Este hecho dificulta que los estudiantes se salgan de la dinámica de trabajo tradicional que implica superar una asignatura. Así, algunos, a pesar de que se insistió en ello, no tuvieron claro durante el proceso que la opción de trabajo en el curso era algo que suponía un compromiso aceptado libremente, y el peso de los roles en la relación profesor-alumno dotó a la propuesta de un halo de obligatoriedad que no tenía. Otra limitación importante es que la duración de la investigación ha estado muy determinada por los reducidos tiempos del curso académico (horas de clase, créditos, exámenes en otras asignaturas, etc.). La composición heterogénea del grupo y de las relaciones preconstituidas dentro de él también ha dificultado a veces el trabajo de equipo; un trabajo en el que, por otra parte, no tenían ninguna experiencia. No obstante, aunque los profesores sí contaban con experiencia en este sentido, ello no fue óbice para que cometieran errores en la planificación del trabajo. El primero de ellos, quizá, el haber emprendido un proyecto de trabajo demasiado ambicioso tanto desde el punto de vista de los objetivos perseguidos, como desde el tiempo necesario para su realización, lo cual a su vez ha influido en que las tareas fuesen demasiado pesadas, costosas o incluso en que no estuvieran definidas con absoluta claridad. Hubo incluso un momento en el que el

⁷ En el marco de estos contactos, se encuentran las conversaciones mantenidas entre los dos líderes religiosos presentes en el barrio (el párroco y el pastor evangélico). Este cambio de impresiones entre ambos creemos que tiene un importante significado, y afirma el papel que la religión sigue desempeñando en nuestra sociedad.

exceso de trabajo produjo un bajón severo en la motivación de los estudiantes. Aunque el trabajo de equipo tenía sus deficiencias, en esta situación sirvió para reconducir a tiempo las tareas, y para que los estudiantes se dieran cuenta de que ellos contaban realmente en la investigación y que ésta era un trabajo conjunto entre los profesores y los alumnos. Además, ha habido un desajuste importante entre la parte teórica y la parte práctica de la asignatura de Sociología Urbana, constituida ésta última por la investigación, que influyó también negativamente en la motivación de los estudiantes. Afortunadamente la curva de motivación, en este punto, fue ascendiendo en la medida en que los estudiantes iban tomando contacto con la realidad del barrio.

Tenemos que reconocer, por otra parte, que en la experiencia realizada en Salamanca, la IAP no ha podido superar las limitaciones y dificultades que presenta el estudio de problemas de carácter étnico-culturales, o las propias relaciones con las Instituciones Públicas y grupos que se encuentran «al margen de la ley». De la misma forma, la realización de un proceso de IAP con personas pertenecientes a generaciones de edad distintas plantea problemas (el conflicto padre-hijo, por ejemplo) difíciles de superar. En menor medida el conflicto de género también se produce (a los varones les cuesta acudir a reuniones con una presencia mayoritaria femenina, y viceversa), pero parece algo más sencillo de poder ser resuelto. En la esfera educativa, la estructura y la cultura académica, junto a los roles de profesor-alumno (que marcan relaciones de poder), son obstáculos muy serios pero no insuperables para poner en marcha una IAP.

Si hacemos un balance global, vemos que la IAP se ha mostrado como una buena fórmula para iniciar prácticas educativas vinculadas a la realidad social, para dar mayor protagonismo a los vecinos en la resolución de los problemas que les afectan en su cotidianidad, y como un buen mecanismo para lograr una mayor y mejor comunicación entre las Instituciones y los ciudadanos, en estos tiempos de crisis económica y de situaciones propicias a la ingobernabilidad y al fortalecimiento de los corporativismos.

ESTUDIO DE LA REALIDAD SOCIAL Y URBANA DEL BARRIO «BUENOS AIRES»

Hemos estado planteando toda una serie de problemas y retos que este proyecto de Investigación-Acción Participativa ha tomado como objeto de su preocupación: la relación Universidad-Sociedad, el desarrollo local en un barrio periférico, una nueva experiencia pedagógica, el estudio de la vida cotidiana en la ciudad, la evaluación de una política de vivienda social y de las políticas sociales, en general, del Ayuntamiento de Salamanca. Para que el proceso de IAP pudiera avanzar en estos campos ha sido necesario realizar una serie de «trabajos de campo» por medio de las tradicionales técnicas de investigación social. Hemos intentado, y creemos que logrado, ir más allá de la sugerencia que los vecinos de Buenos Aires nos hacían cuando se planteaba la oportunidad de hacer una investigación social : «para saber lo que pasa, sólo hay que vivir un día en el barrio». Ciertamente, y esto pensamos que es una deficiencia en el trabajo que hemos estado realizando, no hemos pasado literalmente un día entero en el barrio como se nos aconsejaba, pero hemos mantenido bastantes reuniones con ellos, hemos asistido a alguno de los actos organizados por ellos, miembros de nuestro equipo se han implicado en las actividades de los jóvenes (más allá de lo que sería un proceso de observación participativa), y hemos mantenido numerosas entrevistas con personas muy distintas dentro y fuera del barrio.

El resto del libro lo dedicamos a recoger de una forma más o menos sistemática los resultados alcanzados por los «trabajos de campo» efectuados, y la interpretación que nosotros, como equipo de sociólogos, realizamos sobre la situación social y urbana de Buenos Aires a partir de toda la información de que hemos dispuesto. Por tanto, el estudio que figura a continuación sobre el barrio de Buenos Aires es tan sólo un insumo más que se ha utilizado para avanzar en el proceso de IAP llevado a cabo en el barrio. No son unos resultados consensuados por todos los actores participantes en la IAP; es un análisis hecho por sociólogos que pretende ser útil para ayudar a reflexionar y a tomar decisiones a los actores implicados en la realidad de Buenos Aires. Las discrepancias interpretativas con el informe no sólo han de ser lógicas y legítimas, sino además recomendables para una asunción crítica de la realidad por parte de todos (investigadores, instituciones, vecinos, voluntarios, etc.).

Exposición de la metodología

El diseño de la investigación en terreno ha tomado en consideración cuatro dimensiones que conforman la subjetividad de los sujetos (Guerra, 1995), y en ese sentido son cuatro vías para acercarse y comprender su realidad. Nos referimos a las siguientes dimensiones: el pasado, el presente, el futuro y la dimensión meta (de segundo orden) constituida por la representación que el sujeto realiza de sí mismo. Estas dimensiones se relacionan estrechamente con la secuencia de aperturas metodológicas propuestas por Tomás Rodríguez-Villasante (1991), que nosotros también utilizaremos. El pasado, obviamente, se relaciona con la historia de los actores sociales y con la conformación de distintos bloques sociales. El estudio de las necesidades y las reivindicaciones de cada uno de estos bloques, así como el estudio de la influencia que sobre ellos tienen las distintas políticas públicas, resultan determinantes para configurar un mapa social, en este caso de Buenos Aires. Por tanto, en una primera fase, hacemos uso de la economía territorializada (con el estudio de los censos de población de 1986, 1989 y 1993), del análisis de las políticas públicas en Salamanca (especialmente las referentes a la vivienda y a los servicios sociales), de las historias de vida y de las demandas que los actores hacen o reconocen en las entrevistas y en los grupos.

El presente lo asociamos al estudio de las relaciones sociales donde se desenvuelve el barrio y sus vecinos. Nos planteamos un estudio, que podríamos definir como etnológico, de las redes sociales existentes dentro de la base social conformada por el conjunto de los vecinos, entre las asociaciones del barrio y dentro del propio voluntariado social que trabaja en Buenos Aires. El estudio de redes lo completamos analizando las relaciones entre estos actores entre sí y con las diferentes Instituciones Públicas, los medios de comunicación y la base social de la ciudad de Salamanca. Este ejercicio de triangulación de la información por medio de las entrevistas, los grupos, etc., realizado a cada uno de estos actores, nos permite ver cómo se mueve y articula la red social, e identificar los distintos conjuntos de acción presentes y las características de los mismos (Rodríguez-Villasante, 1991). En un paso posterior analizamos las conductas de cada uno de los conjuntos de acción aplicando las categorías de análisis de Ibáñez (1991).

El futuro está conformado por el campo de potencialidades que presenta Buenos Aires y su contexto, así como por los propios horizontes de futuro (deseos) que animan a

cada uno de los actores o conjuntos de actores. La realidad de un sujeto está formada tanto por su pasado como por su presente, pero también por lo que el futuro le pueda deparar o desea que le depara. El futuro marca la direccionalidad de las acciones y las conductas; por eso en las entrevistas y grupos realizados hemos prestado especial atención a que los sujetos manifestaran sus actitudes con respecto al futuro. En el mismo sentido, nos hemos preocupado de diseñar los escenarios posibles de evolución del barrio, y de lanzar algunas conjeturas sobre la viabilidad de cada uno de ellos.

La representación que el sujeto hace de sí mismo tiene que ver con un acto de reflexión o autorreflexión que el sujeto realiza sobre sí y la situación que ocupa en el conjunto de las relaciones sociales; es por tanto una acción de segundo orden (meta) que va a tamizar la realidad. En sentido puro es la interpretación que el sujeto realiza del pasado, del presente y de las expectativas de futuro. Esta dimensión aparece más o menos encubierta en todas las entrevistas y grupos realizados, pero toma una especial significación en los «círculos de estudios», dado que su finalidad es justamente trabajar en la representación e interpretación de la realidad. Los elementos dialécticos y socioanalíticos que incorpora la IAP desarrollan esta dimensión.

Lo que pretendemos con la incorporación de estas cuatro dimensiones de la subjetividad y con las tres aperturas metodológicas propuestas por Tomás Rodríguez-Villasante, es realizar un análisis de las articulaciones y mediaciones que intervienen en la construcción de las subjetividades sociales y, en ese sentido, de los sujetos sociales. Las articulaciones o mediaciones que se dan entre el pasado, el presente y el futuro de las subjetividades de los actores que se mueven en el entorno de Buenos Aires, unidas a las articulaciones que se producen entre los distintos sujetos y las representaciones de cada uno de ellos, nos abren la posibilidad de poder entrever el nacimiento o el desarrollo de nuevas y viejas subjetividades sociales. Del análisis de estas articulaciones veremos cómo está en ciernes el nacimiento de una nueva subjetividad y una nueva identidad en Buenos Aires (entre otras cuantas) que consideramos tiene una especial importancia e interés para los vecinos del barrio por su carácter «emancipador»; y veremos también cómo esa identidad tiene que ir ligada al surgimiento de un nuevo sujeto social con capacidad transformadora de la realidad. Que ello suceda dependerá, según Villasante, de que se logren formar conjuntos de acción amplios dentro del barrio, de que adopten un estilo emancipador y de que su horizonte de futuro sea amplio. Lo que aquí se contiene es, en definitiva, un enfoque global de la vida y del discurrir cotidiano y sus problemas, en la línea de lo que pueden estar representando las propuestas -y, sobre todo, las críticas al concepto mismo- del «desarrollo sostenible» (Sosa, 1990 y 1995).

El trabajo de campo propiamente dicho se llevó a cabo durante los meses de febrero y marzo de 1995 a cargo de quince entrevistadores del equipo de Investigación Urbana y Eco-social de la Universidad de Salamanca. El diseño de este trabajo contó no sólo con la supervisión y la aprobación del «círculo de estudio» de la IAP, sino que, además, estas personas se encargaron de contactar a los entrevistados y a las personas que habrían de participar en los grupos de discusión. Fueron el enlace entre los entrevistadores de la Universidad y los vecinos del barrio. Gracias a esta aportación fue posible realizar el trabajo de campo en un barrio como el de Buenos Aires, donde la desconfianza y los miedos reinantes hacen que sea muy hermético para las personas que son ajenas al mismo, como podría ser en principio nuestro caso.

Se ha realizado un total de dieciséis «entrevistas en profundidad»; con ellas se ha buscado reproducir el discurso motivacional (consciente e inconsciente) de los actores más relevantes que viven y están o han estado relacionados con Buenos Aires. Se ha intentado explorar la percepción de la realidad social y urbana de Buenos Aires a partir de estos actores. El esquema seguido en la realización de estas entrevistas comprende tres grandes apartados. En la parte inicial de la entrevista se pretendió que el entrevistado se *explayase* y proyectase todo lo posible a partir de algunas preguntas muy genéricas sobre su relación con el barrio y las características de éste⁸. El fin que se perseguía era descubrir, como acabamos de decir, la percepción que existe sobre el barrio y sobre los problemas que enfrenta la gente que vive en él. En un segundo momento de la entrevista, se intentaron aprovechar las referencias hechas por el entrevistado en la primera fase de la entrevista para ampliar, hacer alguna aclaración (o matización) de interés. Se procuró también en este momento sacar a colación los temas que nos interesaban⁹ y no habían sido abordados, para lo cual, en los casos en que fue necesario, se adoptó una postura más directiva dentro de la entrevista. El objetivo era profundizar y centrar los temas de interés para la investigación; especialmente interesaba perfilar la visión de las redes sociales presentes en el barrio. En la parte final de la

⁸ Algunas de las preguntas que se utilizaron fueron: cómo llegó al barrio, cómo le afectó a usted y a su familia el cambio de barrio, ve diferencias entre Buenos Aires y otros barrios de Salamanca, qué es lo mejor y lo peor que tiene este barrio, en qué trabaja la gente, trabajan muchas mujeres fuera de casa, qué problemas tiene la gente que vive en este barrio, etc.

⁹ Los temas de nuestro interés tienen que ver con: qué hace la gente en el tiempo libre; se celebran «fiestas» en el barrio, cómo son, quién las organiza; dónde se reúne la gente del barrio, cómo es la convivencia en el barrio, qué tal se lleva la gente entre sí; el trato es el mismo al comienzo del barrio que ahora; la gente, cuando tiene problemas, a quién recurre; qué asociaciones conocen que existan en el barrio, qué les parece lo que hace cada una de las asociaciones presentes en el barrio, conocen a la Asociación Cultural Buenos Aires y los proyectos que tiene en marcha en el barrio; por qué unas personas sí participan en estas asociaciones y otras no lo hacen; saben si vienen de Salamanca personas a trabajar o a colaborar con la gente del barrio en tareas sociales, educativas, etc.; quiénes son, qué piensan de ellos, hay coordinación entre ellos; qué piensan de instituciones como: la Junta de Castilla y León, el Ayuntamiento, la Policía, la Iglesia, el Colegio, qué relación mantienen con ellas; qué piensa de los *guanos*/*payos*, qué diferencias observan entre unos y otros; qué piensan de la droga, etc.

entrevista se intentó explorar directamente el horizonte de futuro de los entrevistados. Cuáles son sus sueños, sus deseos, sus proyectos, etc. Para ello se tenían preparadas algunas preguntas en el caso de que fuese necesario interpelar a los sujetos¹⁰.

En el ámbito institucional se entrevistó a un funcionario de la Consejería de Fomento, en Salamanca, de la Junta de Castilla y León; al alcalde de Salamanca de finales de los años setenta y comienzos de los ochenta; al arquitecto que proyectó Buenos Aires; a una persona responsable de la política social del Ayuntamiento de Salamanca; a una persona del Colegio Público Buenos Aires; y al portavoz de la Policía Nacional en Salamanca. En el barrio se entrevistó al Párroco de la Iglesia Católica, al Pastor de la Iglesia Evangélica (de raza gitana), al presidente de la Asociación Gitana de Salamanca, a dos dirigentes sociales de asociaciones formadas por payos, a dos personas que desarrollan actividades comerciales dentro del barrio, a una persona concedora del mundo de la droga dentro del barrio, a un drogadicto de Salamanca que viene a comprar sus dosis a Buenos Aires, y a una mujer de raza gitana.

Además de estas entrevistas se realizaron dos historias de vida a dos personas residentes en Buenos Aires, seis grupos de discusión y tres grupos triangulares. Con los grupos de discusión se aspira a reproducir el discurso ideológico cotidiano o, si se quiere, el discurso de la base social sobre el barrio de Buenos Aires: sus creencias y expectativas sobre el mismo, así como la proyección de sus deseos, resistencias y temores conscientes e inconscientes, etc. Tienen la utilidad de ser un marco para captar las representaciones ideológicas, los valores, las formaciones imaginarias y afectivas, etc., dominantes en la base social no organizada de Buenos Aires en particular, y de Salamanca en general. Los grupos de discusión que se formaron fueron los siguientes (en ellos no participaron personas de raza gitana):

- Un grupo de jóvenes (de 17 a 25 años) de ambos sexos, sin responsabilidades familiares y con situaciones ocupacionales y laborales diferentes.
- Un grupo de jóvenes adultos (menores de 35 años) de ambos sexos, con responsabilidades familiares y con situaciones laborales y ocupacionales diferentes.
- Un grupo de mujeres mayores de 35 años con situaciones familiares, ocupacionales y laborales disúntas.

¹⁰ Algunas de estas preguntas que se prepararon eran: ¿se encuentra a gusto viviendo en Buenos Aires?, ¿se cambiaría de barrio si pudiera?, ¿dónde iría a vivir?, ¿qué cosas son mejorables en el barrio?, ¿qué cree que se puede hacer?, ¿qué obstáculos hay que vencer?, ¿qué estaría dispuesto a hacer para mejorarlas?, ¿piensa en el futuro?, ¿cómo se lo imagina?, ¿qué espera de él?, etc.

- Un grupo de hombres mayores de 35 años con situaciones familiares, ocupacionales y laborales distintas.
- Un grupo de hombres y mujeres mayores de 60 años.
- Un grupo de hombres y mujeres mayores de 35 años residentes en distintas zonas y barrios de Salamanca. Con situaciones familiares, ocupacionales y laborales diferenciadas.

Los grupos triangulares es una dinámica similar a la de los grupos de discusión, con la salvedad de que estos están formados por tres personas en vez de las cinco a ocho personas que constituyeron nuestros grupos de discusión. Pero la diferencia fundamental es que unos (los triangulares) los forman personas con un alto nivel de conocimiento y posicionamiento ideológico respecto de la problemática que se aborda; en cambio los de discusión están formados por personas sin esta claridad de ideas. Estas características hacen que los grupos triangulares sean muy dinámicos y tengan un gran potencial para perfilar estados futuros (en el caso, en relación a los problemas que afectan a Buenos Aires) o para analizar en profundidad la propia realidad presente. Tanto en los grupos triangulares como en los de discusión se siguió un esquema de dirección de los mismos muy similar (con las lógicas modificaciones) al planteado en las entrevistas en profundidad. Se realizaron tres grupos triangulares: uno con jóvenes líderes en distintos círculos dentro del barrio, otro con voluntarios sociales de dos organizaciones distintas y una persona del CEAS, y un tercero con tres periodistas representativos de otros tantos medios de comunicación de Salamanca.

Todas estas intervenciones (entrevistas, grupos, etc.) fueron grabadas y posteriormente transcritas para poder efectuar la interpretación y el análisis de los discursos. Además se grabaron y estudiaron con detenimiento cuatro de las sesiones que se realizaron con el «círculo de estudio». En total, han sido treinta horas de grabación sobre la que se sustenta la mayor parte de la base empírica del estudio que presentamos.

En la evaluación que el equipo de investigación de la Universidad y los participantes en el «círculo de estudio» realizaron del trabajo de campo efectuado, se señalaron algunas deficiencias en el mismo. El funcionamiento de las entrevistas y los grupos ha sido desigual: no todas/os han salido como era de desear. Los problemas más significativos que han surgido tienen que ver con las limitaciones que nos han impedido entrevistar a algunas personas. En ese sentido, el estudio presenta un importante sesgo por no haber podido entrevistar a un número suficientemente representativo de personas pertenecientes a la comunidad gitana radicada en Buenos Aires. Hemos intentado suplir esa carencia recurriendo a fuentes documentales secundarias. Tampoco se ha podido entrevistar a todo el número de jóvenes que hubiera sido deseable, principalmente pertenecientes al género

femenino. Para superar esto se colaboró con la Asociación Juvenil del barrio en la realización de una encuesta entre los jóvenes de Buenos Aires y en unas Jornadas Juveniles organizadas por ellos. También se intentó contactar, sin éxito, con personas que habiendo residido en el barrio se hubieran marchado a vivir a otro lugar de la ciudad. En el ámbito institucional, a pesar de haber realizado las entrevistas programadas, hemos notado un talante bastante cerrado que nos ha limitado el análisis. Por todo ello, guardamos algunas reservas sobre si realmente habremos logrado recoger en todas sus dimensiones las posiciones de los distintos actores y conjuntos de acción implicados. Fundamentalmente nos preocupa este aspecto en el caso de la base social no organizada; en primer lugar, por no haber accedido como deseábamos a algunos colectivos (jóvenes y gitanos); en segundo lugar, porque algunos grupos de discusión presentaron sesgos en su formación; y en tercer lugar, porque los vecinos han mostrado muchas reticencias en el momento de abordar los temas más problemáticos, como el de la droga o el de los gitanos.

Sin embargo, a pesar de estas deficiencias, creemos que el trabajo de campo ha cumplido sus objetivos generales. La coordinación en su realización también ha sido aceptable, a pesar de la dificultad añadida de contar con un gran número de personas implicadas (los participantes en el «círculo de estudio», los entrevistadores y los propios entrevistados), sin prácticamente ninguna experiencia (salvo algunas excepciones) en estas tareas. Como un subproducto no esperado, creemos que la misma realización de las entrevistas y los grupos en el barrio, en las Instituciones o con los medios de comunicación ha servido para despertar en algunas personas una inquietud adicional, que les ha ayudado a implicarse más en la discusión y la reflexión sobre la problemática que envuelve a Buenos Aires. El trabajo de campo, en ese aspecto, ha entrado a formar parte de la misma lógica que mueve a la IAP. En esta misma línea, hay que enmarcar el que varios componentes del equipo de sociólogos aceptaran colaborar con los miembros de un colectivo de jóvenes del barrio para elaborar y analizar conjuntamente una encuesta destinada a los jóvenes de Buenos Aires, cuyos resultados fueron posteriormente compartidos con éstos en unas jornadas sobre juventud.

Además del trabajo de campo referido y de esta última encuesta, el estudio que a continuación presentamos incluye los resultados de una investigación sobre las políticas sociales en el Municipio de Salamanca, que un miembro del equipo ha estado realizando de manera paralela a este proyecto. Lo cual creemos que ayudará a fundamentar un debate sobre la función que cumplen o que podrían cumplir estas políticas sociales en el barrio y en la ciudad.

Los capítulos siguientes recogen el informe que el equipo de Sociología de la Universidad ha elaborado como insumo para el proceso de IAP que se ha realizado en el barrio de Buenos Aires. El orden y la estructura de estos capítulos obedecen al diseño de la investigación mencionado anteriormente. Estos capítulos han sido elaborados por los estudiantes de Sociología Urbana y Ecología Social que han participado en la investigación. Cada uno de ellos ha sido confeccionado por un estudiante distinto; la consecuencia lógica de esta manera de proceder es encontrar visiones diferentes sobre la realidad observada en Buenos Aires, y formas también distintas de abordar su interpretación. Las contradicciones que se puedan observar en estas interpretaciones, y los distintos niveles de profundidad en el tratamiento de los temas que aborda cada capítulo, no es debido tanto a una falta de coordinación entre todos los miembros del equipo (aunque sin duda, es justo reconocer, alguna falla ha habido en este sentido), como al interés de respetar en todo momento las visiones y los trabajos particulares de estos investigadores noveles, pues esto también forma parte del proceso de IAP en su vertiente pedagógica. En las conclusiones y en la parte introductoria se ha intentado, por parte de los directores del estudio, recoger el planteamiento, más o menos consensuado, que el equipo (en cuanto tal) asume después de haber realizado una discusión final sobre el conjunto de visiones y trabajos efectuados por cada uno de sus miembros.

Salamanca: una ciudad escindida

María José Álvarez Martín

El barrio de Buenos Aires está formado por una población polarizada dentro de la ciudad de Salamanca, una población atípica, en cuanto que no entra en la norma de la población global de la ciudad. Tal polaridad radica en unos niveles culturales y económicos bastante inferiores a la media de la capital, así como en una población con una estructura por edades significativamente distinta. Estas características determinan una serie de necesidades específicas que no siempre son transformadas en demandas; «no siempre» quiere decir «no por el conjunto de la población del barrio». Es decir: aunque las necesidades son experimentadas por toda la población (en mayor o menor medida), no existe una demanda articulada que comprometa a todo el barrio. En este sentido, se puede decir que se trata de un barrio muy desestructurado, por razones diversas que se irán exponiendo a lo largo de este capítulo.

Estructura física y equipamientos

El Barrio de Buenos Aires fue construido en 1983 en la periferia salmantina, al suroeste de la ciudad, en la margen sur del río Tormes. Es el último núcleo del municipio de Salamanca en torno a la carretera nacional 620, en dirección a Portugal. El acceso desde el núcleo principal de población de Salamanca hasta el barrio se realiza únicamente a través de la carretera llamada «de Fregeneda», después de cruzar el río a través de alguno de sus puentes, los cuales, respecto del barrio, se encuentran situados al Este (ver Plano 1). De este modo queda configurado una especie de «corredor» como único nexo físico entre el barrio y el resto de la ciudad; sin embargo, se puede hablar de una ruptura en la continuidad física de la ciudad hacia el barrio, la cual está determinada tanto por la distancia de Buenos Aires a los puentes, como por el tipo de edificación que bordea la carretera en su camino hacia el barrio, que pierde en su conjunto el carácter residencial. Así pues, el automóvil o el autobús se imponen como forma de transporte obligada para los vecinos, ya que aunque hay aceras en todo el trayecto, la distancia es demasiada larga para ser considerada zona de tránsito peatonal. En relación al transporte, hay dos líneas de autobús urbano que llegan hasta el barrio. Una de ellas une el barrio con el mismo centro de la ciudad, mientras que la otra recorre el contorno Oeste de Salamanca, pasando por la zona de hospitales y residencias sanitarias de la capital. Tanto una como otra tardan, aproximadamente, de diez a quince minutos en recorrer el espacio que hay entre el barrio y los puentes sobre el Tormes.

El barrio se encuentra en el borde izquierdo, según se va hacia el Oeste, de la carretera nacional, la cual es una de las barreras físicas que rodean al mismo. Las viviendas ocupan un espacio que queda definido entre la vía del ferrocarril a Portugal, por el Sur, la carretera de circunvalación (en construcción) por el Oeste y la ya mencionada carretera a Portugal, al Norte. Al Este se sitúan las piscinas y el polideportivo municipales (Plano 2). Todas estas características confieren al barrio la *identificación con una unidad espacial bien delimitada*; los contornos del barrio no quedan definidos a través de los sentimientos de los individuos que viven en él, sino que son materiales. Esto no quiere decir que la población no tenga una conciencia clara de habitar un barrio; más bien al contrario, la distancia y la ruptura física del barrio en relación a la ciudad crea *el efecto psicológico de distanciamiento e incluso de aislamiento*. Pero, al contrario que los vecinos de barrios que integran el núcleo urbano, los de Buenos Aires no cuentan con la posibilidad de autodefinir su barrio a través de sus sentimientos, sino que más bien esa definición ha sido físicamente obvia y previa a la construcción de un sentido de parte.

El barrio ocupa más o menos un cuadrado de terreno, sobre el que se construyeron bloques de viviendas de altura media y distribuidas de tal manera que forman un espacio interno a modo de plaza. Desde la carretera y en dirección a la vía (es decir, de Norte a Sur) el terreno sobre el que se construyó es ascendente, por lo que las edificaciones son

escalonadas. La población gitana se concentra en dos de los bloques situados en la parte más alta del barrio, por lo que se puede hablar de la existencia de una segregación física entre la población en la adjudicación de viviendas. La plaza no es cerrada debido a la existencia de algunos pasajes bajo los edificios. Esta distribución responde a la intención original de los arquitectos del Ayuntamiento de crear un espacio común para la convivencia dentro del barrio y evitar así la desagregación de la población. Ese «espacio común de convivencia» contiene algunas zonas verdes (sin que se pueda hablar de parque) y una fuente que en la actualidad ha sido transformada por los vecinos en una especie de jardinera donde crece la hierba. Los contornos de esas zonas verdes y de la antigua fuente son bancos corridos de piedra. Un aspecto positivo es el grado de conservación del barrio y de las viviendas, que le confiere un aspecto agradable. Por otro lado, la falta de ruido y contaminación, así como vivir cerca del campo, son destacados también en el discurso de los vecinos como aspectos positivos del barrio.

En cuanto a *bienes de uso colectivo*, en el barrio hay un Colegio Público, una Iglesia Católica y una sede de la Iglesia Evangélica. Las instalaciones deportivas, si bien no están dentro del barrio, sí están muy próximas (Polideportivo y Piscinas públicas de Tejares). Las instalaciones municipales incluyen también un CEAS de los Servicios Sociales del Ayuntamiento. A la satisfacción de los vecinos ante estos equipamientos se le opone la necesidad que expresan de espacios y lugares de ocio y/o culturales, que se agrava debido al aislamiento al que ya hemos hecho mención anteriormente. Actualmente sólo hay un local que cumple múltiples funciones en el que se reúne la Asociación Cultural del Barrio; no existe ni biblioteca ni teatro, cine o cualquier otro servicio de tiempo libre. Más adelante se hablará del empleo del ocio dentro de la vida cotidiana del barrio.

En lo que respecta a los *servicios sanitarios*, el centro de salud más próximo se encuentra en la avenida inmediatamente anterior a los puentes, en dirección a la ciudad. No obstante es una demanda generalizada en el barrio la del aumento del personal sanitario en dicho centro, así como la desviación de alguno de sus recursos hacia el barrio, sobre todo en lo referente a servicios básicos de atención primaria (por ejemplo, un pediatra).

Estructura por edades

El Barrio de Buenos Aires tenía una población de 1.329 habitantes según el último padrón realizado por el Servicio de Estadística Municipal de Salamanca af 1 de enero de 1993. No obstante, según algunos agentes sociales del barrio, la cifra pudiera ser algo mayor que la real. Apoyándonos en la fuente oficial, se puede afirmar que la principal característica de la población del barrio es su juventud: el 33 por ciento es menor de 15 años,

y sólo un 3 por ciento es mayor de 65. La mitad de la población total del barrio no tiene más de 24 años. Este rasgo poblacional determina las necesidades principales del barrio, que pueden englobarse en educativas, recreativas, de ocio y culturales.

En la estructura por edades de la población (también según la misma fuente), se pueden observar algunas particularidades (ver Pirámide 1 en el Anexo):

- La moda en la frecuencia por edades se encuentra en la cohorte de 10 a 14 años (máximo ensanchamiento de la pirámide de población).
- Una proporción de población entre 20 y 29 años relativamente pequeña, en relación a las cohortes anteriores y posteriores; en la pirámide de población se aprecia un estrechamiento muy significativo a la altura correspondiente a estas edades, sobre todo entre los 25 y los 29 años. Esta particular distribución de la población llama más la atención en tanto en cuanto para la población total de Salamanca la máxima frecuencia se alcanza, precisamente, en la cohorte de 20 a 24 años (ver Pirámide 2).
- En la cohorte de 30 a 34 años, la población femenina multiplica a la masculina en un 1,5 por ciento; para este grupo de edad, la razón de masculinidad pasa de un 0,98 (rm total) a un 0,65.

En relación a la estructura de la población salmantina total, se puede calificar a la población de Buenos Aires como atípica, ya que sus características no se ajustan en absoluto a las de la primera. En este sentido, la población salmantina está mucho más envejecida (población menor de 15 años: 16,8 %; población mayor de 65 años: 14,7 %). El único punto en común entre las dos es el estrechamiento de la base de la pirámide (ver Pirámide 2 en el Anexo); pero, si bien en valores absolutos porcentuales las dimensiones son similares (del 8 al 9 por ciento de la población total), en valores relativos el estrechamiento es mucho mayor en la población de Buenos Aires, ya que las cohortes inmediatamente superiores a la de 0-4 años son, precisamente, las que acumulan la mayor parte de la frecuencia, mientras que no es así en el caso de la población total.

La principal *hipótesis* que puede plantearse ante el carácter específico de la estructura de la población del barrio de Buenos Aires sería la de que es el resultado de la conjunción de dos factores: la «artificialidad» del barrio y su juventud (12 años de historia). Es decir: el reducido lapso de tiempo transcurrido desde la creación del barrio no ha permitido que la estructura definida por los criterios de adjudicación de las viviendas quede desdibujada. A este respecto podría afirmarse que la estructura actual sería una traslación en el tiempo de la que poseía la población original del barrio, y la razón de las particularidades anteriormente

señaladas residiría -más que en una posible casualidad- en los criterios aplicados en la selección de las familias.

Una comparación entre la población de 1993 y de 1983 podría confirmar o refutar esta hipótesis. Sin embargo, el primer padrón municipal que incluye al barrio de Buenos Aires es de 1986 (Cuadro 1). En la pirámide correspondiente a este año (Pirámide 3 en el Anexo) se aprecia un estrechamiento en la cohorte de 17 a 20 años, que corresponde a la cohorte de 24 a 27 años, de 1993. Por otro lado, el ensanchamiento de la cohorte de 5 a 8 años de 1986 puede contribuir al de la cohorte de 10 a 14 de 1993. Salvando las dificultades comparativas, parece que puede aceptarse la hipótesis anterior. No puede dejar de advertirse que estos cálculos comparativos se realizan sobre el supuesto de que el flujo de población del barrio no haya influido muy significativamente en la estructura por edades. Si bien no hay datos sobre este punto, según agentes sociales y vecinos del barrio, sí ha existido este flujo, aunque se debe en su mayor parte a movimientos de la población gitana, lo cual podría garantizar un mantenimiento de la estructura poblacional (Cuadro 2).

Dentro de esta hipótesis general podría explicarse el estrechamiento relativo de la población de 20 a 29 años respecto de las dos cohortes anteriores (30-39). Según información de algunos de los vecinos más antiguos del barrio, en su creación llegaron numerosas parejas muy jóvenes con hijos. Esto explicaría que haya un gran número de niños y jóvenes de 10 a 20 años en 1993 -que serían los hijos de 0 a 10 años de aquellos matrimonios diez años antes-; también explicaría el ensanchamiento de la pirámide de 30 a 40 años -que correspondería a los padres de estos niños-. La población de 20 a 30 años de 1993 será la formada por los hijos de las parejas que llegaron al barrio con más de 30 años -que en el 93 tendrían más de 40-; la menor proporción de estas familias en la formación de la población del barrio explica los estrechamientos relativos en la pirámide de 1993 al nivel de estas dos cohortes. En resumen, según esta hipótesis, las fluctuaciones en la pirámide de población corresponden a la proporción desigual de dos generaciones de padres con sus respectivos hijos.

Por otro lado, pudiera ser que el engrosamiento de las cohortes infantiles de 1993 se debiera, aparte de a la estructura original del barrio, a que se hubiesen producido más nacimientos de hijos de esas parejas jóvenes con posterioridad a su llegada al barrio. Esta hipótesis complementaria se vería apoyada por el hecho de que, como se comentará más adelante, en estos doce años de vida del barrio ha existido un período intermedio de relativa bonanza económica (desempleo reducido).

Composición familiar

En cuanto a la composición familiar, en 1993 el 50 por ciento de familias está compuesto por cuatro o menos miembros. Este porcentaje era similar en 1986. Hay que advertir que los datos del padrón municipal no son exhaustivos en este punto, ya que, a pesar de que en el barrio hay 350 viviendas, en 1986 sólo contabilizan, a efectos de composición familiar, 335; y en 1993, 332. Llama nuestra atención el hecho de que en estos siete años el número de familias de un solo miembro - siempre según las estadísticas municipales- se duplicó (pasó de 14 a 30), aunque es difícil encontrar una explicación para ello. En cuanto a necesidades familiares, es importante señalar que en 1993 había 12 familias de siete miembros, cuatro de ocho miembros, seis de nueve miembros y una de más de nueve.

Nivel educativo

Para el estudio de este nivel contamos con los datos correspondientes a los padrones del 86, 89 y 93 (Cuadros 1, 2 y 3 en el Anexo). También en este caso hay una agregación de niveles distinta en 1993 respecto a los años anteriores. Habrá que tener este hecho en cuenta a la hora de comentar los datos que se nos ofrecen.

En 1993, el 79,5 % de la población del barrio de Buenos Aires tenía un nivel de estudios (terminados) igual o inferior a la primaria completa; la población que no había alcanzado niveles superiores al bachillerato elemental era ya el 95 % (dato común a los años 86 y 89). Un 34 % del total no tenía estudios. Es claro que se trata de una población con un nivel cultural muy bajo. Este hecho es, en opinión de la coordinadora del Colegio Público de Buenos Aires, un freno a la movilidad, ya que hay una imposibilidad de convivencia y enriquecimiento entre grupos de distintos niveles educativos. En la parte inferior de la escala educativa hay 110 analfabetos en 1993; no obstante, si se resta de esta cantidad la población de 0 a 4 años, quedaría en 55, lo que se aproxima más a las cantidades recogidas para esta categoría en los dos padrones anteriores (la variable edad no viene contemplada en estos padrones en relación al nivel educativo). En la parte superior de la escala educativa hay 9 titulados universitarios.

Atendiendo al nivel educativo según la edad (siempre refiriéndonos a los datos del 93), los resultados más importantes se pueden resumir del siguiente modo:

- El porcentaje de población que tiene un nivel de estudios equivalente al de primaria completa aumenta progresivamente desde el 45 % en la cohorte de 15 a 19 años,

hasta que alcanza un 82,5 % en la cohorte de 40 a 44 años; en la cohorte de 60 a 64 años nadie ha alcanzado un nivel superior al de primaria completa.

- Ocurre algo similar si se toma como parámetro el nivel equivalente a la EGB o al Bachiller Elemental; en la cohorte de 20 a 24 años, el 79 % no han superado dicho nivel, mientras que a partir de los 40 años este porcentaje aumenta hasta el 100 %.
- Estos datos se pueden leer de otra forma, y así se observa que de la población que no tiene estudios, un 25 % tiene entre 10 y 14 años.

Otros datos referidos a la educación, que no aparecen en las estadísticas municipales, son ofrecidos por fuentes del Colegio Público. Aunque en el nivel infantil no hay *analfabetismo*, sí se puede hablar de la *existencia de una población no escolarizada importante*, en su mayor parte de niños gitanos. Se señala como característica generalizada un bajo nivel de componente verbal en las pruebas realizadas en el Colegio «...y *sin embargo es el que condiciona el desarrollo y la inserción en el mundo laboral y social* » (coordinadora escolar). También se apunta como condicionante en el desarrollo educativo de los niños el hecho de que en sus casas no pueden encontrar apoyo en este aspecto: «*saben menos los padres que los chicos* » (coordinadora escolar). Por esta razón, la motivación de los niños se considera difícil. Por otro lado, el *fracaso* de los que consiguen completar sus estudios básicos cuando ingresan en el Bachillerato o en la Formación Profesional *esalta*. La causa aducida por la coordinadora vuelve a ser el nivel socio-cultural familiar, no tanto como el económico, ya que en el seno familiar se puede incentivar de algún modo el trabajo a partir de cierta edad frente al estudio.

Por último, todo lo anteriormente expuesto no quiere decir que no exista una buena imagen del funcionamiento del colegio entre los padres; es una de las instituciones mejor valoradas en el barrio. Sin embargo, un alto porcentaje de los escolares estudian en otros colegios de la ciudad, normalmente privados. Para la coordinadora escolar esto puede deberse a dos motivos: o bien a que en esos colegios se incluye la comida, o bien a un problema de actitud social ante el miedo a conflictos con los niños gitanos, conflictos que, al parecer, no existen en realidad.

Nivel socioeconómico

Este es uno de los elementos que contribuye en mayor medida a la creación de la identidad del barrio:

«Si has entrado en este piso sabemos todos por qué es, o sea, porque no tenías otro», «todos de gente de poco pelo, por eso nos dieron estos pisos, porque todos teníamos los recursos muy, muy... muy poquitos » (vecinos).

Se carece de datos estadísticos sobre el nivel de ingresos de las familias, pero sí hay algunos sobre la situación laboral en los padrones de 1986 y 1989 (Cuadros 1 y 2 en el Anexo). Según este último, había entonces 99 parados (100 en 1986) y 250 personas ocupadas (de las cuales 25 eran mujeres casadas). No obstante, hay indicios para pensar que en la actualidad esa cifra sea mayor:

«...el nivel económico ahora me dicen que sí, que ahora empieza a haber bastantes problemas» (coordinadora escolar).

«...la impresión que nosotros tenemos es que el índice de desempleo tiene que ser mayor, porque la demanda aquí es mucho mayor (...) ahora la gente que viene (...) son padres de familia pues que se les ha acabado ya el paro...» (CEAS).

«Hay señores que yo no los veía por las mañanas y ahora andan por la plaza » (vecina).

Parece que en esta situación la mujer toma un importante papel en el aporte económico familiar :

«yo creo que bastantes, hoy día bastantes, y porque la mujer trabaja y, y se va a hacer cosas, se va a hacer portales, se va a hacer cosas, pero... » (vecina, refiriéndose al paro).

El desempleo afecta también a los jóvenes (de 16 a 25 años), los cuales, además, ven pocas perspectivas de trabajo (véase el capítulo «Los jóvenes de la margen izquierda»). El tipo de ocupaciones y profesiones más frecuentes son, entre los hombres, las relacionadas con la construcción (había 77 en 1989), mecánicos, conductores, camareros y dependientes de comercio; entre las mujeres, el servicio doméstico y la limpieza en edificios públicos. En cuanto al lugar de trabajo, la gran mayoría trabaja fuera del barrio y al otro lado del río. Mención aparte merece la situación ocupacional y económica de los gitanos; es uno de los factores que determinan la separación que se experimenta dentro del barrio en la convivencia entre payos y gitanos, en un doble sentido: a) económicamente, existe la visión entre la población paya de que «ellos son los ricos y nosotros los pobres» (vecino); ocupacionalmente, no se comparte la visión en el modo de ganarse la vida; el trabajo del gitano no es fijo ni está ligado a una actividad económica formal.

Vida cotidiana

Viene marcada por la distancia del barrio al resto de la ciudad y por las características socioeconómicas anteriormente expuestas, si bien existen problemas de convivencia que no radican en ninguno de estos factores. Pero también es posible afirmar que las actividades cotidianas y la forma de relación entre los vecinos «crean» actitudes e incluso estructuras sociales; es decir, el establecimiento de relaciones sociales en la vida diaria entre ciertos grupos de población puede reforzar los límites más o menos rígidos entre esos grupos. En este sentido, parece que *no hay una relación fluida en el contacto diario entre payos y gitanos*, aunque resulta difícil establecer hasta qué punto es así. Lo que sí es claro es que en las actividades de ocio desarrolladas en el seno de las asociaciones no participan los gitanos.

Al margen de esta consideración, la principal característica de la vida en el barrio es la del grado de personalización en las relaciones sociales, hecho señalado positivamente por los vecinos de manera generalizada (aunque quizá en los jóvenes esto se experimente un poco más como modo de control social). Este es el rasgo menos «urbano» del barrio y que lo hace diferente de otros barrios mayores. A menudo ha aparecido entre la población de Buenos Aires la expresión «vida de pueblo» para calificar su vida cotidiana.

Por otro lado, y también es un elemento importante, todas las actividades cotidianas del barrio tienen como telón de fondo la presencia en el autobús y en la calle de los drogodependientes que acuden a comprar droga. Este es un *factor de deterioro de la convivencia en general* y, específicamente, de la vida en la calle. La venta de droga no se efectúa a la luz, sino en privado, pero (Lefebvre, 1976, 476) «la calle cumple una función informativa, simbólica y de esparcimiento», y la presencia del mundo de la droga (con todas las connotaciones de las que está cargado) en ella, no cabe duda de que afecta a la vida diaria a través de cualquiera de estas tres funciones. En este sentido, parece ser que ha existido un deterioro progresivo en la convivencia que se ha manifestado también en el descenso de participación en las fiestas del barrio.

Esto nos lleva al tiempo del *empleo del ocio*. En primer lugar, hay que decir que el tiempo libre de obligaciones no coincide entre los hombres y las mujeres. Generalmente, las mujeres disfrutan de él por la tarde, desde la comida hasta las siete; sin embargo, los hombres (los que trabajan) disponen del mismo a partir de esa hora. También son distintas las formas de uso de ese tiempo. Las mujeres están muy organizadas y a través de la Asociación de Mujeres «Buenas Amigas» desarrollan múltiples actividades lúdicas y culturales. El contacto entre ellas también se da de una forma espontánea y fluida (por

ejemplo, se reúnen en grupos para salir a caminar por la tarde, o se forman corrillos en la calle...). El tiempo de ocio de los jóvenes y de los hombres se invierte más en los bares; aunque existe una asociación juvenil que lleva a cabo alguna actividad, solamente integra a quince de ellos. Respecto a los jóvenes, hay que decir que también aquí existe una diferencia de género en la vivencia del ocio; mientras que los chicos son propensos a desarrollar actividades colectivas (como deportes), las chicas son más individualistas y optan por actividades que impliquen el salir del barrio, y expresan una mayor necesidad por moverse de allí. Existe una fuerte necesidad -que también se expresa como demanda- de los espacios y servicios de ocio de los que hablamos anteriormente, sobre todo infantiles y juveniles.

Análisis y conclusiones

Si hubiera que resumir de algún modo todos los elementos anteriormente explicitados, se podría decir que la estructura social del barrio de Buenos Aires es el resultado de dos fuerzas o grupos de factores que inciden sobre él:

A. Fuerzas homogeneizadoras . Son los elementos que confieren una identidad y unidad a la población del barrio. Se trata sobre todo del elemento espacial, que actúa a dos niveles distintos: la distancia del centro y el carácter de espacio impuesto y artificial.

Por un lado, habría que matizar que en la determinación de la estructura del barrio, la distancia al centro se asocia con las posibilidades económicas de la población. Es decir, *la distancia es importante en cuanto existe una imposibilidad material de autosatisfacción familiar de las necesidades* . En este sentido, parece que es aplicable la hipótesis que se planteó en un estudio sobre la atracción de París sobre las zonas residenciales, que recoge Castells (1971, 503): «...la distancia al centro no hace sino reforzar el carácter selectivo de la atracción característica de los diferentes tipos de espectáculo; cuanto más altas son las cotas alcanzadas en la jerarquía social, menor es el efecto desilusionante producido por la distancia...».

Por otro lado, el carácter impuesto y artificial al que hacemos referencia es importante en la medida en que crea en los habitantes del barrio una sensación de imposibilidad de elección; de este modo, un elemento nivelador de la población de Buenos Aires es que todos residen en un espacio que ha sido fruto de una política y de una planificación determinadas. En este sentido podría decirse que el barrio es el resultado de las fuerzas centrífugas (McKenzie, 1974) que ejerce la ciudad sobre determinados elementos de población. El resultado es una segregación espacial que puede verse como una manifestación física de la subordinación económica y política de unos grupos de población, que modifica a su vez la

configuración de las actitudes psíquicas de la población afectada y que favorece la posibilidad de que se reproduzca (Wirth, 1962). Esa reproducción de la que habla Wirth podría explicarse con el siguiente párrafo de Cortes Alcalá: «La posición social de las familias está influenciada por el acceso que logran tener a un conjunto de servicios y equipamientos situados en el entorno residencial de su vivienda».

B. *Fuerzas heterogeneizadoras o fraccionadoras*. Son las que tienen como resultado la desestructuralización de la población del barrio, e incluyen factores culturales (o étnicos) y el grado de movilización social.

El primer factor divide a la población en payos y gitanos; esta división no es simplemente descriptiva, sino que deriva de la creación de una identidad de grupo apoyada en la no pertenencia al grupo contrario. En cuanto al grado de movilización, su importancia queda justificada por dos vías: porque influye en la creación de identidades a través de la autoimagen y, sobre todo, porque determina el grado de emancipación de la población. Este factor define una serie de grupos o bloques sociales (Rodríguez-Villasante, 1994), en cuya determinación se tienen en cuenta «los procesos internos locales y las aspiraciones diferenciadas de los horizontes movilizados» (p. 28). Según este criterio podrían distinguirse en el barrio tres bloques sociales, dejando a un lado la población gitana que, por otra parte, no presenta ninguna manifestación asociativa.

En primer lugar, hay un sector de población con una movilización y con un *sentimiento de pertenencia al grupo poblacional nulos*. Son los que expresan abiertamente su deseo de abandonar el barrio, y suelen ser personas que tienen en perspectiva alguna posibilidad de hacerlo. Es el grupo más desconectado del entramado social.

Un segundo grupo es el que presenta *un mayor grado de adaptación al barrio, aunque adoptan una actitud pasiva* en cuanto a resolución de los problemas. En este grupo se encuentran los ancianos, parte de los jóvenes y gran parte de la base social. En la terminología de Villasante, serían grupos de *actitud conversa*.

Por último, un tercio de la población ha desarrollado una *posición reivindicativa* y articula todas las necesidades del barrio en una serie de demandas. Este grupo de población sería el que se integra en la Asociación Cultural, que incluye la Asociación de Mujeres, la Asociación de Vecinos, la de Padres y otras. Es el grupo de población que adopta posturas *reversivas*.

Este enfoque que ve la estructura social del barrio como el resultado de fuerzas cohesionadoras y fragmentadoras, intenta huir de los determinismos de cualquier signo según los cuales los procesos sociales condicionan el espacio y el sistema ecológico, o viceversa. Sigue así la visión de Castells (1971, 501): «... la Sociología existe, justamente a partir de la comprensión del mundo social, en tanto que conjunto integrado por “elementos integrados” y “elementos construidos”, constituyendo una estructura no solamente indisoluble en lo real, sino analíticamente indisociable».

Al finalizar este capítulo, dedicado a mostrar la estructura social del barrio de Buenos Aires, su autora quiere expresar el deseo de que sus habitantes consigan encontrar el modo de llegar a ser más libres y de que para todos -para ellos y para nosotros- se nos haga presente lo que dijo Machado acerca de que «por muy alto que sea el valor de un hombre, nunca alcanzará un valor mayor que el de ser hombre».

Los Servicios Sociales en Salamanca

Luis Mena Martínez

Este capítulo pretende ser un breve análisis de la política de Servicios Sociales en Salamanca realizada a partir de un estudio documental de las memorias de este Departamento (años 1990, 1992 y 1993) y de una entrevista estructurada a una persona del servicio de documentación del mismo. El modo de análisis es un paso por las diversas fases de esta política; en concreto: inclusión en la agenda política, implementación y evaluación.

Inclusión en la agenda política

Hay que partir de que el tema de los servicios sociales es algo relativamente reciente en España, y más aún en Salamanca. La primera concejalía de Servicios Sociales se crea en 1986 bajo la alcaldía del Partido Popular, siendo el concejal delegado Pedro Grijalba Domínguez, a raíz de la ley 7/1985, Reguladora de las Bases de Régimen Local que establece estas competencias para los municipios. Pero no se crea el Departamento de Servicios Sociales hasta 1989, a raíz de la ley 18/1988 de Acción Social de Castilla y León, zonificándose la ciudad en CEAS en 1990 a raíz del Decreto 13/1990 de esta Comunidad autónoma. Así, la razón inicial aludida en la primera de las Memorias citadas, para la inclusión de la preocupación por el tema de los servicios sociales en Salamanca es algo externo, que no surge de iniciativas del gobierno local ni como respuesta a demandas

locales, sino desde la dependencia de un contexto estatal y autonómico sin el cual probablemente habría tardado bastante más en ser foco de interés para nuestros gobernantes locales.

El planteamiento inicial de esta política considera «objetivo prioritario la consolidación de los Servicios Sociales de Atención Primaria o Básicos» (Memoria 1990), enlazando con una tradición asistencialista previa, sobre todo al calificarlos como de *atención primaria*, adjetivación que no aparece en la ley original de la que no es más que una copia la introducción a esta memoria (lo que vuelve a mostrar la dependencia externa de los planteamientos iniciales). Por otro lado, parece que las cuestiones internas preocupan más que la respuesta a las necesidades sociales en este primer momento, llegando a decirse que «queremos resaltar con especial énfasis el tema de personal ya que es el problema más serio que el departamento de servicios sociales tiene planteado actualmente (...) dado que la mayoría de los trabajadores de este Servicio cumplen tres años como contratados personales al finalizar el año 91». Por tanto, las notas características de este momento inicial son una fuerte dependencia externa, que se interpreta con cierto tono asistencialista, a la vez que priman los problemas internos sobre la respuesta a las necesidades sociales.

Es importante también su conexión con otras políticas locales, de las que aparece siempre como subordinada o dependiente, en el sentido de que en muchos casos viene a paliar situaciones creadas por otras políticas «grandes» (urbanismo, por ejemplo). Esto se analiza en la implementación.

En cuanto a reformulaciones posteriores de esta política, éstas se producen sobre todo con la entrada del PSOE en el gobierno local. Se cambia la primacía de la atención primaria por la de la «integración social», más en la línea de los servicios sociales actuales. También se afirma que «la lucha contra las desigualdades debe ser el motor de cuantos colectivos sociales integran la ciudad, para hacer de ésta un lugar más humano y solidario», con lo que deja de centrarse en los colectivos marginales, e implica a toda la sociedad y no sólo al Ayuntamiento. De este modo podemos afirmar que hay un cambio en los planteamientos debido al partido en el poder, aunque esta variable tiene menos fuerza que la dependencia externa, que es la que realmente estructura esta política en Salamanca.

Implementación

La estructuración interna responde al diseño de la Ley de Acción Social de Castilla y León, dividiéndose en Servicios Básicos y Servicios Específicos. Esta división se flexibiliza en 1993, dividiéndose en Unidad Administrativa, Coordinador de CEAS, Coordinador de

Servicios y Recursos, y Equipo Técnico. Esta nueva división responde mejor al modo de trabajo real (en los CEAS se llevan a cabo Servicios Específicos), pero tarda tres años en cambiarse por la fuerte dependencia legal externa. Dentro de la estructura interna, el Equipo Directivo se presentó como un modo de dirección colegiada que evitara imposiciones y personalismos, delegando funciones y responsabilidades a los diversos trabajadores del Departamento. Sin embargo, se fija como objetivo hacer que los trabajadores del mismo se adecúen a la división externa entre Servicios Básicos y Servicios Específicos, y no tanto el tener en cuenta las opiniones de los trabajadores que están más en contacto con la realidad social..

En cuanto a la forma de trabajo, se define desde el Departamento como una estructura de Plan-Programa-Proyecto, que llega a ser así en 1993 con los planes de Información, Orientación y Asesoramiento; Familia y Convivencia; Intervención Social y Desarrollo Comunitario y Coordinación Inter-institucional. Esta forma de trabajo se debe a un diseño de los Servicios Sociales que, aunque implícito en ella, no responde a la ley de Acción Social de Castilla y León, y está más acorde con los planteamientos del nuevo partido político en el poder.

La subordinación a otras políticas se va a comprobar desde el análisis de la evolución del CEAS-Centro. Este CEAS se sitúa en un zona especialmente afectada por los planes de urbanismo, que pretenden hacer del Barrio Antiguo una zona de clase media alta expulsando a la población marginal que vivía en el mismo. En clara dependencia de esta política, los servicios sociales se han ido apartando progresivamente de la cobertura que pudieran dar a este tipo de población, a la vez que se centran en una población distinta. De este modo, en 1990 este CEAS es el que más casos de información y orientación atiende, y se habla de «intervenciones frecuentes» en la zona, concentrándose en él los Salarios Sociales, las ayudas económicas puntuales, potenciando voluntariado, asociaciones de la tercera edad, programas de infancia, talleres de ocio y tiempo libre, e incluso un programa de radio sobre cultura gitana («Gólix Cálix»). Es la zona que recibe más atención de los servicios del Departamento y la que presenta más programas. Sin embargo, a raíz de la finalización inminente del Palacio de Congresos, se ve la necesidad de «limpiar» la zona, derribando numerosas casas del barrio de San Vicente y expulsando a la población *non grata* a las afueras de la ciudad (con lo que se va a producir una concentración de la marginalidad que es uno de los grandes problemas del barrio de Buenos Aires). En conexión con esto, los Servicios Sociales dejan de prestar atención a esta población que se quiere expulsar y a sus problemas específicos, potenciando servicios que responden a lo que se diseña como población «ideal» del barrio (ancianos y no gitanos), de modo que el único programa específico para la zona en 1993 es «Talleres formativos para la Tercera Edad en el Centro

Municipal de Día». Además, el CEAS se sitúa lejos de los lugares donde se concentra la población marginada (San Vicente) y se localiza al final de la Gran Vía, donde se concentran personas de edad avanzada que se han convertido en objetivo prioritario de este CEAS, a partir de otras políticas municipales, a las que ni siquiera sueñan con oponerse, al considerarse ésta como una política «menor».

Comparando los planteamientos de política municipal con lo que realmente se ha hecho, podemos decir que sí se ha cumplido el objetivo de potenciar la atención primaria, pasando, por ejemplo, en el Servicio de Información, de 1.249 casos atendidos en 1990, a 11.127 en 1993. No pasa lo mismo con el objetivo de *lucha contra las desigualdades*. No parece ser éste uno de los móviles de actuación de unos servicios que en muchos casos (por problemas de personal escaso) se limitan a la tramitación de ayudas -más aún si se ha incrementado la demanda y no el personal. De hecho, no se enfrentan a otras políticas que pudieran acentuar esas desigualdades contra las que se pretende luchar. Lo que se hace es «parchear» las consecuencias de unas políticas que pretenden lavar la cara a ciertas partes de la ciudad que viven de espaldas a su realidad social de pobreza (cfr. Informe de Cáritas y las críticas que se hicieron al mismo), de las que sólo se pide que no se vean, lo que se logra expulsándolos lejos, a donde, en efecto, no puedan verse. No parecen importar los problemas que esta política pudiera originar, de los que es un claro exponente el barrio de Buenos Aires.

Evaluación

El modo de evaluación empleado responde a la estructura Plan-Programa-Proyecto con la que se trabaja. Parece ser que es algo que ha funcionado bien al comprobar la gran variabilidad de los programas puestos en marcha a través de estos años, se supone que en respuesta a las demandas y necesidades de la sociedad. La misma organización interna del Departamento se ha caracterizado por su flexibilidad, que aparece como una de sus notas más positivas. Esto se hace de forma más o menos espontánea al principio, a través de la elaboración de las Memorias, aunque se institucionaliza en 1993, donde cada proyecto lleva adjunta su previsión de futuro, a la vez que se hace una Valoración General de todo lo que se ha hecho, donde se pueden incluir cuestiones generales que escapan a los proyectos concretos. Esta evaluación se puede considerar como uno de los elementos más positivos del Departamento. Sin embargo, también tiene sus limitaciones, ya que en muchos casos se prima lo numérico (número de casos atendidos) como criterio único, sin un seguimiento de los casos que mida la efectividad real de los servicios prestados. El hecho de que la evaluación esté muy vinculada a las Memorias impone esta limitación. Además de las evaluaciones internas, se ha intentado llegar al conocimiento de la realidad social por otros

medios, encargando un «Informe Sociolaboral de la Mujer Salmantina» al Departamento de Sociología de la Universidad.

Como conclusión, podemos definir esta política de Servicios Sociales como fuertemente dependiente de un diseño externo (leyes nacionales y autonómicas), con cierta influencia del partido político en el poder en el diseño de sus objetivos, claramente dependiente de otras políticas «mayores» del Ayuntamiento, a las que se limita a parchear (limpieza de la zona Centro), pero que, sin embargo, ha sabido ser flexible en su estructuración interna para adaptarse a las demandas sociales y a la forma de trabajar real de sus miembros.

Sólo queda apuntar algunas notas a raíz del trabajo de campo realizado en Buenos Aires. En esta colectividad, la percepción de los Servicios Sociales está muy mediada por la cuestión de la identidad negativa del barrio (véase el capítulo «El Tejido Social de Buenos Aires»). Por ello, la imagen que se tiene de tales Servicios es que son «los que ayudan a los gitanos», marginando a los payos. De este modo se convierten en un elemento divisor del barrio en su percepción por parte de sus habitantes, con lo cual se bloquea uno de los objetivos básicos de los Servicios Sociales, que es la búsqueda del Desarrollo Comunitario a través de la potenciación del tejido social del barrio. Si a esto se une el hecho de que la división por CEAS con el único criterio del número de habitantes no tiene en cuenta que otras políticas han podido concentrar el número de usuarios potenciales de estos servicios al concentrar la marginalidad, nos encontramos con unos trabajadores sociales que se ven desbordados en sus funciones (no hay que olvidar que los trabajadores del CEAS ubicado en Buenos Aires tienen que atender otros barrios como Tejares, Los Alambres, Chamberí o El Arrabal). Esta situación dificulta aún más la posibilidad de que sean percibidos como un elemento aglutinador del barrio, que, como se ha dicho, es una de sus funciones básicas.

En definitiva, estamos ante una política con graves limitaciones, debidas sobre todo a su dependencia externa, y que necesitaría ser potenciada en personal y recursos. Es muy importante que se sepa percibir cuál es el significado que tiene dentro de los diversos barrios para comprender posibles fracasos en sus tareas de animación sociocultural. La flexibilidad que han mostrado los Servicios Sociales en su breve historia hace que se vea como posible una reestructuración de los mismos que se adapte mejor a sus objetivos y a la respuesta a las necesidades reales, siempre y cuando sean capaces de captar esas necesidades y de detectar los obstáculos reales a su tarea; obstáculos externos a las dificultades administrativas para su trabajo, que no son pocas, pero que hacen olvidar a veces el objeto de su creación: la realidad social.

Buenos Aires: una política de vivienda

María Fernanda Martín Muñoz

«...Ante la escasez de viviendas, los ayuntamientos ceden a las Comunidades Autónomas, en este caso solares... El Ayuntamiento de aquí nos cede, por ejemplo, un solar, nos cede la propiedad del solar... Entonces la Junta construye viviendas». Así contaba un funcionario de la Junta de Castilla y León cómo había nacido el barrio de Buenos Aires y se habían construido viviendas de promoción pública, de protección oficial, pretendiendo cubrir ciertas demandas y dirigidas a una población con bajo nivel de renta, carente de vivienda. «...Y hay un dato importante y es que cuando alguien pide viviendas, entre otros motivos es que no tiene que tener otra vivienda...». La adjudicación de las viviendas se hizo en concepto de alquiler, pero con perspectiva de adquirir -en unos 25 años- la propiedad del inmueble; más tarde, algunas se han vendido directamente.

Firmado el contrato con la Administración, aparece el problema de hacer frente al pago de las mensualidades. La situación actual es de un importante número de recibos impagados, que pudiera llevar a la pérdida de la vivienda, lo que ha propiciado la unión entre vecinos para hacer comprender a la Administración que la crisis económica les afecta a ellos de manera especial y que les resulta imposible cumplir con los pagos de los alquileres. El permanente temor al desahucio se acompaña del malestar, entre la población paya, ante el hecho de que los gitanos del barrio puedan vender tranquilamente sus viviendas o dejárselas a otras familias de su etnia, sin padecer la preocupación de hacer frente a los recibos impagados que se les reclaman.

Cuando hablan de la vivienda, los vecinos suelen incurrir en contradicciones. Por una parte, dicen que las viviendas son muy buenas y que si no las hubiesen conseguido a través de esta forma de adjudicación, quizás nunca habrían tenido una casa. Pero, al mismo tiempo, cuando tocan el tema de las dificultades para pagar los alquileres, manifiestan que las viviendas tienen o han tenido defectos que ellos han tenido que subsanar a costa de crearse problemas y gastos. «...los pisos son muy buenos, ya no se construyen pisos de 80-100 metros cuadrados como los de aquí... No se puede comparar». «Tenemos unos pisos que son muy majos». Son expresiones de vecinos de Buenos Aires. Pero también lo son estas otras: «La mayoría de bloques no tiene salida de gases ... Tuvo que venir el de las cañas, no el de las cañas, sino el del camión... No tienen hechos desagües suficientes dentro de los locales...».

Es casi imposible que al hablar de las viviendas no incluyan en el discurso las características físicas estructurales del barrio (distancia del resto de la ciudad) y el consiguiente déficit en infraestructuras asistenciales (Centro de salud, Farmacia...). «...saliendo del puente... del Clínic hacia aquí...», o sea, que nos cae largo pero bueno...». «No hay mucha zona... para jugar, pero no hay parque...». «Tiene una gran cantidad de piedras que los niños, cuando van a jugar al fútbol, vienen acribilladitos...».

A lo largo de la corta historia del barrio se han ido deteriorando los lugares públicos. Pero es importante señalar que, a pesar de ello, los vecinos piensan que es un barrio bonito y agradable, donde se podría vivir confortablemente. «...Cuando el barrio se inauguró era un barrio muy bonito, más cosas extraordinarias, y más árboles y unos jardines preciosos....., pero los jardines están deshechos, los árboles rotos... había bancos y los han desbaratado», nos dice una vecina, en una de las historias de vida solicitadas. «Es un barrio muy bonito que podríamos vivir todos fenomenalmente».

La parte alta del barrio, que es la que habita la población gitana, está deteriorada, sucia y descuidada, por lo que existe la preocupación de que los niños accedan a ella, pensando en problemas de higiene.

El capítulo de gastos cotidianos, para la gente que vive en Buenos Aires, se ve incrementado por la necesidad de tomar el autobús, el taxi o el propio coche para desplazarse; desplazamientos que se hacen necesarios tanto para trabajar como para divertirse. La idea de «separación» está constantemente presente en el discurso: «los de aquí» y «los de allá», para segregar a los habitantes del barrio en relación con el resto de la ciudad; «los de arriba» y «los de abajo», distinción que separa a los gitanos, que habitan la parte alta del barrio y que trafican con la droga, de los payos que ocupan el resto del espacio. Son, decimos, expresiones frecuentes que, aunque no se corresponden estrictamente con la realidad, incrementan, en el último caso, la incomunicación entre los dos grupos poblacionales diferentes en etnia y cultura.

Lo que parece cierto es que la construcción de estos bloques de viviendas «fuera de la ciudad», para alojar a familias con pocos recursos, concentrándolos en un espacio semicerrado, ha contribuido a dotarle de la identidad propia de un gueto, que se refuerza por la marginación geográfica y el error de distribución cometido en su ordenación. «...El barrio es una calle sin salida», definía lapidariamente un miembro de una de las asociaciones. Problema de identidad al que puede haber colaborado la ausencia de vinculación con el espacio que supuso la primera segregación (desde su lugar original, en torno al barrio de San

Vicente, a unas casas prefabricadas fuera del núcleo urbano) y la posterior ubicación en estas viviendas, a cinco kilómetros del Centro. En este sentido, puede decirse que el barrio padece una inadaptación individual reforzada por subculturas autónomas que se resisten a la integración. Su poca densidad y su ordenación no han propiciado el paso de relaciones primarias a otras más secundarias, por lo que, sobre todo los jóvenes, experimentan la situación como un medio de control social directo. Es un pequeño pueblo donde todos se conocen y, sin embargo, esto no ha servido para evitar el incremento de conductas desviadas, principalmente en torno al mundo de la droga.

La creación de barrios marginales es, manifiestamente, algo artificial. No sigue la evolución normal en la evolución de las ciudades, producto de los intereses y los valores sociales en pugna. Por el contrario, en su origen está el sometimiento, la subordinación económica, política y social de unos grupos respecto de otros. El discurso de la política de viviendas fue, en el caso de Buenos Aires, el de la igualdad de oportunidades, al ofrecerse viviendas como las de cualquier clase social de tipo medio, amén de la posibilidad de ser propietarios de las mismas (cosa que ni podían soñar, desde su condición económica). Sin embargo, tal discurso encubre el germen de una desagregación y una des-identidad que, al cabo del tiempo, pasados los años de mayor bonanza económica, emerge y se muestra con toda su viveza.

Una política de vivienda, pues, a todas luces subsidiaria de otras políticas sociales, tales como la erradicación del comercio de estupefacientes en el centro de la ciudad. Al menos, nadie nos ha dado razones para la ubicación de estas viviendas «sociales» en un espacio con una sola salida a la carretera, a considerable distancia del núcleo urbano y con el previsible problema añadido de tener que armonizar -en ese espacio cerrado- la convivencia de dos culturas distintas. ¿Fue para compensar tales cargas que el barrio se construyó «bonito» y «agradable»?

Vivir en Buenos Aires

María Teresa Díaz Torres

Como ya se ha señalado, el barrio se inauguró en 1983 (concretamente, el 7 de julio) en unos terrenos periféricos de la ciudad de Salamanca. En los capítulos anteriores han ido apareciendo las características que lo definen: espacio distante y alejado del resto de la ciudad; fruto de una política de vivienda que favorece la llegada de familias con una situación económica de bajos ingresos y alto índice de desempleo, así como de una comunidad específica -los gitanos- que habitan la zona alta del barrio; etc. También ha sido puesto de

manifiesto que Buenos Aires es un barrio dependiente del centro y que en él se ha concentrado una actividad de venta y consumo de drogas, de la que depende, a su vez, un amplio sector de residentes, que satisfacen necesidades de otros ciudadanos no residentes y que acuden al barrio a proveerse de estupefacientes.

En este capítulo vamos a asomarnos a la vida cotidiana del barrio y a tratar de conocer -valiéndonos, fundamentalmente, de algunas «historias de vida»- cómo ha evolucionado ese discursar cotidiano en todos estos doce años. Los nuevos vecinos a quienes se les había adjudicado vivienda en 1983, procedían de varias zonas de Salamanca: Pizarrales, El Arrabal, Paseo del Rollo, San José, San Vicente, Barrio Chino y «Las Caracolas», en el caso de la población gitana. La mayoría de estos nuevos vecinos, que se consideraron afortunados con la adjudicación, no recuerdan el traslado como un momento dramático, sino más bien al contrario. Todos venían con mucha ilusión, a pesar del natural recelo ante una situación nueva y desconocida. Tampoco supuso para nadie una disminución en la calidad de vida que, por el contrario, para muchos aumentó, al habitar una vivienda mejor y más moderna que la que dejaban. Sin embargo, echaron de menos la sensación de vivir «en la ciudad», de formar parte de ella, de bajar al portal y encontrarse directamente en la calle, con la gente, tener las tiendas y los lugares de ocio relativamente cerca de casa; y, por supuesto, también se hizo notar la ausencia de las amistades que dejaron, así como el contacto cercano con sus familiares.

Aquel 7 de julio, nada más serles entregadas las llaves, comenzó la limpieza de los hogares, para eliminar los restos de las obras de construcción. Las casas, como el barrio en su conjunto, causaron muy grata impresión; era bonito, con jardines, bancos... Más tarde se edificaría el Colegio y la Iglesia. Un barrio bonito y tranquilo. La población inicial, en su mayoría, era paya, matrimonios jóvenes, algunos de ellos con niños de muy corta edad. En su mayoría eran obreros, dedicados principalmente a la construcción, albañilería, trabajo en mataderos, en el polígono industrial, en el campo... Otros venían sin trabajo. Las mujeres, mayoritariamente, se dedicaban a la casa, aunque muchas de ellas iban al centro a trabajar asistiendo a domicilios o en la limpieza de edificios. Los gitanos se dedicaban a vender en mercadillos (ropa, ajos...) o estaban vinculados a labores en el campo, en épocas determinadas (recogida de melones, por ejemplo), casi siempre de manera variable y temporal, como suele ocurrir con los pertenecientes a esta etnia.

Todos los que llegaron al barrio venían en las mismas condiciones: sin conocer a nadie. Esto hizo que en un principio la gente estuviera muy dispuesta a abrirse, a darse a los demás, a comunicarse con todos. La convivencia era buena, los vecinos empezaban a conocerse y no se hacían distinciones. Había determinados puntos de encuentro (los bares,

la plaza...), donde la gente conversaba y compartía sus ratos de ocio. En los bares se mezclaban gitanos y payos, en los jardines jugaban niños payos y gitanos. Se empezaba a construir un clima de convivencia. El día de la fiesta (el 7 de julio, conmemorando la entrega de las llaves) se organizaban juegos para los niños, había baile, misa... Se traía una orquesta e incluso llegó a formarse un grupos de «majorettes», hoy desaparecido por problemas internos en la Asociación de Vecinos. Había también competiciones deportivas y muchos recuerdan que un año vino a actuar un cantautor de flamenco. En fechas determinadas, como la Navidad, se montaba un Belén viviente y se realizaban actividades típicas de esta conmemoración litúrgica. Aunque hemos empleado el tiempo pasado, el capítulo lúdico y de fiestas es el que menos cambios ha conocido en el barrio en todos estos años.

El tiempo de ocio se repartía entre el bar, la partida de cartas, el «hogar» (que se creó más tarde), las actividades deportivas, cuando las había... Las mujeres preferían dar paseos por la plaza o por los alrededores del barrio. Los niños jugaban en los jardines, montaban en bici o se iban al pinar cercano. En este empleo del ocio sí que se han producido grandes cambios: los niños ya no gozan de tanta libertad de movimientos, ante las cautelas provocadas por las actividades relacionadas con la droga. Y los jóvenes del barrio, así como muchos adultos, se desplazan al centro o a otros barrios cercanos (Tejares, por ejemplo) para buscar sus lugares de diversión.

En un principio, la población gitana era menor que ahora, por lo que apenas se apreciaba ningún tipo de segregación, aunque aquélla se concentrara en la parte alta del barrio, siendo muy pocas las familias gitanas que compartían vecindad inmediata con familias payas. Tampoco se advertía ningún tipo de segregación por razones económicas, ya que, por lo general, todas las familias contaban con bajos ingresos. Sin embargo, con el transcurso de los años, un sector de la población del barrio -en su mayoría, gitana- se ha enriquecido notablemente (a causa, prioritariamente, del tráfico de drogas).

Cuado se creó el barrio no había iglesia; la gente que deseaba asistir a misa los domingos se desplazaba a otros barrios cercanos. A los pocos años se construyó la iglesia parroquial; la actividad en torno a ella es valorada de manera desigual por los vecinos, predominando la idea de que en años pasados, la parroquia apenas tenía incidencia en la vida del barrio, mientras que ahora se reconoce al párroco actual como una persona volcada en el barrio, motivadora, que organiza actividades antes inexistentes, como excursiones o campamentos, dando protagonismo a los jóvenes del barrio, ayudados por voluntarios de movimientos de Iglesia externos al barrio, que colaboran con la parroquia.

Las primeras asociaciones que se recuerdan son la Asociación de Vecinos (que, en un principio, contaba con muchos miembros) y la Asociación de Mujeres. En los primeros años era grande la participación; a las reuniones acudía mucha gente, pero ha ido disminuyendo, lo mismo que el número de socios. Aquellas reuniones en las que no cabían todos en el local ya forman parte de la historia pasada del barrio. También en los primeros años, unas monjas residentes en el barrio crearon un taller de costura al que asistían muchas mujeres, algunas de ellas gitanas.

La juventud actual del barrio llegó allí cuando tenía muy poca edad. Algunos han nacido en el barrio. Ellos recuerdan los juegos conjuntos en la plaza, el empezar a conocerse y a formar pandillas. Ahora ya se han consolidado fuertes divisiones, cada uno ha buscado - con frecuencia, fuera del barrio- sus amigos y sus lugares de diversión.

Los gitanos (ya hemos dicho que había menos que ahora) eran unos vecinos más; compartían los mismos lugares de ocio, formaban parte de las mismas peñas... Pero la población gitana ha aumentado en estos años y se ha introducido, además, el tráfico de drogas que, en el barrio, se asocia con la llegada allí de nuevos grupos gitanos. Vienen las primeras detenciones, las primeras noticias y comentarios en los periódicos... La relación, obviamente, se ha deteriorado grandemente, y se han deshecho algunos lazos que existían al principio. Nadie, cuando llegó al barrio, sospechaba que pudiera convertirse en un centro de venta y consumo de droga. Cuando pasaron unos años, se empezó a observar que llegaban al barrio chicos y chicas que no residían allí, que se dirigían a las casas que habitaban los gitanos y, a los pocos minutos, se marchaban. Eran visitas esporádicas que infundieron los primeros temores. Luego, por las noches, aumentaba el movimiento de coches que iban y venían siguiendo el mismo itinerario. Y también por entonces se empezaron a encontrar jeringuillas en lugares próximos al Colegio o en el pinar cercano.

La constatación era evidente: Buenos Aires era uno de los principales centros de consumo y venta de droga en Salamanca, dirigido en su mayor parte por personas de raza gitana. Hubo una reunión en el Colegio para tratar el problema; algunos recuerdan aquella reunión como la primera y la única vez en que se vio al barrio tan unido. Se organizó una manifestación, una recogida de jeringuillas, una entrevista en el barrio con el Jefe de la Policía (en aquellos años, el Sr. Planchuelo)... El problema pareció reducirse por un tiempo. Pero aquello ha continuado hasta hoy. Y ha aumentado también la desconfianza y el miedo que hace que algunos guarden silencio, dificultando cualquier acción conjunta. Muchos de los vecinos ya habían conocido en sus antiguos barrios el problema de la droga, pero reconocen que -en el caso de Buenos Aires- la concentración de población dedicada a este

negocio, prioritariamente gitanos, agrava hasta el infinito el problema y hace extremadamente difícil imaginar cualquier tipo de solución satisfactoria.

La imagen del barrio «Buenos Aires»

Daniel Puente Rodríguez

Buenos Aires es considerado como el peor barrio de Salamanca. De esta mala imagen son conscientes los vecinos y vecinas del barrio. Hay términos que ya se han generalizado en la ciudad para designar al barrio -como el de «Las Malvinas»- que les produce un notable malestar. Parece obvio que el primer elemento causante de esta mala imagen es el de la **droga**, acentuado al estar implicado en él un colectivo -como el gitano- del que igualmente se tiene una «mala imagen». De los gitanos y hacia los gitanos oímos decir: «Tú diles que trabajen», «Además te dicen: el pico y la pala pal payo», «Quiero un barrio aunque sean todos payos y todos malos, lo prefiero». Frases todas que se pronuncian después de una previa afirmación de que no se es racista. «Racista» o «xenófobo» es algo que «no hay que ser», pero no se ha llegado a explicar -al parecer- que contra lo que hay que luchar es contra lo que tales términos significan. Y cuando todo esto se dice, lo que se está pretendiendo, en el fondo, es una negación de la cultura gitana y su asimilación por (e integración en) la paya. «Aquí mismo, aquí mismo al lado viven unos gitanos que yo, porque han dicho que son gitanos, pero es que no tienen ni pinta», decía un vecino de la ciudad de Salamanca para referirse a lo que, según él, serían los «gitanos buenos».

Mala imagen que se extiende a toda la población que allí reside y que acaba por diferenciar a Buenos Aires del resto de barrios salmantinos. Uno se convence cada vez más de que en el origen de todo está una suerte de «operación limpieza» a corto plazo del Centro, puesta en marcha hace años y que consistió en enviar allí a la población residente en lo que se conocía como «Barrio Chino» (aunque ya sabemos que toda la población actual de Buenos Aires no procede de esta zona). Operación que se enmarca en esa lucha por el espacio urbano, de la que hablaba el primer Castells, entre las clases poderosas y las que no tienen poder, consiguiendo, de esta forma, una ciudad «bonita», sin feos y desharrapados moscones pidiendo duros, fácilmente relacionados con el mundo de la drogadoicción. Además, es obvio que resulta más fácil de controlar un barrio pequeño con una única entrada y una única salida que otro más extenso con un montón de callejuelas y cientos de conexiones con el resto de la ciudad.

A la mala imagen de Buenos Aires contribuye su alejamiento físico, que coadyuva al desconocimiento que del barrio tiene la población salmantina. «El que he oído que tiene peor

fama es el de Buenos Aires» (habitante del centro de la ciudad). Y, desde luego, otro elemento contribuyente a la propagación de esta mala imagen son los medios de comunicación de la ciudad; así lo afirman con rotundidad los vecinos de Buenos Aires, que reivindican ser tratados del mismo modo que al resto de la población de los barrios salmantinos; por ejemplo, hacen notar estos vecinos, dando el nombre concreto de la calle donde acontece la noticia (casi siempre negativa), en lugar de aludir siempre a «Buenos Aires» de manera genérica. La prensa es consciente de ser transmisora de esta imagen, aunque, por otro lado, piensan que la gente les ve como una ayuda y que inmediatamente les pide apoyo; o sea, que tienen «buena prensa». Explican los representantes de los medios de comunicación que «la noticia de barrio no vende», a no ser que esté relacionada con temas escabrosos, como puede ser el de la droga. Todo el mundo sabe que en el centro de la ciudad también se vende droga, pero una noticia de este tenor sale una vez y hasta que vuelve a repetirse han ocurrido suficientes noticias de cualquier otra índole como para que ya se haya olvidado el tema; algo sustancialmente distinto a que «las» noticias que afectan a Buenos Aires sean, todas o casi todas, referidas al tema de la droga. Igualmente reconocen estos profesionales de la información esa generalización que se extiende a todas las personas que viven en el barrio. Pero advierten que uno de los canales por los que los medios de comunicación reciben noticias es a través de la Policía y este tipo de noticias es el que «vende». Merece la pena transcribir literalmente un comentario realizado por un profesional de la prensa salmantina:

«Haciéndonos nuestra autocrítica, una noticia en el barrio de Pizarrales o en un barrio de éstos...; no, eso no! (con un tono cansino); en cambio, una noticia en la calle Toro, ¡ay, amigo! ¿eh?, ahí nos volcamos (sonriendo) y armamos la zipi-zape. ¿Por qué? Porque es una noticia que tiene más resonancia. ¿Eso está mal? Claro que está mal, y nosotros somos los primeros que lo... que nos acusamos de ello».

Este tipo de imagen transmitida podría ser transformada, quizás, a través de un diálogo con los medios de comunicación, previa organización de un movimiento capaz de convocarlos, aunque hay temas acerca de los cuales no cambiaría fácilmente la imagen que se da en la actualidad, más que nada porque la persona que propicia esa imagen tal vez tenga su opinión ya fuertemente formada (de la droga se va a hablar siempre de forma «negativa» y se van a poner las esperanzas en las medidas de represión, al fin y al cabo).

Y, sin embargo, Buenos Aires es un barrio en el que se dan las condiciones necesarias para pensar en un modo de vida más comunitario, menos deshumanizado que en el centro de la urbe, con más espacio libre para que los niños jueguen y crezcan, con más elementos que capaciten un vivir asociativo, de relaciones más llanas y «cara a cara». Así lo

sienten, incluso, los propios habitantes del barrio, y así parecen entenderlo algunos niños y niñas, ésos que uno se encuentra nada más entrar al barrio (además de un montón de policía, según las horas), jugando, aparentemente alejados de los problemas que quitan el sueño a los adultos.

La droga en el barrio

Ana-Isabel Morán Iglesias

El tráfico de drogas en el barrio de Buenos Aires ha devenido «el» problema fundamental:

«Es el problema número uno». «Aquí el problema radical que hay en el barrio, el primer problema que hay y el principal, es eliminar el punto de droga». (Vecinos de Buenos Aires).

El problema aludido se hace presente de día y de noche, aunque es por la noche cuando se aprecia mayor movimiento. Es un hormiguero de gente que va y viene. Al parecer, está bastante definida la localización de los puntos de distribución, venta y almacenamiento («se sabe en cada casa, dónde está la droga», dice más de un vecino), tres operaciones en las que intervienen los dos colectivos presentes en el barrio (gitanos y payos), convirtiendo aquello en un supermercado donde incluso te fían y te encuentras ofertas interesantes para el toxicómano. Por ello, es el barrio preferido por los drogadictos («te puede salir a mitad de precio», confiesa un usuario de estas sustancias). Claro que, al tiempo de existir métodos de crédito, hay también métodos de cobro, a menudo nada ortodoxos y que terminan en enfrentamientos y peleas. En otros casos se cobra mediante favores: los yonquis llevan los carros de la compra, pintan las casas, etc.

En los primeros años de vida del barrio no existía el problema; éste comenzó cuando llegaron al barrio personas que ya se dedicaban a traficar con droga en los lugares que habitaban con anterioridad. La droga, por tanto, no nace en el barrio, sino que es traída al barrio y acabará constituyendo su principal problema. ¿Por qué en el barrio de Buenos Aires? Tal vez por las ventajas de pago, o porque la vigilancia policial, aunque existe, no es - en opinión de muchos- nada efectiva.

Aunque haya payos dedicados a este negocio, el problema se vincula masivamente con la población gitana («pero hablamos de los gitanos y aquí hay gente paya», dice un vecino). A ciencia cierta, se sabe aproximadamente de cuatro o cinco familias gitanas que

venden droga, a juzgar por las expresiones vertidas en los grupos de discusión («han estado toda la noche viniendo los taxis... las gitanas vienen y van, no duermen», dice alguna vecina). Y lo que no puede olvidarse es la más que segura posibilidad de que los beneficios económicos de este negocio (traslado de usuarios al barrio, etc.) se extiendan a muchas más personas.

Tensiones, miedo, desunión, vigilancia intensiva, desconfianza... se unen para arrojar un saldo bastante pobre de calidad de vida, que hace que el barrio no sea ahora mismo un lugar pereferido para vivir. Un toxicómano entrevistado manifestó que sólo va al barrio a proveerse, no a consumir allí. Sin embargo, existe constancia de que muchos se pinchan allí mismo, en cualquier lugar, cerca de la escuela, en los bares, en los portales... La presencia casi constante de policías en el barrio colabora a que se respire un ambiente de intranquilidad y de temor. Los vecinos son despertados en el medio de la noche porque los «clientes» han llamado a una casa equivocada, etc. La Policía Nacional reconoce la existencia de inseguridad debida a la presencia de drogodependientes, pero asegura que en el barrio no hay demasiada delincuencia. «No hay una población delincuente activa, los robos son circunstanciales», manifiesta el responsable de prensa de la Policía.

La preocupación por los niños ha sido la que ha generado mayor movilización en los vecinos. Tal preocupación se expresa en los peligros directos, como el contacto con las jeringuillas abandonadas («fueron dos niños, los habían encontrado jugando con jeringuillas»). Los niños, por su parte, respiran todo este ambiente y empiezan a desarrollar actitudes agresivas hacia el presunto drogadicto, lo que abre la posibilidad de represalias sobre la misma población infantil («los niños en el colegio se liaron a pedradas... y pudimos tener un disgusto», dice un vecino). Esta es una de las razones de que muchos padres envíen a sus hijos a otros centros escolares de Salamanca, conscientes de que la convivencia con los escolares de raza gitana no es positiva para sus hijos.

Vecina: «¿Cómo no has ido a clase?»

Niño gitano: «Chácha, ya estás otra vez, mira no he ido a clase ta mañana, porque anoche me acosté muy tarde... estuvimos haciendo papelinas pa los payos».

En general, el barrio está descontento con la actuación de la policía. Según los vecinos, la Policía se limita a pasear, a pedir los D.N.I. y a hacer registros rutinarios a gente que ellos saben que no tienen nada que ver con la droga -siempre según el testimonio de los vecinos entrevistados-, mientras dejan pasar tranquilamente a los implicados en el negocio. El informante opina acerca de la intervención policial : «se tocan los cojones», cuando no se

implica directamente a policías, jueces, médicos, etc., con algún grado de complicidad. Algún vecino piensa que «les protegen más a ellos que a nosotros». No es ésta, obviamente, la opinión de la propia Policía:

«La Policía somos un servicio para la sociedad y los ciudadanos... el profesional sabe hacer su trabajo... (los vecinos) están haciendo una aportación de información que a la Policía le viene bien para hacer un tratamiento... estamos obligados a estar en relación con la ciudadanía para ver qué problemas tienen en materia de seguridad... yo, cuando se quejan, se lo agradezco» (Policía Nacional).

El representante de la Policía asegura que la venta de droga ha disminuido en los últimos cinco años, al salir del barrio algunas de las familias traficantes, presionadas por la vigilancia policial. Según la misma fuente, la venta de droga hoy está concentrada en algunas familias y la cantidad con que se trafica no es importante. El propio informante reconoce que la droga es un mal endémico y que está muy vinculada a un sector de la población gitana, formando parte de su *modus vivendi*, amén de que la estructura física del barrio facilita el tráfico de droga. Para la Policía, el consumo no es un problema importante, aunque en el pasado sí lo fue; para ellos, el consumo es estacional: en verano hay mayor consumo de drogas no inyectables. Resumen su labor en tareas de «vigilancia preventiva policial» y en un plan de «identificación de las personas que van a comprar». Su objetivo es dificultar el acceso de los drogadictos al barrio e intervenir la droga, al tiempo de colaborar en lo posible a la rehabilitación del drogodependiente, a quien consideran como un ser «marginado», «desviado», «enfermo», y sólo es delincuente «porque necesita la droga».

El discurso de la Policía es voluntarista, repetitivo en su autocalificación como «profesionales de la seguridad», *considerando un logro haber conseguido concentrar la venta de droga en barrios como el de Buenos Aires*. Da la impresión de que la Policía se ha acomodado a esta situación. Parece que no importa tanto el problema de la drogadicción como su imagen pública.

Al parecer, son gitanos quienes se encargan del transporte y almacenamiento, mientras que en la distribución ya intervienen payos. Para muchos vecinos, la expulsión del gitano sería la solución del problema: «Quitarlos radicalmente del barrio». Son también gitanos quienes censuran esta actividad, pero sin llegar a albergar posiciones de rechazo a los de su etnia:

«Ellas... pues a su trabajo, es un trabajo que ellas tienen... venden cosas que no deben vender. Es mejor trabajar honradamente con la cabeza bien alta a trabajar de otra manera que no se debe» (Mujer gitana).

El discurso de los jóvenes del barrio acerca de la droga arroja matices diferenciadores. Los jóvenes que pertenecen a asociaciones piensan que todos los barrios tienen los mismos problemas, incluido el de la droga. Los que no están asociados concentran en la droga todos los problemas del barrio; éste no les gusta, preferirían marcharse. Algún líder juvenil piensa que «la gente está quemada por la presencia de los yonquis... si sólo la vendieran y después fueran a picarse a otro lado...». Sin embargo, otro líder, también joven, reconoce una situación generalizada de miedo: «la gente tiene miedo a hablar... la policía lo sabe todo...no interesa pringarse». Al parecer, existen métodos de reclamo utilizados por los traficantes: si los jóvenes del barrio enganchados a la droga atraen posibles compradores, se les paga. Así lo manifiesta un vecino: «Han envenenado a cuatro jóvenes... les han dicho: “te damos dos mil pesetas por cada chico que traigas de fuera”».

Las mujeres también se manifiestan de diverso modo, según estén vinculadas a asociaciones o no lo estén. Unas piensan que la droga es la consecuencia de la alta tasa de paro; otras asocian más la droga con un modo de vida. Pero unas y otras consideran que la droga es la que ocasiona todos los problemas de convivencia en el barrio, la que hace que muchos quieran marcharse.

Es difícil indagar sobre este tema en el barrio. Al ser una cuestión delicada y que genera tantos miedos, los vecinos muestran una notable falta de libertad para hablar y actuar. Hay siempre un temor a posibles represalias y a los ajustes de cuentas. «Yo tengo familia... yo me lavo las manos en ese tema... yo no quiero que a la vuelta de la esquina me peguen una puñalá» (Vecino payo). Parte del vecindario dice que se siente cómoda, pero a menudo, esto se contradice con manifestaciones del tenor de las comentadas. Los propietarios y bares y comercios, por ejemplo, no pueden negar que están afectados directamente por las actividades delictivas que conlleva el mundo de la droga (robos, etc.).

Todos se quejan de la falta de unión y recuerdan el nivel de participación colectiva que generó hace unos años este problema de la droga. Existe un desánimo general. El pacto expreso entre traficante y yonqui para que éste no diga nada en el barrio y el consiguiente pacto tácito entre traficante y barrio, sellado este último por el miedo, hace que se vaya generalizando la idea de que la droga se ha instalado ya en el barrio y no hay nada que hacer, como no sea «sacarlos de allí».

El discurso de los dirigentes sociales es claro en cuanto a considerar que los gitanos - identificados con la droga- no están integrados en el barrio. En opinión de estos dirigentes, sólo las asociaciones y los grupos organizados están interesados en resolver los problemas del barrio. La actuación de la policía es una mera tapadera.

«Mira, lo de la Policía yo creo dos cosas, una, es una tapadera justificativa de que se quiere hacer algo... el problema de la droga no se soluciona con medidas policiales» (Dirigente social).

Según algunos dirigentes sociales hay dos realidades en el barrio. Por un lado, los dedicados al tema de la droga. Por otro, el resto. No hay enfrentamiento directo entre ambos, pero podría haberlo. Dicen que hay una pequeña parte de payos utilizados por los gitanos como intermediarios y que el barrio no es un centro de consumo sino de distribución. Sin embargo, hay otro tipo de variables que deterioran las relaciones en el barrio, como el racismo latente, la falta de integración, la desestructuración familiar...

«Enseguida se habla de consumo, enseguida se habla de yonquis, y no es el problema del barrio... El problema es la venta de drogas, que es completamente distinto» (Dirigente social).

El mismo dirigente social nos proporciona el dato de cuarenta o cincuenta familias implicadas en el tráfico de drogas frente a las cuatro o cinco de las que se habla siempre; y, en cuanto a familias payas, nos dice que deben de ser de seis a diez las implicadas.

Para el Pastor Evangelista no existe ningún problema y si lo hay es como en todos los sitios; advierte que vicios hay en cualquier parte. Evita constantemente el tema y dice que él sólo mantiene relaciones de tipo espiritual con sus feligreses gitanos.

«¿Consumidores? Yo no he visto consumidores de droga. Yo no conozco, todo es normal, igual que en todas partes... yo no soy de aquí, si sé algo me reservo mi opinión» (Pastor evangelista).

Una postura antagónica a la del párroco católico, ya que éste sí reconoce el problema y participa activamente con el resto de las organizaciones del barrio en los intentos de solución.

El colectivo de la tercera edad, por su parte, dice que el problema no sólo es el tráfico de drogas, sino el consumo de la propia gente joven del barrio aunque no lo quieran

reconocer. En general, valoran la actividad policial como pésima: dicen que se entretienen durante el día molestando a algún que otro yonquí. Hablan de la existencia, en todo caso, de redadas periódicas que descubren los escondites de la droga. Para la gente de la tercera edad, el yonquí es un pobrecito y hay que dejarlo; contra quien hay que ir es contra los traficantes. Pero callan cuando se trata de hablar de la droga moviéndose por lugares cercanos a sus casas; entonces, reaparece el temor y el recelo. Recuerdan que la droga se introdujo en el barrio de manera gradual, incluso ante la ingenuidad de muchos.

«Pero yo, hoha de mí, iban a la tienda: ¿me pesa esto, me hace el favor? Sohrecines, chiquitinos, y el de la tienda se los pesaba; y sí, le dije un día: ¿Cómo pesas tú esto? ¡Ay! ¿y yo qué sé lo que es? De sobra lo sabes, yo no entiendo pero de sobra me figuro lo que es eso» (Vecina).

En la prensa, el barrio siempre aparece relacionado con la droga. Otra cosa no vende. La información que da la policía a la prensa es de que, efectivamente, Buenos Aires es un punto importante de venta y que están elaborando un plan de actuación. No se refieren directamente a los gitanos, pero en su discurso droga y gitanos van unidos. Sin embargo, como ya se ha puesto de manifiesto, el barrio en sí podría verse como fruto de «otro plan contra la droga», por cuanto se llevó allí, a un barrio con la estructura física ya explicitada, a gente que ya era traficante.

En nuestras entrevistas y grupos de discusión tratamos de conocer los caminos de solución que los habitantes del barrio podían vislumbrar. Una de las soluciones posibles, para muchos vecinos, sería que ellos mismos dieran a la policía los nombres de los implicados en el negocio, pero tal solución quedaría viciada desde el momento en que hay - siempre según estas manifestaciones- miembros de la policía y otras instituciones implicados en la droga. Además, habría que vencer el miedo a delatar. Otra solución -más recurrida- sería la eliminación de los gitanos del barrio. Se desemboca siempre en la necesidad de unirse para cualquier solución. Y, desde luego, se polariza todo hacia el tema de la droga. Desaparecida ésta, los demás problemas, al parecer, se solucionarían solos.

De tal manera es éste (el asunto de la droga) el núcleo de los problemas, en el sentir de los vecinos, que preconcebían que nuestra investigación tenía como objeto el tema de la droga y como meta su solución. Cuando se les aclaraba este extremo, replicaban: «Ya podéis venir vosotros con entrevistas, con todo lo que queráis. Y nosotros ya nos podemos machacar ahí la cabeza, que es igual».

Trataremos, en este capítulo, de reflejar el tipo de relaciones que se dan a nivel cotidiano en el barrio como conjunto. Ello nos obliga a adentrarnos en el conjunto de normas, valores y actitudes que utiliza la comunidad para su comunicación y para su autoidentificación, así como su vinculación al espacio en el que viven. Es un intento, por tanto, de plasmar el tejido social del barrio tal y como es percibido y construido por sus habitantes «de base», es decir, no sólo los pertenecientes a asociaciones, sino el barrio en general.

La identificación global: barrio obrero

«Que es un barrio de gente obrera, un barrio majo» (vecina paya).

El hecho de definirse como barrio obrero es algo común para todos los habitantes del mismo. Detrás de esta identificación casi siempre hay una connotación positiva, como alusión a ser parte de una cultura popular, de «gente majísima, gente que trabaja» (vecina), donde «hay gente muy buena, de muy buen corazón, gente obrera que anda a lo suyo» (vecina). Esta identificación del barrio connota una especie de solidaridad obrera, un estar entre buena gente que comparte una realidad y que, implícitamente se está afirmando, es la mayoría de la población, con lo que también es un elemento importante esta forma de identificarse para integrarse en el resto de la sociedad.

Sin embargo, para algunos, esta identificación tiene connotaciones negativas, sobre todo en contraste con su anterior barrio, donde «eran gente pudiente, gente bien, porque aquí hay gente obrera, claro, y eso hace mucho». Es decir, incluso en este sentimiento tan generalizado aparecen elementos discrepantes, mostrando una división que, como se analizará más adelante, es también característica del barrio.

Se es consciente de que esta es una característica compartida con otros barrios de Salamanca, con lo que se insiste sobre todo en que no es un barrio ni peor ni mejor que los otros, a pesar de su fama. También es importante la conciencia de que el barrio ha sido creado artificialmente, en un momento determinado, y que eso ha condicionado las características de la población, muchos de sus problemas y, con ello, la propia identidad del barrio (como ha sido puesto en evidencia en otros capítulos de este libro).

«Los de aquí y los de allí». El barrio frente al exterior

De cara al exterior hay siempre una doble actitud, un doble discurso en permanente tensión. Por un lado, se defiende al barrio frente a la mala fama que tiene en el exterior, simbolizada en el apodo de «Las Malvinas» con el que muchos lo conocen. Al parecer, el apodo conlleva una connotación negativa para Buenos Aires, tal vez porque alude a lugar violento al asociarse con la Guerra de las Malvinas; sin embargo, tal guerra tuvo lugar en las fechas en las que se construyó el barrio (fechas en las que, obviamente, en el barrio no había «violencia» manifiesta alguna). El caso es que el apodo levanta ampollas y muchos vecinos se empeñan en defender el nombre del barrio (y, con él, su identidad positiva) frente a la gente de fuera: «Le he dicho: “un momento, eso no se llama Las Malvinas, se llama el Barrio de Buenos Aires”» (vecina); lo que quiere afirmarse es que se trata de un barrio «como otro cualquiera» (vecina). Se rechaza la mala imagen asociada a droga y violencia, insistiendo sobre todo en que no es distinto de los demás barrios.

Esto no supone desconocer los problemas del barrio, sino que en lo que se insiste es en que eso no es lo único que hay allí, aunque de cara al exterior pueda ser lo más llamativo. Sin embargo, la insistencia en la defensa a ultranza del barrio de cara a los de fuera no supone una actitud meramente «defensiva», sino que podemos calificarla de «integradora». Es decir, lo que se intenta no es tanto defender la buena imagen del barrio frente a los de fuera, sino, como se ha visto antes, presentarse como un barrio más, no distinto, donde vive gente obrera, como en los demás barrios. Lo que mantiene ante todo es una actitud en contra de la marginación a la que es sometido por la opinión pública salmantina; es un ruego: «que por favor, que nos tengan así de esta forma marginados» (vecina); que se acepte como un barrio más.

La visión que se tiene del exterior del barrio en relación al mismo es también compleja. Por un lado, fuera del barrio está en muchos casos la propia familia, que es un elemento de identificación fundamental e indudablemente positivo. Pero, por otro, está también la prensa, a la que consideran en gran parte responsable de la mala imagen del barrio. En otro orden de cosas, fuera del barrio no sólo está el elemento positivo con el que se quiere integrar el barrio, sino que también hay cosas negativas y que afectan directamente al barrio, bien en abstracto («la sociedad en general está sucia y esto afecta al barrio», vecina), bien en concreto, ya que los drogadictos, causantes de la mala fama, vienen de fuera del barrio a por la droga como «un carril de hormigas» (vecino).

En definitiva, la relación con el exterior abarca, por un lado, una actitud defensiva frente a las acusaciones, a las que se opone una voluntad integradora de ser un barrio más. Pero, por otro, también se es consciente de que aquello con lo que se quieren integrar tiene

sus defectos e incluso es culpable de muchos de los males del barrio. Un último elemento a tener en cuenta en este sentido es la cuestión de la distancia, que en muchos casos se usa para expresar el aislamiento del barrio (real), pero que también se dice que es común a otros barrios. Quizás el aislamiento del barrio, construido centrado en sí mismo, haga más de esto una cuestión simbólica que se intenta superar desde la unión-identificación con otros lugares que comparten esta característica espacial: los barrios alejados del centro, donde vive la gente obrera.

Unos y otros. Las diferencias internas en el barrio

Pese a la identidad compartida y a la defensa del barrio como globalidad que se hace frente al exterior, quizá lo que destaca del barrio son las diferencias que se perciben y se definen a nivel interno. El barrio se percibe siempre en una primera imagen partido en dos en los discursos de los diversos grupos: payos y gitanos, que siempre son identificados como «nosotros» y «ellos», marcando la separación. Nunca hay un nosotros que abarque a todo el barrio, ni un vosotros con quien hablar, sino un ellos de los que se habla. Como factor clave de división entre estos grupos estaría -ya lo hemos visto- el tema de la droga, «el mayor problema del barrio» (vecino). Pero se acumulan otros elementos de separación, uno de los más importantes con dimensiones espaciales: los gitanos tienen su zona del barrio, con bloques sólo de gitanos, y sus lugares de encuentro exclusivos, como pueden ser el lugar de culto o su bar propio.

El colectivo gitano se percibe siempre como una unidad a imitar por los payos por su cohesión interna, afirmándose que los payos deberían apoyarse «igual que se apoyan ellos, solamente» (vecino), como solución a los problemas. El rechazo a este colectivo se produce por su asociación al mundo de la droga, evidente en algunos de sus miembros pero que, por la cohesión que se les atribuye, se extrapola a todos. El tema de la droga es tan candente que la más mínima relación con él (por ejemplo, ser de la misma raza del que trafica) lleva a tratar de excluirlo de la convivencia. A este problema se añade el hecho de los prejuicios antigitanos de la sociedad española, que resurgen en el discurso de la gente del barrio: «yo no he visto gitanos trabajar» (vecino), «son unos matones» (vecina). Esto se agrava con el hecho de la ostentación de riqueza de los gitanos, a la que son especialmente sensibles los miembros de un barrio con graves dificultades económicas: «si tú tienes una bicicleta, ellos tienen una moto; si tú compras una moto, ellos se compran un coche; viven por encima de cualquiera» (vecino). Unido a esto está la percepción de que las instituciones privilegian a este colectivo, lo que les lleva a afirmar que «los marginados somos nosotros» (vecina). Por todo esto, la situación es de grave escisión, interpretándose siempre que son ellos los que «no se quieren integrar» (vecina), los que tienen la culpa; aunque también hay quien afirma

que «lo siento por ellos, pero yo no los integraría» (vecina). De todas formas, una vez que se profundiza en el discurso, se reconoce que no todos son iguales, sino que «hay también gitanas buenas» (vecina).

A pesar de lo dicho, conviene apuntar que esta imagen de unidad entre los gitanos no es tal, sino que sólo se presenta así de cara al exterior, ya que ellos no pueden ir «contra unos de su raza». Parecen existir, al menos, dos grupos, divididos entre sí por la droga: los que entran en ese mundo y los autodenominados «honrados», que llegan a decir que «es mejor pedir honradamente que no hacer daño a nadie» (vecina gitana). Sin embargo, el grueso de este colectivo que no está en la droga, por lo que conocemos, parece querer abandonar el barrio, por las tensiones internas que su posición les provoca: no están de acuerdo, pero tampoco pueden enfrentarse abiertamente con otros gitanos. Esta situación se ve agravada por el racismo que se percibe en la comunidad paya: «luego también hay un poco de racismo; hay mujeres aquí, señoras, que no pueden ver a los gitanos» (vecina gitana). Incluso entre los que trafican se dan enfrentamientos frecuentemente, con lo que esa unidad no pasa de ser de cara al exterior nada más. Este grupo de gitanos no metidos en la droga quizá se agrupen en torno al culto, aunque algunos de ellos asisten incluso a celebraciones fuera del barrio. De todas formas, esto no pasa de ser una hipótesis, sin datos en nuestro poder para confirmarla.

El colectivo payo está también dividido. En primer lugar, una parte del mismo también trafica con la droga y, por tanto, es asimilado en el discurso a los gitanos. Y en el resto, aunque más adelante maticemos, encontramos dos grupos claros:

- Los que han asumido el barrio como su lugar propio (no importa si por opción o por falta de posibilidades económicas), que suelen ser los que participan en las actividades.
- Los que no han asumido el barrio como su espacio y tienen que buscar puntos de referencia externos al mismo (familia en otro barrio, amigos o empleo del tiempo libre en el exterior), cuyo objetivo último es lograr marcharse de allí.

Como hipótesis, podemos interpretar que esta división, más que a posibilidades económicas (los que pueden marcharse frente a los que no tienen más remedio que quedarse), se debe a diferencias de «identidad». En principio, las condiciones económicas son muy parecidas entre los dos grupos; sin embargo, las diferencias de identificación son radicales. Es decir, puede haber una persona que quizá, objetivamente, no tenga posibilidad de salir del barrio, pero que busque sus señas de identidad en el lugar de residencia de sus

padres, busque sus amistades fuera del barrio y emplee su tiempo de ocio fuera del mismo, aunque sea en el vecino Tejares. Por tanto, la división clave está, a nuestro juicio, entre los que sienten el barrio y quieren por ello construir una identidad positiva trabajando por él, y aquellos a quienes no les importa lo que pase en el barrio, simplemente porque no lo consideran su espacio propio, aunque duerman allí. A nadie se le oculta que la mala imagen del barrio se note de este sentimiento de rechazo, además de la realidad objetiva de la droga, repetidamente aludida.

Estos son los grupos que aparecen en el discurso de los vecinos de Buenos Aires. Pueden responder o no a realidades mensurables, pero lo que es claro es que forman parte de la manera de entender el mundo y la realidad y, por tanto, del modo de transformarla, y deben tenerse en cuenta para cualquier plan de acción.

Cabría complementar este análisis con un repaso a los grupos sociales existentes, atendiendo a características demográficas. Así, tenemos, en primer lugar, al colectivo de *Tercera Edad*, relativamente poco numeroso en el barrio, con sus estructuras propias, que se limita a ocuparse actividades de ocio, según su propia definición. El grupo de *Adultos*, que es donde se hace más patente la división antes explicada entre los identificados con el barrio y los que no. En este grupo observamos una marcada división de roles de género, signos de una cultura patriarcal que sigue teniendo mucha fuerza, aunque las mujeres sean el sector más activo, en especial las vinculadas a las asociaciones. El grupo de *Adultos Jóvenes* con hijos pequeños, que, casi en su totalidad, tienen la expectativa de abandonar el barrio, por lo que no se sienten identificados con él y, consecuentemente, apenas participan en actividades de desarrollo comunitario. Y, finalmente, el grupo de *Jóvenes*, marcadamente dividido entre «pijos y porreros» (vecina joven), donde otra vez la droga es el elemento divisor, de manera que todo aquel que se acerca a lo que es causa de los problemas del barrio (aunque sea fumando, meramente, un porro) es estigmatizado y separado de los «buenos», que son los que participan en asociaciones, y que tienen sus propios espacios distintos de la plaza, etc., como se verá en el capítulo dedicado a este colectivo. Es muy significativa la división por sexo (las chicas quieren, en bloque, abandonar el barrio; los chicos parecen sentirse más gusto en él), que vienen a reproducir las estructuras tradicionales de migración de la sociedad española.

Concluyendo, pues, este apartado, podemos decir que hay dos grandes líneas de división. Una muy marcada y expresa que es la droga, de tal modo que todo lo que se aproxime a ese mundo es rechazado. Y otra, las expectativas vitales con respecto al barrio, al considerarlo o no como espacio propio y, con ello, parte de la propia identidad.

La familia como estructura clave de relación

«Si yo, en mi casa, no convivo con mi familia, no voy a convivir contigo. Eso está más claro que el agua. Y lo mismo contigo intento convivir, pero es falsamente» (Vecino).

El grupo de referencia básico en el barrio es la familia, como lugar desde el que se estructura y en el que se basa el resto de relaciones del barrio. El peso del elemento familiar es muy grande dentro del colectivo gitano, que se estructura en redes de parentesco bastante rígidas. Pero también tiene un gran peso entre los payos, siendo siempre la relación que se privilegia. Esto supone que las relaciones se dan más entre familias que entre individuos, de ahí la importancia de las relaciones familiares, sin las cuales sólo puede convivirse «falsamente».

Dentro del barrio, y a tenor de las características que hemos venido analizando, podemos hablar de tres tipos de familias:

- La familia plenamente identificada con el barrio, en la que ambos cónyuges están más o menos vinculados (o lo han estado) al sector que intenta construir el barrio. Eso incluye en muchos casos que también los hijos estén en ese círculo (por ejemplo, en la asociación juvenil o en uno de los equipos de fútbol del barrio).
- La familia orientada hacia afuera, en la que ninguno de los dos cónyuges está interesado en el barrio e intenta buscar su punto de referencia en el exterior: los familiares que viven en otras zonas de Salamanca, buscando redes de amistad fuera o incluso relacionándose con gente del barrio, pero saliendo del mismo en su tiempo de ocio (no ocasionalmente sino con una sistematicidad manifiesta para evitar identificarse con el barrio).
- En medio estarían las familias que tienen alguno de sus miembros identificados con el barrio y otros que no, produciéndose así tensiones internas. Es, tal vez, el ejemplo más típico del barrio de Buenos Aires, debido a la mayor participación de la población femenina (es frecuente el caso de la mujer que participa en asociaciones y que tiene problemas con el marido por «meterse donde no la llaman»).

Esto último nos lleva a otra de las características de la familia en el barrio, que es la estructura patriarcal que las rige. Pese a algunos avances en este campo, en que «mi marido

me ayuda en lo que puede» (vecina), tal estructura patriarcal sigue siendo muy fuerte. Esto hace que las mujeres (sector activo) se vean coartadas en muchos casos en su participación, por las resistencias que el varón pueda oponer a que «se metan en líos» o, simplemente, porque tienen que cumplir con sus obligaciones familiares («ponerle la cena»), pese a que en muchos casos la mujer trabaje o el marido esté en paro. Los roles de varón y mujer están muy marcados y esto marca también las relaciones en el barrio como globalidad. Por ejemplo, esto condiciona que las mujeres se ocupen de actividades de ocio muy cercanas a su imagen tradicional (costura, bailes), aunque le den a ello un significado distinto, al considerar que «las mujeres están activas completamente» (vecina). Es decir, tienen una actitud *reversiva*, en el sentido de que aceptan sus roles, pero ello no se vive como sumisión y perpetuación de un rol subordinado, sino que se ve como parte de la construcción de una identidad de barrio (rebelión contra la situación actual de identidad negativa) que, al intentar asimilarse al resto de los barrios, permite que se hagan cosas «normales» (aunque sean muy típicamente femeninas), que significan, sin embargo, un deseo de cambio. El papel de los varones también responde a los roles clásicos, siendo el que se ocupa de los problemas de la vivienda, en muchos casos buscando una salida individual al problema; es también el que debe dar la cara frente a las instituciones y por ello tiene un gran peso en la Asociación de Vecinos, más reivindicativa y orientada a arreglar «los problemas de la casa».

Otro tema muy relacionado con la familia y con una gran importancia en el barrio es el de los hijos; dentro de la estructura familiar, los hijos son aquello de lo que los padres se sienten más responsables. Esto lleva a identificar la preocupación por el barrio con la preocupación por los hijos: «A los que nos interesa el barrio, a los que nos interesan nuestros hijos...» (vecino). Del mismo modo, la razón para querer irse del barrio se pone en los hijos. El binomio hijos-droga es aludido constantemente; ante el riesgo real de que caigan en la droga («sabemos que si estamos alrededor de la lumbre...», vecino) y ante el temor de que los drogadictos puedan causar daño a sus hijos. Esto explica la alarma y la reacción popular que suscita el encontrarse a drogadictos pinchándose en los lavabos del colegio o del polideportivo. Así, pues, se fomenta en los hijos que se busquen su red de relaciones fuera del barrio y pasen fuera de él el mayor tiempo posible para evitar riesgos, lo que conlleva un desarraigo entre los jóvenes, especialmente entre las chicas que -como se ha dicho- desean en su mayor parte abandonar el barrio en cuanto puedan. En definitiva, el tema de los hijos es, con frecuencia, móvil de actitudes y actuaciones en el barrio y no se puede prescindir de él para cualquier plan de acción.

El tipo de relación dentro del barrio

Las relaciones en el barrio de Buenos Aires se dan «en círculos pequeñitos» (vecina). El ámbito de las relaciones suele ser el familiar o de familia a familia. En muchos casos, es la única relación que se tiene con el barrio, muy privada, en casas particulares, evitando o prescindiendo de los espacios comunes (bares, plaza, comercios).

Como ya hemos podido conocer, parece que las relaciones más globales, más de barrio, eran más fuertes al principio (recordemos las asambleas de vecinos de la primera época). Sin embargo, también hemos encontrado informantes que nos han confirmado que las relaciones más de persona a persona también se realizaron siempre en círculos restringidos. Lo que sí parece claro es que las diferencias entre payos y gitanos, aunque existían, no eran tan expresas como ahora, existiendo incluso peñas mixtas. En cuanto al estado actual de estas relaciones, ya se ha puesto de manifiesto sobradamente el protagonismo que en ella tiene la presencia del comercio de droga.

Cabe preguntarse por el papel de las asociaciones como aglutinadoras de las relaciones de barrio. La visión actual de las asociaciones por parte de la base social es compleja. Por un lado, se les exige que solucionen los problemas del barrio, pero no se les apoya para la consecución de intereses comunes, buscando, en muchos casos, salidas individuales. La razón ha sido ya apuntada: una cierta desconfianza generada a lo largo de la breve historia del barrio, en que las asociaciones se separaron de la base. Para las mujeres activas, sin embargo, el primer punto de referencia es su propia asociación, que funciona relativamente bien. Para el resto del barrio, la referencia asociativa es la Asociación de Vecinos, que se ve de forma positiva o negativa según la percepción que se tenga de su historia, aunque predomina la última de las valoraciones. Por ejemplo, las mujeres se desentienden de ella, ya que en su seno se les niega la voz y el voto, al ser los socios sus maridos. Da la impresión de que, ante la actual situación, muchos desean la potenciación de las asociaciones como forma de enfrentarse al colectivo gitano, en una clara actitud de «hacerles frente» (vecino) no exenta de agresividad.

En el pasado, las fiestas del barrio han cumplido una interesante función integradora, al participar en su preparación gente que habitualmente no lo hace. Incluso se afirma que ha habido años en que los gitanos han participado en estos preparativos. Ahora muchos dicen que las fiestas están acabadas y que incluso en esas fechas la gente se va a otros barrios porque son hasta peligrosas. Lo más positivo que se les ve en su forma actual es la convivencia que fomenta entre los niños, para los que se preparan actividades principalmente.

Al comienzo de este capítulo registrábamos la percepción (positiva) del barrio como «barrio obrero» por parte de sus habitantes. Sin embargo, para mucha gente, el barrio lleva camino de convertirse en un «barrio de gitanos», ya que éstos están comprando los pisos de la gente que abandona el barrio. De ser cierta esta tendencia, ello destruiría todo lo que se pudiera avanzar en la construcción del barrio como «normal»; el tipo de gitano pudiente que entra en el barrio, pudiente económicamente para pagar el piso en mano, es el gitano vinculado al mundo de la droga, de modo que la pretendida categoría de «normalidad» se aleja cada vez más si lo que se consolida es un barrio «de droga y gitanos». Quienes ven así el futuro claman porque el MOPU (hoy MOPTMA) controle las ventas de estas viviendas, que en muchos casos no están al cubierto de los pagos, y las reparta de acuerdo a criterios sociales (en el discurso del barrio, ello excluiría a los gitanos).

Esta última cuestión nos lleva al tema de la lucha por el espacio como un elemento clave del barrio de Buenos Aires. Cada grupo busca sus propios espacios, la homogeneidad racial de los bloques de viviendas por parte de los dos colectivos étnicos. Y se busca igualmente la separación espacial en lo referente al mundo de la droga (espacios en los que se mueven los niños de espacios donde la gente se pincha). Romper esta separación provoca revuelos en el barrio y ha sido causa de movilizaciones en los últimos años. A pesar de ello, existen espacios ambigüos que intentan evitarse. Por ejemplo, en la plaza se juntan los «porreros», juegan los niños y pasean los ancianos; ello genera tensiones, inevitablemente. Por otra parte, los intentos de separación radical son los que llevan a buscar ámbitos de vida fuera del barrio, en detrimento de toda posible construcción de identidad.

Concluiremos, pues, diciendo que los habitantes de Buenos Aires buscan un elemento de identificación positivo que puede ser o no interno al barrio. Por eso intentan dar una imagen externa de normalidad y se provocan al tiempo divisiones internas. La realidad de la base social del barrio es, pues, compleja y no puede ignorarse ante cualquier estrategia de acción futura. Aquí se ha intentado dar una interpretación y una visión global de ese tejido social, desde los datos del trabajo de campo. Pero, fieles al propósito del equipo investigador, el presente informe sólo pretende ser un instrumento para el debate y contraste de opiniones con los verdaderos protagonistas: los habitantes del barrio de Buenos Aires. A ellos quisiéramos suministrarle esa información global de la que quizás no son del todo conscientes, con el fin de que puedan asumirla en sus proyectos de transformación del barrio.

Redes (informales) de sociabilidad

Rubén Rodríguez Martínez

Para hacer un análisis sobre redes informales hay que tener en cuenta los grupos sociales que existen en el espacio concreto a estudiar. Dentro de cada grupo encontramos relaciones horizontales y relaciones verticales; y también existen relaciones de estos tipos intergrupales.

En el barrio de Buenos Aires encontramos una serie de problemas que condicionan la vida social de los actores y que neutralizan la convivencia en el ámbito societal. Los acontecimientos diarios mediatizan las relaciones en los planos intra e intergrupales. En la conciencia individual pesan las experiencias cotidianas que se traspasan al plano colectivo. Hay una doble ligazón: por un lado, una ligazón interna de grupo que se bifurca, en el sentido de que cuando el individuo tiene algún tipo de problema o conflicto apela a esa conciencia interna de grupo, y cuando todo es normal se desliga de forma inconsciente del propio grupo; y por otro lado, una ligazón externa o personalidad generalizada que pertenece al barrio y está al margen de cualquier grupalidad (esta ligazón es la propia, la que tiene el propio sujeto en cuanto que lo es).

Todos los contactos entre los individuos responderán a unos tipos de convivencia, a unos intereses de múltiples tipos, de carácter económico, espacial, político, religioso... a todos aquellos ámbitos en los que de alguna manera intenten obtener y controlar parcelas de poder dentro de ese enmarcamiento concreto, beneficien al propio individuo y, consiguientemente, al grupo al que pertenece.

En todos los informes parciales que el equipo ha manejado aparece un aspecto que condiciona la vida del barrio de Buenos Aires: la droga. Es éste un aspecto que determina realmente la convivencia entre los grupos y los individuos.

Dentro de los distintos grupos se crean redes y micro-redes, canales de comunicación y actitudes bien diferenciadas ante la realidad. Aquí intentamos ocuparnos de analizar esos canales de comunicación y de relación inter/intragrupales verticales y horizontales.

En el colectivo payo, en general y en el plano informal, encontramos unas actitudes bien definidas. Hay una actitud consciente de rechazo a todo lo que lleve la etiqueta de la droga, hacia todo lo que esté tocado con este nombre, que, en el consciente individual y colectivo, se asocia al grupo gitano. Se ha realizado todo un proceso de internalización en lo relacionado con droga y gitanos; es decir, se han convertido en sinónimos y ello ha pasado a

ocupar el primer plano de la lucha social en el barrio de Buenos Aires. Al tiempo, se han generado unos canales comunicativos a través de los actores individuales que reproducen lo que se ha ido internalizando con el paso del tiempo. Estas micro-redes son las encargadas - en este grupo- de asimilar los mensajes de las élites del propio barrio y las élites de afuera («élites» en forma de apoyos institucionales: Ayuntamiento, Junta, Gobierno Civil...). Recogen los mensajes y los moldean, los hacen suyos, los personalizan, para luego externalizarlos y reproducirlos en forma de esquemas que guíen la conducta del «yo».

Estos esquemas son las bases de la socialización y de la creación de estereotipos: sirven de soporte para guiar la vida social y colectiva del grupo. Pero son esquemas que se reproducen en el plano de lo formal (no olvidemos que la Asociación Cultural está formada por las mismas personas que sirven de soporte comunicativo y forma rizomas de cohesión). Esas redes informales constituidas por personas comunes y que son fuente y expresión de unos valores que producen y reproducen, utilizan el espacio físico del barrio para comunicarse. Las relaciones están muy encasilladas en cómo se distribuye físicamente el barrio, es decir, en cómo se estructura, en cómo los diferentes colectivos intentan fragmentarse de forma sólida en el tejido arquitectónico del espacio. Villasante dice que hay tres tipos de sectores de base en el tejido social de lo informal, y habla de las mujeres, de los jóvenes y de los varones. En nuestro caso también es válida esta tipología: las redes informales están explícitamente ubicadas en estos tres niveles. Son tres colectivos que utilizan, como decíamos, la estructura física del barrio para crear sus redes. Los puntos de comunicación de las mujeres del barrio se producen cuando van a llevar a sus hijos al colegio, cuando van a la tienda, cuando los niños salen a jugar a la plaza, para tenerlos vigilados («nos juntamos seis o siete madres aquí abajo, y nada, nos lo pasamos bien, charlamos y los niños están jugando, lo que siempre sí, con un poquito de vigilancia»). Los varones crean sus redes en los puntos donde suelen reunirse: bares, por ejemplo, o, simplemente, donde se encuentran. En este estrato de la población paya se advierte una fragmentación con respecto a hace unos años; ahora los varones mantienen menor contacto entre ellos; unos lo achacan al tema de la droga, pero también a la crisis por la que atraviesa el barrio: «se nota», como dicen los varones en los grupos de discusión, que el paro ha producido una ruptura entre las personas. Según aflora en las entrevistas y los grupos realizados «hay menos alegría que antes, la gente alternaba más antes»; es una frase hecha que se repite mucho, lo que indica que es parte del lenguaje informal del barrio, se ha internalizado y se ha adoptado.

En el colectivo payo cabe distinguir unos niveles de referencia, unos planos que dicho colectivo usa para hacer frente a los problemas que padecen. En un primer plano estarían las demandas que se canalizan a las élites del propio barrio, y sobre la actuación de

éstas en las demandas, los sujetos crean unas opiniones y unas actitudes. Por ejemplo, en lo referido a lo que los sujetos «mandan» a la asociación del barrio sobre el tema de la droga, aquéllos mantienen una conducta «conversa», ya que esta red formal que sería la asociación del barrio, fue creada por sujetos que a su vez también pertenecen a la población y también forman parte del entramado informal. Todo lo que se ha articulado y se ha cristalizado en forma de organismo o institución dentro del barrio se ha hecho para solucionar un problema, es decir, con un fin; así, los sujetos se sienten identificados con ello, o al menos así lo expresan, y mantienen una postura de apoyo.

Un segundo plano de referencia, que sería el consuetudinario por las instituciones de fuera del barrio, obliga distinguir dos posturas. Por un lado, la postura que mantienen las organizaciones del barrio (la asociación cultural, la asociación de vecinos) y, por otro, la conducta que exhiben los sujetos y que, una vez internalizada, la extienden en sus rizomas. En otras palabras, la postura de «lo formal» en el barrio es muy diferente a la postura de lo «no formal». La primera es una postura y conducta mucho más suavizada que la segunda, quizás por el peso de la responsabilidad. Lo formal «de dentro», aunque esté constituido por sujetos que son informales, se relaciona de manera distinta con lo formal «de fuera», sobre todo con los poderes públicos. Asume una postura reversiva en el tema de la convivencia entre los dos colectivos del barrio; hay una queja respecto a la existencia de gitanos en el barrio, pero no una oposición, si no fuera por el tema de la droga y los conflictos que ello genera. Por otra parte, decíamos, está la conducta que adopta lo no formal espontáneo, sujetos que incluso forman parte de lo formal y están mediatizados por la vida social que se desarrolla en el barrio; de éstos cabría decir que adoptan una conducta «perversa» (lo «perverso» de lo informal y lo espontáneo), no aceptan que los poderes públicos les hayan introducido población gitana y no aceptan que este colectivo se dedique a lo que ellos llaman «sus negocios». Se rebelan informalmente contra todo esto, y además sienten que los poderes públicos y las instituciones adoptan posturas de favor con el colectivo gitano, otorgándoles privilegios de los que «ellos» carecen. Piensan que a los poderes públicos les interesa que los gitanos estén en el barrio y que la policía «pone el cazo». Hay un enfrentamiento informal y estructurado contra lo de arriba, contra lo que significa poder fuera del barrio. Esto ha pasado a formar parte de los esquemas de la conciencia colectiva y de las emociones íntimas de los sujetos payos del barrio de Buenos Aires.

El análisis que acabamos de practicar sería un análisis vertical, desde los sujetos que forman redes informales y crean una conciencia colectiva ante un problema, y lo exteriorizan hacia arriba, expresando una actitud, no sólo ante el problema, sino ante el modo como reacciona «lo formal» frente al problema. El análisis horizontal habría que hacerlo sobre la relación de un colectivo con el otro: la relación de los payos con los gitanos, ver si se crean

redes de comunicación y estructuras. Por lo que hemos obtenido en nuestra investigación, lo que existe es una ruptura de comunicación. Ambos colectivos no han estructurado redes informales. Esto puede observarse en los lugares de reunión, en los bares...En las entrevistas a propietarios de bares, considerados como «comunicadores» sociales, éstos coincidieron en afirmar que los lugares que los unos frecuentaban, los otros no lo hacían. Los jóvenes tampoco mantienen ningún tipo de contacto. El barrio, puede concluirse, es una **unidad fragmentada**; el colectivo payo forma una unidad respecto al de gitanos, sin relación entre ambos. La única relación que puede establecerse es a través de los poderes públicos. **Es decir**, ambos colectivos utilizan de forma desigual este tipo de poderes: los unos (payos), **para canalizar demandas y denuncias** de todo tipo sobre los otros, y éstos (gitanos) para intentar obtener provecho de los poderes públicos y asentarse formalmente en el barrio.

Es preciso dejar constancia de una fragmentación dentro del colectivo gitano: hay gitanos que están al margen del tráfico de drogas y han creado entre sí redes formales e informales de comunicación y de acción. No mantienen canales comunicativos ni asociativos con el resto del colectivo gitano. Este grupo no aparece mencionado en las entrevistas ni en los grupos de discusión; sólo de vez en cuando se dice: «no todos los gitanos se dedican a la droga, pero la mayoría sí...», lo cual muestra algo ya señalado en los capítulos anteriores, y es que, para el colectivo payo, el tema «droga» connota «gitano», y todo ello produce mala convivencia. Se ha asumido, por parte de los payos, que el referente es el problema que han traído los gitanos. Estos esquemas operan en la conciencia colectiva y crean cohesión de grupo (más para los payos que para los gitanos). La identidad de pertenencia para unos está muy clara: los payos se sienten agredidos. Para los otros, un grupo se quiere desmarcar y desea que se reconozca que no tiene nada que ver con el problema, reclama que no se identifique gitano y droga, pero que les reconozca como gitanos, sus actividades en el culto, así como la posibilidad de establecer lazos formales e informales con el resto del barrio. Es, de todas formas, una actitud muy compleja, porque aspiran a ser vistos como gente «normal», como el resto de la población, pero que, al mismo tiempo, se les reconozca y admita como gitanos. Cabría entender y tipificar su actitud como «subversa» o «subversiva» por cuanto no quieren saber nada del asunto droga ni de los gitanos que andan con ella, pero, por otro lado, reclaman el reconocimiento de su modo de vida y etnia gitanos.

De todas formas, hay que reconocer que las redes y las estructuras del colectivo gitano, los lazos de cohesión entre ellos, son muy fuertes (cosa que se reconoce explícitamente en el grupo de discusión de mujeres mayores de 35 años, por contraposición a las redes, más débiles, del colectivo payo).

En resumen: el colectivo payo reacciona ante el problema de la droga, lo internaliza, lo incluye en sus esquemas y lo hace parte de su vida social; el problema se llevará dentro mientras existan gitanos en el barrio. Pero este colectivo tiene unas redes muy débiles; en tanto «redes» hay una desvinculación con el problema, no hay una implicación real de los sujetos. A ello se añade el problema del paro, que en el barrio ha llegado a ser importante. Por su parte, el colectivo gitano, que mantiene unos vínculos más constantes, no mantiene contacto con el primero y ha creado una estructura de fidelidades muy fuerte: fidelidades en torno a su forma de vida y fidelidades de parentesco, aun siendo una realidad, como decíamos, la existencia de gitanos que no participan de las actividades vinculadas a la droga y que pretenden vivir de una forma «normal».

Tejido asociativo y Acción Colectiva

Félix-Antonio Barrio Juárez

El análisis del tejido grupal y las redes sociales construidas por la acción colectiva en el barrio de Buenos Aires de Salamanca presenta una serie de dificultades usuales ante una realidad social caracterizable por la existencia de una serie de barreras psicosociales entre la población en el momento de aportar información sobre sus realidades y problemas. Ese conjunto de barreras psicosociales aparece de forma nítida al aproximarse a los canales de comunicación hacia el exterior de las diferentes entidades grupales que encontramos en el barrio. Uno de los principales resultados de la Investigación-Acción Participativa ha sido, en nuestro estudio, el profundizar de modo significativo en los mecanismos de acción colectiva, fundamentalmente de los diferentes grupos payos con los que se realizó la fase de negociación inicial.

La principal conclusión, dentro del análisis de redes, apunta a que la coordinación de la vida social, en esta clase de entornos urbanos deprimidos socioeconómicamente, se revela altamente estructurada en conjuntos de acción colectiva que actúan normativamente sobre los individuos. Estos niveles de normatividad grupal son probablemente más elevados que los que se puede encontrar en otros entornos urbanos, cosificando en mayor modo al individuo en el conjunto de la acción social.

De este modo, vamos a encontrar dos sistemas normativos bien definidos; uno referente a la comunidad gitana del barrio y otro a la comunidad paya, pero no antagónicos sino complementarios. En el primero, encontramos elementos de patriarcado y predominio de las relaciones de reciprocidad interfamiliares, que se basan en principios de lealtad y ayuda mutuos. En el segundo caso, la acción normativa de la colectividad paya es más laxa,

porque las redes organizativas no son tan fuertes ni disponen de los elementos de coacción y cohesión instrumentales que la investigación ha descubierto en el caso gitano, donde resulta patente la posibilidad de represalias reales ante el disenso interno. En el caso payo podemos hablar, pues, de la existencia de una mayor densidad de las redes sociales, debido a la mayor presencia de vínculos interpersonales (Requena, 1989, 137-152), mientras que en el colectivo gitano esa densidad disminuye por el predominio de las relaciones interfamiliares. El colectivo de vecinos no gitanos del barrio va a mostrar así una mayor complejidad organizativa, tanto por presentar una mayor complejidad en su base social, aunque con leves diferencias de status socioeconómico, laboral y cultural, como por existir una fragmentación múltiple en los intereses colectivos.

El análisis de redes resulta de especial interés aplicado al socioanálisis del barrio en cuanto enfatiza las relaciones que conectan las distintas posiciones sociales dentro de un sistema, y da una visión global de la estructura social y sus componentes (Requena, 1991, 37). Como señalan Knoke y Kuklinski (1991, 173-181), la estructura de las relaciones entre los actores y la posición o localización de éstos en la red tienen importantes consecuencias en la conducta, en la percepción y en las actitudes, tanto para los individuos como para el sistema social en su conjunto.

A. Colectivos

La acción de los colectivos existentes en el barrio se orienta hacia diversos objetivos que se van a corresponder con la propia diversidad de intereses que se pueden encontrar en la base social. De este modo podemos enumerar, por un lado, los colectivos integrados en su totalidad, prácticamente, por miembros del barrio; y, por otro, los grupos de referente institucional que actúan en el barrio sin pertenecer al mismo.

a) *La nueva coordinadora de asociaciones del barrio o Asociación Cultural «Buenos Aires»* .

Ha agrupado en torno a sí la coordinación de los diversos colectivos del barrio, sustituyendo el papel que aspiraba en un principio a desempeñar la Asociación de Vecinos. En realidad se ha articulado en torno al liderazgo parcial del sacerdote católico, pero los colectivos que participan activamente en la misma no han renunciado a sus intereses particulares, y éstos incluyen la finalidad general de la Coordinadora, esto es, la promoción y desarrollo de la calidad de vida del barrio. Además, pretende articular y concentrar las reivindicaciones y, en general, el descontento social existente en el barrio. Se mantiene, pues, a partir de la aparición de esta Asociación Cultural, un fluido y elevado índice de

relaciones de comunicación y transacción entre las asociaciones payas, siguiendo la tipología relacional de Knoke y Kuklinski (1991, 177).

b) *La Parroquia (Iglesia Católica)* .

Ya ha sido mencionada por su importancia en el tejido asociativo desde la *Asociación Cultural*, si bien no en lo referente a su labor pastoral. No obstante, la investigación ha arrojado una desconfianza latente entre los colectivos hacia la implicación de la misma en las actividades organizativas del barrio. Ello se debe a una tradición poco exitosa de participación de la parroquia en la Asociación de Vecinos, con el resultado de pasados enfrentamientos, y a la también fracasada actividad de sectores de la Iglesia en la coordinación asociativa del barrio, fundamentalmente en la promoción de la *Asociación Juvenil* . Su acción, como institución externa, es en la actualidad preferentemente pastoral. Sin embargo, su tradicional inmersión en la vida asociativa, económica y social del barrio, se mantiene, como ya se ha hecho referencia, con el equipo del nuevo párroco, canalizándose a través de la actuación en la Asociación Cultural, en la que ha tenido un papel promotor de la misma. De este modo, presenta un doble papel: la labor pastoral como institución, y la acción social a través de la participación destacada de sus miembros en las organizaciones del barrio.

Es preciso aclarar que tiene una buena imagen entre la base social del barrio respecto a su dimensión de acción social, pero se descubre una clara desconfianza hacia ella en cuanto se acerca a labores de gestión y coordinación colectiva. Hay que reiterar que la negativa imagen que se tiene del antiguo párroco, principalmente en lo referente a su actuación en la Asociación de Vecinos, parece explicar esa desconfianza.

c) *El colectivo gitano* .

La *Asociación Gitana* de Salamanca, con su acción orientada a los intereses sectoriales de su etnia, no tiene implantación en el barrio, pese a que el presidente de dicha asociación en Salamanca vive en Buenos Aires. La inexistencia de una articulación organizativa-asociativa en la comunidad gitana permite considerar a ésta como un solo colectivo que se subdivide a su vez en dos grupos:

- El colectivo de familias que se dedican al tráfico de drogas, caracterizado por una fuerte cohesión, bajo un régimen de familias dirigentes y lideradas por un número limitado de varones.
- El colectivo de familias que no participan del tráfico de drogas directamente; se dedican preferentemente al comercio ambulante. Mantienen un relativo aislamiento respecto al colectivo anterior, pero tampoco se han integrado en ninguna red

organizativa paya, ni han creado una organización propia. En la práctica, su autoexclusión se puede interpretar como una cesión ante la actividad del grupo anterior.

El colectivo de familias gitanas que se dedican al tráfico de drogas impone a todo el colectivo gitano, y asimismo al colectivo payo, la situación existente de tráfico, bajo la amenaza de represalias si se rompe el silencio existente. Pero esa imposición no es fruto de ninguna coacción o negociación explícita, de modo que coexiste con una franca hostilidad -de momento latente- pero que oculta un potencial de grandes dimensiones en cuanto a explosividad.

«Para ir a decir quién es, para que a mí me hagan la vida imposible, o me destroce los coches míos, que a mí ya me ha pasado dos veces, pues entonces nada» (mujer paya, Grupo de Discusión).

La auto-exclusión que practica un sector de los gitanos muy reducido, presenta unas pautas muy similares a la conducta de un amplio sector de la población paya, también aislacionista respecto de su propio colectivo, de modo que tienden a buscar la huida del barrio como meta final, manteniéndose, mientras tanto, alejados de las relaciones sociales y, especialmente, grupales, dentro del barrio. Incluso alguna familia gitana acude a la práctica del culto evangélico en locales de otros barrios para no participar en el de Buenos Aires. La capacidad del colectivo gitano para permanecer como una auténtica comunidad aislada dentro del barrio se basa en el monopolio cerrado que hace de todas las relaciones de red posibles: sentimentales, comunicativas, instrumentales, de transacción, de autoridad y poder, y de parentesco, siguiendo la clasificación de Knoke y Kuklinski (1991, 177-178).

d) *La Asociación de Mujeres «Buenas Amigas»* .

Este colectivo, que puede movilizar en torno a una treintena de mujeres, dependiendo de la actividad promovida, mantiene como finalidad principal el desarrollo de actividades de ocio para mujeres, como talleres o excursiones. No obstante, sus miembros desempeñan una activa presencia en las actividades de la Asociación Cultural del barrio, en la Asociación de Padres del Colegio, o en la Asociación de Vecinos, mostrando sus componentes una alta participación, de la que quedó constancia en las Reuniones de negociación al comienzo y durante la investigación. Es el colectivo que manifiesta la hostilidad más estentórea y decidida al tráfico de drogas en el barrio. A la par, su peso dentro de las actividades de la nueva Asociación Cultural resulta trascendental.

e) *La Asociación de la Tercera Edad* .

Se orienta a la promoción de actividades de ocio entre sus miembros de modo más estricto que en el caso de la Asociación «Buenas Amigas». Ello se debe, probablemente, al hecho de que la situación de jubilados les facilita la auto-exclusión de la acción social en el barrio. Apenas desempeñan una presencia importante en la Asociación Cultural y, aunque existe un grupo significativamente alto de mujeres, son los varones los que ejercen el liderazgo organizativo. El elevado grado de escepticismo encontrado en este colectivo hacia la posibilidad de resolución de problemas del barrio no sólo es reflejo del tópico asentado en el discurso grupal de los payos, sino que se ve acentuado por la desesperanza y la falta de intereses a medio plazo entre los mayores.

f) *La Asociación de Vecinos* .

Orientada preferentemente al tema de la vivienda, así como a otros problemas referentes a la calidad de vida y servicios comunitarios. Tradicionalmente ha aspirado a convertirse en una entidad tecnicista, en el sentido que le da al término Rodríguez-Villasante en «Clientelas y emancipaciones: una introducción metodológica» (Rodríguez-Villasante, Coord., 1994, 25-47), intentando monopolizar la representación institucional del barrio ante instituciones externas, y tratando de concentrar la obtención de servicios y gestión. No obstante, ha sufrido un acelerado abandono por parte de los vecinos, pasando de contar con un elevado número de asociados a la presencia, prácticamente testimonial, de algunas decenas de miembros. Por lo visto, las razones esgrimidas apuntan a deficiencias en la organización: conflictos por el liderazgo, rechazo del voto femenino, falta de transparencia en la gestión y en sus actividades. En la actualidad, es la Asociación Cultural «Buenos Aires» la que ha asumido el papel principal en la organización de actividades de ocio, servicios y promoción del barrio.

g) *La Asociación Juvenil* .

Principalmente, está orientada a la promoción de actividades de ocio de la juventud, y también se ocupa de labores de información laboral o asistencial. Está muy mediatizada por el patronazgo de la Parroquia, Cáritas Diocesana y la participación de miembros activos de su entorno, lo que le confiere cierta dependencia, tanto por ocupar un lugar parroquial como por la organización conjunta de actividades. Este factor podría explicar un doble mecanismo de exclusión, ya que, por un lado, la actitud de los miembros es de rechazo hacia el estereotipo de joven no participativo y reacio al asociacionismo (el «porrero» del barrio) y, por otro lado, los jóvenes del barrio encuentran reparos a pertenecer a una asociación de chicos «formales» o «pijos» del entorno parroquial. Esta imagen bastante negativa de la Asociación Juvenil para un amplio grupo de jóvenes supone una barrera a la extensión de ésta en el barrio, de modo que el sector juvenil presenta un ínfimo grado de asociacionismo.

h) *Asociación de Padres de Alumnos* .

Concentrada en su labor dentro del Colegio Público. La participación en ésta parece ser muy limitada y se centra, obviamente, en los problemas de escolaridad infantil. Por su relación con los niños -uno de los temas de mayor sensibilidad para los vecinos del barrio- supone uno de los grupos cuyas informaciones son más relevantes, pues los problemas interétnicos han mostrado su mayor crudeza a raíz de problemas en la escolaridad. La formación de los miembros de la APA sería, por ello, un objetivo de importancia con vistas a la solución de posibles nuevos conflictos.

i) *La Asociación Deportiva* .

Colectivo muy reducido en el número de sus organizadores, orientado a las actividades recreativas y de ocio con el deporte infantil y juvenil. La participación de niños y jóvenes es, sin embargo, muy notable.

Dentro del apartado de los Colectivos, no podemos dejar de hacer referencia a una serie de grupos, o más bien grupúsculos, que se centran por lo general en la acción social, pero cuyo carácter común reside en que son externos al barrio, formados por no residentes, y se encasillan dentro de instituciones diversas y ONGs. La actitud, en general, de los vecinos del barrio, va a ser de recelo por no entrar dentro de las redes sociales del barrio, lo que significa, evidentemente, que no se valore su acción social y sus labores de prestación de servicios. La dimensión institucional que nos interesa en este análisis se limita a la presencia de estos grupos de voluntarios que realizan actividades de prestación de servicios, preferentemente de actividades de ocio en el barrio.

a) *Cáritas Diocesana* .

Evidentemente, la actuación del grupo de voluntarios y miembros de esta Institución católica va estrechamente unida a la acción del colectivo parroquial.

b) *Cruz Roja* .

Su presencia, a través de un grupo de voluntarios, se concreta en la realización de tareas de acción social, preferentemente orientadas a los sectores infantil y juvenil, en forma de actividades de ocio y animación socio-cultural.

c) *Congregación religiosa de las Siervas de San José* .

Existe un grupo de religiosas que residen en el barrio, desempeñando labores asistenciales y de ocio a través de talleres para mujeres. También, en su caso, alguna de sus miembros participó en conflictos relacionados con la gestión de problemas del barrio. En general, su presencia no tiene gran resonancia entre el vecindario.

d) *Iglesia Evangélica*.

Orientada exclusivamente a la acción pastoral. Su pastor no reside en el barrio, y sólo tiene presencia institucional con algún seminarista que forma parte de las familias del barrio. En la práctica, realiza una labor estrictamente limitada al culto dentro del colectivo gitano, tolerando implícitamente la venta de droga y manteniendo un rígido aislamiento con el colectivo de payos.

B. Red Asociativa.

La primera segmentación que cabe realizar sobre los diferentes focos asociativos analizados se produce a partir de la misma categoría de «asociatividad». Sólo existe red asociativa como tal entre el colectivo payo, y cumple unas funciones y tiene una incidencia muy limitada. Entre el colectivo gitano no existe tal red asociativa, y no existe tendencia alguna por parte de las familias gitanas a participar en asociaciones payas, de modo que apenas son casos puntuales los de miembros de esta etnia que participen de las actividades de ocio de alguna asociación, por lo general mujeres y niños. La cohesión grupal se realiza a través de las familias, que presentan una fuerte jerarquía patriarcal y organizan toda la vida social gitana en el barrio. A partir de unas fuertes relaciones de reciprocidad, las familias gitanas se prestan la necesaria cobertura ante los diferentes problemas que pueda tener una familia o un conjunto de familias. Cuando se trata de realizar una negociación de intereses, los cabezas de familia asumen las tareas de representatividad del colectivo, como se puso de manifiesto durante el período de investigación, a raíz del rumor de una posible manifestación contra la droga por parte de los payos.

Estos dos mundos cerrados alimentan, con su segregación organizativa de la convivencia, el desarrollo de fuertes estereotipos y prejuicios entre sí, que se revelan en el malestar latente en el barrio. El rechazo de ambas comunidades es mutuo, y es patente en el caso de los niños, que, si están jugando juntos payos y gitanos, ante la aparición de adultos, hacen como si jugaran por separado. De este modo, el hecho de que las identidades se construyan a partir de las subjetividades compartidas, explica la reproducción existente de redes comunicativas e instrumentales cerradas, junto a las experiencias comunes colectivas (Conde Carrión y Santos Pérez, «Tejido social y red asociativa en Bogotá: ¿hacia prácticas emancipatorias?», en Rodríguez-Villasante, 1994, 115) a las que haremos referencia para

analizar cómo ha aumentado la conflictividad interétnica con la agudización de la precariedad en el barrio.

C. Evolución de las organizaciones comunitarias.

Inicialmente, la organización de conjuntos de interés respondió a objetivos generalistas de defender intereses para todo el barrio, y al objetivo de promocionar servicios comunitarios. Así, en los primeros años, la Asociación de Vecinos fue la más emblemática, contando con un amplio número de miembros, posiblemente más de 200 asociados, y en sus actividades participaron incluso miembros de la etnia gitana. En la etapa actual, desde los últimos cuatro o cinco años al menos, la actuación de los colectivos se ha convertido, sin embargo, en sectorial, concentrándose en actividades de generación de ocio preferentemente, siempre limitadas prácticamente al colectivo payo. La inexistencia de objetivos económicos o de empleo entre los diversos colectivos (exceptuando la Asociación Cultural), se combina con la inexistencia de colectivos centrados en la generación de servicios al barrio, limitándose, con la misma excepción, a la demanda de éstos ante las instituciones públicas como norma común.

Esta funcionalidad que han desempeñado las diferentes asociaciones tiene que ver con la apatía en que se ha sumido el conjunto de la población, que no ve en ellas instrumentos de satisfacción de sus intereses. La denuncia constante es que el que participa en las asociaciones sólo tiene intereses particulares, lo que se reforzaría en el carácter de prestación de actividades de ocio de las asociaciones, por lo general limitadas a los miembros de las mismas. Por otro lado, la obtención de financiación pública ha sido y es el principal motor de la existencia de la red asociativa, que surge en ocasiones como intento de aprovechar esa financiación para realizar diversas tareas.

La Asociación de Vecinos, imperturbablemente dedicada a los temas de vivienda y servicios del barrio, ha sufrido un acelerado desprestigio a partir de los problemas de organización de los equipos directivos y actualmente es un muy reducido grupo de individuos, posiblemente inferior a la docena, el que participa en su dinámica, llegando el número de asociados apenas a un centenar. El hecho de que no más de veinte personas acudan a una reunión de la Asociación es para los miembros activos, o para los que han participado con anterioridad, muestra del desgaste que habría sufrido la asociación a partir de continuas críticas exageradas por parte de ciertos sectores antes miembros activos de la Asociación. Lo cierto es que la población se ha desentendido de la participación activa, que se limita a un reducido grupo. Esto puede deberse, bien a la imagen negativa que existe de su funcionamiento, bien al desinterés de la gente en participar activamente en las

Asociaciones. Quizás no haya actividades que llamen la atención a la gente por ser supuestamente beneficiosas para sus familias por el hecho de participar; y, desde luego, es difícil encontrar en el análisis de los discursos tal percepción positiva.

El hecho es que se reconoce unánimemente el fuerte desprestigio general de las asociaciones y colectivos del barrio, hacia los que podría haber una desconfianza resultante de lo aparentemente centrados que están en intereses cerrados de grupo, pero también a la escasa transparencia de su funcionamiento.

«Si no voto a éste me vas a engañar tú, me engaña el otro y me engaña el otro, venga, puerta, carretera y manta. Me quedo en mi casa, trabajo, hago lo mío y no quiero saber nada» (Varón payo. Grupo de Discusión).

Este fenómeno se extiende incluso a las comunidades de bloque de vecinos, que también experimentan la desintegración interna. Las familias recurren, a la hora de solucionar sus problemas, no a la construcción de redes de solidaridad, sino a las redes de reciprocidad existentes que, por lo general, se establecen entre familias a partir de lazos de parentesco y amistad.

El incremento de un buen número de nuevas familias en el vecindario, procedentes de barrios marginales en reconversión (Barrio Chino de Salamanca, Las Caracolas...), ha llevado a una mayor desmembración de la identidad colectiva del barrio, de modo que los fundadores encuentran elementos únicamente negativos en los nuevos sectores de población, que aumentan la autoimagen de marginalidad en relación a la pobreza y la droga. Este estereotipo existente entre el vecindario del barrio, de pertenecer a un barrio marginal por la presencia continua de traficantes y drogadictos fundamentalmente, lleva a la abrumadora mayoría de la población a lamentar la imposibilidad de abandonar el barrio. El abandono real se ha desarrollado mediante la no participación en la vida comunitaria, siendo una expresión característica el vivir en el barrio «olvidándose del barrio» por completo, como afirmaron expresamente los cabezas de familia más jóvenes del barrio y no participantes del tejido asociativo.

El colectivo gitano ha desarrollado, por su parte, un rápido crecimiento en su número de familias y respecto al total de habitantes del barrio, procediendo a una también rápida expansión espacial, mediante la adquisición de viviendas a las familias que han ido abandonando el barrio, por lo general payas. Con ello, los payos encuentran una de las mayores amenazas en el hecho de que Buenos Aires camina a convertirse en un «barrio gitano».

«Sí, sí, sí, sí, va a llegar un momento, créetelo que va a llegar un momento que, como sigamos así, va a ser un barrio más para ellos» (Mujer paya. Grupo de Discusión).

En definitiva, la participación de la población del barrio en las organizaciones ha acabado siendo muy limitada, considerándose un éxito la reunión de más de dos decenas de personas. La cuestión reside en hasta qué punto la base social demanda el asociacionismo o tienen otros recursos de cooperación social a través de las redes familiares y de amistad. Crear esta demanda asociativa entre la población, tanto paya como gitana, sólo puede pasar por venderle una imagen de asociacionismo eficaz en la solución de problemas, que recompense el esfuerzo participativo que requiere y, en suma, que resulte plenamente atractivo. Sólo a partir de esta labor de publicidad, premeditada o no, pueden las diferentes asociaciones lograr el deseo que manifiestan repetidamente de movilizar el barrio a la participación.

D. Tejido social y vida cotidiana.

En este punto se consideran las redes de relaciones sociales desde la perspectiva de la cotidianidad, esto es, de las relaciones del vecindario reguladas por la acción colectiva. Centrándonos en el conjunto de normas, valores y actitudes que utiliza la comunidad para regular sus interacciones, podemos elaborar una distribución de los diferentes colectivos según la actitud que mantienen en el barrio como comunidad.

1) *Identidad grupal.*

En el discurso de los sujetos aparece una serie de categorías definitorias de la identidad individual según el grupo al que se pertenece, y el eje de identificación principal es el de gitanos/payos. En segundo lugar, el criterio social de identificación surge en torno al hecho de pertenecer o no al mundo de traficantes de droga, en cualquiera de sus dimensiones. Obviamente, el recurso a caracteres claramente identificadores como son los rasgos étnicos o la acción delictiva proporciona fuertes elementos identificadores de los grupos. La identificación se refuerza con elementos espaciales, en cuanto la distribución de la población es desigual, con una zona alta de viviendas habitadas predominantemente por familias gitanas, y el resto, habitado predominantemente por familias payas. La asociación colectiva de caracteres identificadores se extiende en los siguientes términos:

- Los gitanos en general presentan prácticamente una clara connivencia con las familias gitanas que venden droga, con lo que son asimilados a éstas.
- Los payos que venden droga son una minoría y no la venden, por lo general, sino que, preferentemente, la esconden o almacenan. Son los gitanos mayoritariamente los encargados de la distribución.
- Los gitanos que no venden droga son la mitad, aproximadamente, del total de población gitana, practicando un aislacionismo total respecto al colectivo payo.

Recapitulando, la principal ruptura interna del barrio se produce entre gitanos y payos, pero a la par existe una doble ruptura. Por un lado, existe un colectivo de gitanos que se dedican a la venta de droga, frente a otro amplio colectivo que no. Por otro lado, dentro del colectivo payo hay un grupo de payos que participa en la venta de droga, y otro, más amplio al parecer, que no. Este hecho es interesante, pues muy posiblemente nos encontremos con que la situación de crisis socio-económica tiene un peso muy importante en el enfrentamiento y resentimiento latente de los payos hacia los gitanos, no siendo la droga más que una excusa principal. El error de los planificadores urbanos al concentrar en Buenos Aires altas dosis de marginalidad y marginación, provocando una enorme densidad de problemas como el paro, la delincuencia en forma de narcotráfico, la pobreza, etc., ha llevado a que el conflicto latente entre payos y gitanos sea una vía de escape al malestar general.

«Somos los payos los discriminados» (Mujer paya. Grupo de Discusión).

«Así que no hablen de marginación, que los marginados somos los otros. Siempre somos nosotros. Lo de ellos no lo veo, parece que se le pone una venda en los ojos...» (Mujer paya. Grupo de Discusión).

Los discursos dejan patente que la culpa de todo el malestar del barrio se deriva, en última instancia, al colectivo gitano, lo que supone una *falsa conciencia* al ocultar otros problemas verdaderamente acuciantes que explicarían fenómenos como el tráfico de drogas: el desempleo, especialmente juvenil, la carencia de infraestructuras para la formación y el ocio de los jóvenes, o un verdadero plan de desarrollo comunitario con la suficiente dotación de medios.

«- Simplemente, que tenemos el problema de los gitanos y se acabó.

- Exactamente, no hay más.

- Ese es el primer problema.» (Mujeres payas. Grupo de Discusión).

Por último, aún aparece otra ruptura interna en el barrio, entre los payos que participan más o menos activamente en el tejido asociativo en el barrio y los que mantienen una postura indiferente. El resentimiento de los primeros hacia éstos es muy notable, pero carecen de una explicación del hecho, acusándolos de «pasivos» o simplemente caracterizándolos por las virtudes opuestas a las que se espera de un participante en las asociaciones. Este resentimiento encontrado en los miembros de las asociaciones es el típico *error fundamental de atribución*, según el cual se tiende a atribuir a los demás causas motivacionales en el origen de su actitud o conducta, justificando las propias por las circunstancias o motivos ajenos a la voluntad¹¹. Este frecuente error de atribución causal lleva a ocultar en las asociaciones barreras para la integración en las mismas de la población, barreras que frecuentemente son de tipo comunicativo e informativo.

2) *Redes de comunicación*.

Existe una grave carencia en el barrio respecto a la circulación de la información/comunicación entre las familias, en cuanto no existen unos circuitos suficientemente ramificados. De este modo, la opinión en general del barrio no tiene un rápido acceso a las noticias cotidianas, lo que se manifiesta reiteradamente por los sujetos investigados. La carencia de un órgano de información para todo el barrio impide que los vecinos puedan tener una idea, en ocasiones apenas aproximada, de los problemas de amplios grupos del barrio o de la situación en general.

Se recurre, por lo general al *vis-á-vis*, de modo que las redes informales regulan los canales de afluencia de información, lo que tiene, como principal resultado, la alimentación de la auto-exclusión y el aislamiento de amplias capas de la población. Así, pues, la información circula de modo limitado en las redes vecinales, a nivel de amigos y dentro de los colectivos entre sus componentes, pero no adquiere una difusión suficientemente amplia. Entre los gitanos, parece funcionar bien el círculo interno de comunicación, pero cerrado dentro de la comunidad étnica:

«Vamos, fui a Cruz Roja por mediación de otra persona, porque me dijo: "Vete a Cruz Roja que ahí ayudan. No se qué dan; te dan alimentos o no se qué"»
(Mujer gitana).

¹¹ Cfr., al respecto M. Hewstone «Atribución societal: creencias colectivas y explicación de los acontecimientos sociales» en Hewstone (1992) pp. 221-259. Para una profundización en el mecanismo cognitivo que lo caracteriza, también H.H. Kelley & J.L. Michela, «Attribution theory and research» en *Ann. Rev. Psychol.* 31 (1980) 457-551.

Sí existe, en cambio, una aparentemente extensa difusión de las actividades fomentadas por los colectivos, pero se trata de una publicidad de carteles y pasquines que carece de la necesaria red de contactos *vis-á-vis* que facilite el reclutamiento de participantes para dichas actividades.

En cuanto a las redes comunicativas entre payos y gitanos son prácticamente inexistentes, limitándose a algunas relaciones de amistad entre familias, pero que son de carácter aparentemente restringido en su amplitud. Es a nivel de las redes comunicativas donde la normatividad de los colectivos actúa claramente mediante la exclusión en público de determinadas relaciones de vecindad. Payos y gitanos forman sus grupos, se ignoran, y conviven en la distancia.

E. Relaciones horizontales entre las organizaciones.

Hasta la aparición de la nueva Asociación Cultural, a raíz de la llegada al barrio del nuevo equipo parroquial, el incremento de la descomposición organizativa de la comunidad paya se ha debido posiblemente a los siguientes factores:

- Incorporación de segmentos de población carentes de una mínima cultura participativa, incorporación generada por la acción insitucional exógena.
- Desprestigio creciente de las asociaciones vecinales por la aparición de conflictos internos en su gestión y falta de transparencia democrática.
- Desentendimiento de los problemas del barrio por parte de una serie de familias, y sobre todo por parte de los sectores juveniles, que optan por procurarse una salida rápida del barrio.

Ese incremento constatable del aislacionismo por parte de las familias payas también se ha dado entre algunas familias gitanas como reacción al crecimiento del poder y presencia de las que se dedican a la venta de droga.

Igualmente, la fragmentación de grupos y asociaciones del barrio se ha acompañado de la creciente ruptura de las relaciones horizontales entre las organizaciones. Esta ruptura se ha intentado soslayar con la creación de la nueva Asociación Cultural del barrio, que pretende aglutinar a todas las asociaciones ante los problemas del barrio, pero manteniendo el individualismo de cada asociación respecto a sus actividades autónomas. Este individualismo grupal aún tiene sus raíces en las discrepancias sobre la constitución de liderazgos del trabajo comunitario y en la propia concepción de cómo debe ser éste y qué objetivos he de tener. Por ello, el grado de compromiso de los miembros de las asociaciones

componentes presenta una serie de divergencias con el objetivo de desarrollo social, económico y comunitario que esgrime la Asociación Cultural:

- En primer lugar, existe una clara desconfianza ante la presencia de elementos eclesiásticos en la Asociación, por experiencias conflictivas en el pasado. No obstante, esa desconfianza es mayor en los no integrantes de las Asociaciones.
- La disposición a colaborar activamente en las actividades fomentadas desde la Asociación Cultural es elevada en lo que concierne al fomento de actividades relacionadas con el ocio infantil, juvenil, de adultos y ancianos, pero hay carencias en el grado de compromiso con actividades encaminadas a la promoción laboral y de servicios, o al afrontamiento de problemas delicados, como los relativos al tráfico de drogas, la inseguridad ciudadana o la convivencia payos-gitanos.
- Es un amplio grupo de mujeres, en general integrantes de la Asociación «Buenas Amigas», el que presenta una mayor disposición a participar en tareas de reivindicación y encaminadas a la solución de problemas en el ámbito de los servicios, el fomento del empleo o la lucha contra el tráfico de droga en el barrio.

El éxito de la Asociación Cultural, de cara a aumentar su base social, pasa por la promoción de actividades orientadas a la generación de ocio, que aseguren una participación continuada de amplios grupos, especialmente juveniles, y entre los que ejerza labores de dinamización y de creación de expectativas de desarrollo en el barrio. Esa labor de captación debería probablemente combinarse con una labor de publicidad de sus actividades eficaz, que transmitiese una imagen atractiva y comunicase transparencia a los ciudadanos del barrio. La creación de un medio de comunicación en el barrio es una de las deficiencias al respecto más reseñables.

El principal conflicto intergrupual, es necesario reiterarlo, se produce entre payos y gitanos, a raíz, fundamentalmente, de los problemas derivados de la droga, pues los reproches que los primeros dirigen hacia el segundo colectivo son graves:

- Generan inseguridad ciudadana en el barrio.
- Los payos sufren el castigo de la persecución policial constante.
- La delincuencia suscitada es una amenaza para la integridad de los sectores más débiles, los niños, los jóvenes, las mujeres y los ancianos.
- Suponen un riesgo máximo para la juventud al provocar la drogodependencia.
- Destruyen la apacibilidad de la convivencia original del barrio, que deja de ser un barrio residencial agradable para convertirse en un «supermercado» de la droga.

- Suponen una rémora al desarrollo comunitario, pues su aislamiento como colectivo impide la realización de actividades colectivas de todo el barrio.
- Realizan una política de apropiación de toda vivienda libre que queda en el barrio, aumentando su presencia y peso como colectivo.

En definitiva, el grupo gitano es visto como la gran amenaza, y los responsables máximos del carácter de marginalidad y desprestigio que ha sufrido el barrio de forma acelerada desde hace unos años. Sin duda, esa marginalidad y situación precaria, en términos socio-económicos, no se debe a la presencia de gitanos o al tráfico de droga como causa principal. La situación ha sido, en gran parte, traída al barrio desde los asentamientos urbanos anteriores de la población, y lo importante es no transmitir a la población que la solución a todos los males termina con la comunidad gitana, sino que los problemas se han agravado en los últimos años y no ha habido cauces organizativos eficaces para afrontarlos desde el barrio. La labor al respecto de la nueva Asociación Cultural «Buenos Aires» puede ser el revulsivo para que se alcance una movilización suficiente de los recursos sociales existentes.

Pero, en definitiva, el riesgo es tal que, previsiblemente, un acto de agresión a un miembro del barrio, un niño o un joven, o cualquier atisbo de violencia interétnica puede convertir al barrio «Buenos Aires» en un campo de batalla, pues aparecen evidentes factores de conflicto latente, pudiendo decirse que se trata de una «olla a presión». El conflicto abierto que se puede generar dispondría así de un elemento organizativo tremendamente facilitador: el tejido asociativo payo, susceptible de coordinar una acción agresiva contra el colectivo gitano. Esta percepción se corroboraría en la nuestra investigación, resultando muy claro que para muchos la opción de las asociaciones es un medio para *defenderse* de los gitanos.

La capacidad de movilización de la Asociación Cultural está en pleno auge, y la reciente movilización promovida por iniciativa de aquélla ha obtenido un fuerte respaldo ciudadano. Más de mil vecinos se manifestaron en el centro de la ciudad el 9 de junio de 1995 contra la marginación social urbana (cfr. *El Adelanto*, Salamanca, sábado, 10 de junio de 1995, p. 5). Pero ha de lograr dar una imagen en el barrio de efectividad y honestidad de los participantes en la Asociación, suficientemente atractiva para lograr que la base social se interese por sus proyectos y sus posibilidades.

F. Conclusión.

La principal conclusión es que, pese a la existencia de un considerable número de colectivos y grupos diferentes en un conjunto de población bastante reducido, existe un tejido asociativo muy poco desarrollado, lo que equivale a decir que las redes sociales del barrio muestran una mínima densidad (Requena, 1989, 142). Ello se debe, principalmente, a la imagen negativa proyectada por la población sobre el asociacionismo y los colectivos, hacia los que mantiene una general desconfianza.

La imagen negativa del barrio, fundamentalmente en relación a la convivencia con el mundo de la droga, lleva al sentimiento mayoritario de las familias payas de que la única solución es el abandono del barrio cuanto antes. Este deseo de abandonar el barrio es mayor entre las generaciones jóvenes, tanto entre los que han formado sus familias como entre los que aún no y los adolescentes. Cambiar la imagen *interna* del barrio es un factor principal para comenzar a desarrollar endógenamente el potencial comunitario del Barrio «Buenos Aires». Por ello, es indispensable crear tejido social en el barrio mediante actividades comunitarias y proyectos comunes, especialmente entre los sectores más jóvenes, que por necesidad han de ser más dinámicos.

La comunidad gitana en el barrio

Rosana Espiña García

El modo de vida de los gitanos ha cambiado más en estas últimas décadas que en cientos de años. Si antes se agrupaban y se separaban según la determinación de linajes, hoy se asientan en unos barrios que no están trazados ni organizados por ellos, sino por instituciones payas. Ya han sido explicitados los móviles que llevaron a la administración a trasladar a Buenos Aires determinados problemas que existían de forma más o menos latentes en la sociedad salmantina. Pero aquí interesa ahondar en lo que se refiere a la convivencia entre payos y gitanos. Tomás Calvo Buezas, en su libro *España racista*, describe de esta manera el problema:

«Se acabó el carro y la tienda y se asentaron en los cinturones de pobreza de las ciudades españolas, conviviendo por primera vez en los barrios gitanos pobres con payos pobres (...) ¿Por qué es casi siempre en los barrios proletarios donde se originan los conflictos? (...) Sólo se pelean los que viven juntos, y los poderosos tienen formas más sutiles y eficaces de alejar a los presumiblemente molestos de sus nichos ecológicos» (Calvo, 1990, p. 21).

En este capítulo tratamos de encontrar y analizar los factores conductuales que pueden desencadenar tensiones, tomando como modelo la experiencia del Barrio de Buenos Aires. En un primer momento atenderemos al análisis de los discursos recogidos de los gitanos; a continuación, haremos lo propio con las visiones de los payos. Intentaremos, en último lugar, extraer algunas conclusiones.

Ya se ha indicado que, de las unidades de análisis previstas en la metodología de trabajo, sólo fue posible realizar tres entrevistas, pero no el grupo de discusión diseñado. Esto recortó las posibilidades de contrastar puntos de vista, tal vez diferentes, ya que el contenido de las entrevistas fue bastante uniforme. «Aquí no pasa nada» fue la conclusión repetida. La presentación de temas controvertidos encontró siempre un manifiesto rechazo. La convivencia fue definida como bastante buena, aunque todos coincidieron en reconocer que no intercambiaban demasiado con sus vecinos payos. Una separación que tiene dos vertientes: la física y la cultural. Ya sabemos que, en el barrio, los gitanos ocupan una determinada zona y acuden a establecimientos casi exclusivos; no suelen mezclarse con el resto, aunque en algunas ocasiones (fiestas, fundamentalmente) sí se ha producido cierta relación. El hecho de compartir una cultura diferente, unos modos de vida propios y unas costumbres peculiares, hace muchas veces que la diferencia devenga antagonismo. No obstante, no manifestaron un sentimiento de discriminación:

«No estamos rechazados; hay un grupo de gitanos que sí se ven rechazados (...) pero no todos los gitanos se ven rechazados, ni mucho menos» (vecino gitano del barrio).

Pero a esta diferencia conocida se añade el repetido problema de la droga. La respuesta de nuestros entrevistados fue tajante: ninguno de ellos se dedica a este negocio. Reconocen que un grupo de gitanos sí lo hace, pero ellos lo rechazan:

«Porque yo estoy en contra de la droga, me da asco, la odio (...) porque trabajos tienes para asistir casa, tienes para fregar, tienes para colocarte sin tener que matar a personas humanas» (vecina gitana del barrio).

A pesar de este rechazo, la solución del problema no está en sus manos, afirman, sino en manos de las autoridades; ellos no pueden hacer nada. Quienes así se manifiestan, declaran vivir en una situación precaria; los trabajos de los que viven son poco estables: arreglos, chapuzas y venta ambulante. Esto les anima a condenar la bonanza económica de los que se dedican a la droga:

«Ni cobra paro ni nada, y el trabajo de mi marido no es seguro, que ya te digo, si a lo mejor mi marido trabaja, comemos, y si no trabaja, no trabaja» (vecina gitana).

Estos gitanos también se plantean la permanencia en el barrio. Hay una similitud con cierto discurso que hemos recibido de los payos. Hablan de marcharse de allí, pero de que su situación económica no se los permite:

«Sí, de hecho en el futuro, si Dios me deja, me iré del barrio en cuanto pueda».

«Si me saliera otra cosita que me conviniera sí me iba de aquí (... a otro barrio con más tranquilidad...)» (vecinas gitanas).

Los gitanos participan poco en las actividades del barrio. Se sienten como aparte, y se quejan de que, a pesar de que todos los gitanos no son iguales ni se dedican a las mismas cosas, los payos se empeñen en medirles a todos por el mismo rasero.

«Es un pecado que cometen muchos mayos, de siempre generalizar cuando se habla del gitano (...) se critica mucho a los gitanos de este barrio, es una pena que se critique de esa forma cuando estamos cotidianamente juntos (vecino gitano).

Uno de los gitanos entrevistados manifestó abiertamente que él deseaba la integración, pero siempre y cuando se respetase su cultura. No quería una integración a cambio de modificar su vida. Del mismo modo, entendían que era importante que sus hijos fueran al colegio y, de hecho, los enviaban diariamente.

Los payos, por su parte, nunca manifiestan que el recelo con el que contemplan a los gitanos se deba a razones de etnia o raza, sino a su conducta. Sin embargo, hay matices. Algunos adoptan posturas de tolerancia, rechazando solamente a quienes comercian con la droga. Las posturas más agresivas y rotundas corresponden a los varones; las mujeres muestran un discurso más integrador y distinguen entre gitanos que viven honradamente y gitanos que viven del comercio de drogas. La conducta objeto de rechazo es definida como antisocial. Los payos opinan que los gitanos no han asimilado el modo y los hábitos de vivir en un piso; les molesta que no muestren respeto hacia las zonas públicas, dicen que los niños gitanos no van al colegio o no lo hacen con regularidad. Todo ello genera el clima tenso que hemos venido describiendo. De hecho, en las entrevistas, los payos declaraban sentir miedo a las represalias por parte de los gitanos y, por ello, se abstendían de opinar en cuestiones

puntuales delicadas y, desde luego, en cualquier tipo de denuncia que sobrepasase lo general.

Ven como negativo que los gitanos «vayan en manada» porque juntos les producen ese temor, pero, al mismo tiempo, se reprochan a sí mismos la falta de unión frente al problema generado por aquéllos. Un tema recurrente en las entrevistas con los payos es el del alto nivel de vida del gitano que vive de la droga, contrapuesto siempre al payo honrado y trabajador que no tiene apenas medios:

«Vienen en BMW, cochazos, una cosa muy curiosa de ver (...) o sea, el nivel, la ropa que traen, el gitano de por aquí es un gitano rico, mientras que los payos no lo son» (agente social).

A ello se une la queja de los payos con necesidades, cuando señalan que los gitanos, siendo más pudientes, gozan de ayudas institucionales, de los asistentes sociales y de la administración. Esta situación de privilegio les hace pensar que los gitanos acabarán haciéndose con el barrio, ya que, además, su presencia aumenta. Niegan los payos que sean racistas; los racistas, dicen, son los propios gitanos: no se quieren integrar de ningún modo. No obstante, alguno de los vecinos entrevistados afirma que sí, que hay gente muy racista y que mantiene hacia los gitanos sentimientos de asco y odio.

En definitiva, y como ya ha sido expresado en capítulos anteriores, una parte del barrio se define a partir de la negación del otro. Es interesante en este punto la conclusión de Teresa San Román (1984) cuando, registrando la experiencia de un barrio de Barcelona, alude al proceso de aculturación que estaría produciéndose, cuyo resultado sería la asimilación por un grupo de la cultura de otro, con lo que cambia la identidad de éste. No ocurre así, desde luego, en Buenos Aires, tal como hemos visto. Pero si ello (la no asimilación de un grupo por otro) tal vez debamos verlo como algo positivo, sí hay que lamentar lo totalmente opuesto; de hecho, los niños comienzan a adoptar posturas discriminatorias a la par que ocurre su socialización. Y el movimiento ciudadano que apunta en el barrio tiene, lamentablemente, demasiados tintes de agresividad hacia una etnia diferente. Tal vez dicho movimiento deba orientarse hacia la consideración global e integral de los problemas, más que a atacar situaciones puntuales. Y, desde luego, más allá de los problemas concretos originados por el tráfico de drogas, hay que seguir planteando la cuestión de los estereotipos y del desconocimiento real que existe acerca de culturas y normas de vida diferentes.

Aparte de la obvia distinción -en el colectivo de mujeres- entre payas y gitanas, puede practicarse, dentro de las primeras, otra división con arreglo a la edad (jóvenes, maduras, mayores). Son las del estrato intermedio, que hemos denominado «maduras», las más activas en el barrio. Más concretamente, el colectivo al que aludimos pertenece a la Asociación «Buenas Amigas», ya descrito, y que, en boca de los varones, o no aparece, o es objeto de pobre consideración.

«¿Yo qué sé? bailes charros, actividades de todo, costura, corte; de todo, porque a las mujeres se les ocurre cada cosa...» (vecino del barrio).

Se ignora, por lo general, el papel social que puedan desempeñar las mujeres dentro del barrio. Sin embargo, estas mujeres asociadas realizan todo tipo de actividades, todos los días de la semana y con unos horarios flexible para que todas puedan acudir. De todas formas, el número de mujeres vinculadas a la Asociación sólo es de 35 (en el barrio hay 333 mujeres mayores de 35 años, según el censo de 1993, de las cuales casi 300 son amas de casa que pasan la mayor parte del tiempo en el barrio y disponen de tiempo suficiente para poder participar en las actividades que organiza la Asociación). El número de mujeres asociadas no aumenta y la Asociación, por otro lado, no va hacia el resto de las mujeres; se limita a recibir cualquier petición o sugerencia.

«Es que no se pide, no se pide, no se atreven a pedirlo. No es como, por ejemplo, ellas sí, porque ahora tienen una asociación y si surge algún problema gordo, pues lo más seguro es que sí, nos hagamos una piña y todas a la una, unidas. Porque están más unidas. Pero si no, a nivel ya del barrio, no vienen» (mujer miembro de la asociación).

Las mujeres de la asociación consideran que es necesario mantener la lucha por mejorar su situación e ir consiguiendo espacios de decisión en el barrio, entre otras cosas, como demostración de la capacidad que pueden llegar a tener.

«Pero lo que es verdad es que tenemos que seguir luchando. No podemos tirar por la borda lo que se ha conseguido» (mujer miembro de la asociación).

«Es seguir insistiendo, porque cuando no se pierde una asociación es porque tú estás insistiendo, estás luchando por ella. Siempre tiene que haber alguien que esté luchando» (mujer vecina del barrio).

Manteniendo la tipología actitudinal que se ha venido utilizando, podría decirse que las mujeres que participan en las asociaciones adoptan una actitud «per-versa», en cuanto que intentan oponerse a los valores predominantes en el barrio. Intentan sobre todo lograr una identificación, conseguir cosas para su colectivo, pero ellas mismas, no limitándose a aceptar lo que los maridos o quienes detentan el poder, pretenden que ellas hagan. Con ello se abre un amplio abanico de posibilidades, de cosas para hacer, de actuar frente a lo que en principio el barrio les ofrece.

Tal vez una de las razones que retienen a muchas a participar es la vinculación de las mujeres «activas» a la parroquia. Hablamos de mujeres payas, ya que las gitanas están, generalmente, vinculadas a la Iglesia Evangélica. Así, la relación con temas religiosos puede suponer una limitación añadida a la participación en tareas comunes.

«Me encontré, al llegar aquí, un buen grupo de gente joven y un grupo majo de mujeres que están, pues, con una conciencia tan viva de participación comunitaria y en las tareas eclesiales (...) En torno a la parroquia yo creo que se han movido o han estado quizás las fuerzas más dinámicas del barrio» (agente social).

Otra razón de la escasa participación de las mujeres es el machismo imperante y notorio en la vida del barrio, y que ellas mismas reconocen; y esto afecta por igual a payas y gitanas. No es extraño encontrar maridos que impiden a sus mujeres participar en las actividades de la asociación, provocando así que exista un gran número de mujeres que mantienen una actitud «con-versa» respecto a sus maridos.

«Sí, muchas porque sus maridos no les dejan»

«¿Sabes lo que tuve? Una reprimenda de mi marido porque me dice que soy una cascante, que no tenía que haberme metido donde no me llaman» (vecinas del barrio).

Claro que el reconocimiento de sufrir este machismo es más claro por parte de las payas que de las gitanas, aunque ésta también lo padezcan y, en realidad, ocupen un muy segundo lugar, tanto en el hogar como en la comunidad.

«Hombre, a la hora de decidir se cuenta con la mujer, pero la decisión la tiene el marido; yo puedo preguntar: oye ¿qué te parece esto? Y ella me puede contestar. Si

yo viera que fuera una decisión mía y de ella también, la que vale es la mía» (varón gitano).

El marido continúa viéndose como el único capaz de traer el dinero a casa y, por tanto, el que tiene posibilidad de tomar decisiones. La mujer, como ama de casa, debe encargarse de tenerla bien cuidada y de la educación de los hijos. Hay mujeres que trabajan, pero se trata de trabajos domésticos o de venta ambulante, que no les hacen sentirse seguras. Machismo, pues, en el hogar, al que se añade el que se produce cuando la mujer intenta participar, por ejemplo, en la asociación de vecinos, en la cual las mujeres no tienen voto.

«Mira, yo he asistido a una reunión porque mi marido no podía ir. Hubo votaciones y a mí y a otras nos dijeron que no teníamos voz ni voto. Las mujeres no teníamos voz ni voto»

«Entonces ellos mismos te quitan la poca fe que tienes. O sea, que sólo tengo voto para cuando me cobran la asociación, para lo demás no tengo voto» (vecinas del barrio).

Sin embargo, la incorporación de la mujer al trabajo y a las tareas asociativas está generando una pluralidad de formas de participación, más pegadas a lo cotidiano. Sería la «revolución de lo cotidiano» (de la que hablan Scherer-Warren y Krischke), allí donde se producen relaciones de dominación.

Pero las mujeres del Barrio de Buenos Aires son, sobre todo, madres que tienen un gran temor por sus hijos en relación al tema de la droga. Están continuamente pendientes de ellos. Y esto es un aliciente para participar en toda labor que conduzca a alejar el peligro.

Pero hay otro sector femenino, del que no se habla para nada y con el que no parecen tener mucha conexión las mujeres de la Asociación. Se trata de las chicas jóvenes. Según el censo de 1993, habría unas 64 chicas en edades comprendidas entre los 20 y los 30 años. Para estas chicas, el barrio no resulta nada atractivo porque en él no ven su futuro. Intentan buscar salidas fuera del barrio. Lo que menos pretenden es quedarse a vivir en él. Apenas nada les une al barrio, ni siquiera una fuerte amistad con la gente de su misma edad.

«Nos saludamos porque el barrio es muy pequeño y todo el mundo se conoce» (chica joven del barrio).

La asociación juvenil, por ejemplo, no parece contar con ninguna chica. Las jóvenes no encuentran alicientes en actividades que las aten más al barrio; por el contrario, sus

actividades tienen lugar fuera del barrio, más en contacto con el centro urbano. En la terminología que estamos utilizando, las chicas de Buenos Aires mantienen una relación «tecnicista», es decir, la de un grupo que «cubre una determinada actividad sectorial en una localidad, y que se formula en términos de desconexión, o de conexión conflictiva o débil con otros grupos y con sectores de base» (Villasante, 1993). Vivir en un barrio que está relacionado con la droga, que tiene mala fama respecto a otros barrios y al centro de la ciudad, supone para estas chicas una dificultad añadida a la hora de encontrar trabajo. Por eso anhelan salir del barrio, no identificarse con él. Toda esta situación explica que las jóvenes no muestren ningún intento asociativo entre su grupo de edad. Mientras viven con sus padres, allí están como pueden, pero la perspectiva es salir del barrio en cuanto les sea posible.

Por lo que toca a la mujer gitana, ésta no participa tampoco en asociaciones, ni siquiera en la asociación gitana de Salamanca. Su única actividad fuera del hogar es la asistencia al culto evangélico, mientras que sufren igualmente la mala fama que les acarrea vivir en el barrio a la hora de buscar oportunidades de trabajo.

«¿Por qué no cogiste a mi niña para el trabajo? Ay, porque no sé qué, no sé cuánto, un rollo de esos; que no le ha dado la gana de coger a mi niña; ya ves, por la mala fama del barrio» (mujer gitana).

Los objetivos de vida, las costumbres, de la mujer gitana, por mor de su peculiaridad cultural, son diferentes a los de la mujer paya, lo cual es un factor que dificulta la convivencia. Es muy corriente, por ejemplo, que las madres payas protesten por el absentismo escolar frecuente entre los niños gitanos, por más que se les explique que, para los gitanos, es más importante que los niños pasen temporadas con sus padres acompañándolos a la venta ambulante que será, probablemente, su trabajo en el futuro.

Cuando las mujeres recuerdan siempre la movilización de hace tres o cuatro años, en que la gente del barrio se unió mayoritariamente contra la droga, el investigador piensa en la necesidad de aprender de las ondas cortas/analizadores/movilizaciones de los sectores populares, no viéndolos aislados, sino en su dimensión de ondas largas/memoria histórica, que permita acumulaciones de la conciencia social transformadora (Villasante, 1993).

Para este análisis del sector juvenil del barrio, distinguiremos, en primer lugar, dos ámbitos: la esfera de lo público, de lo formal, y un segundo ámbito que, con muchas matizaciones, podríamos calificar de privado e informal. Es el mundo de las asociaciones, por un lado, y de la familia y la comunidad, por otro.

Desde las asociaciones juveniles queda muy claro el discurso de la unidad, de trabajar por el bien del barrio, y de la ciudad, etc., «en un ciclo hacia lo bueno». Los objetivos están tan claros que cualquier elemento discordante es inmediatamente rechazado. La realidad la constituyen dos grupos juveniles relativamente fuertes dentro del barrio: el grupo de la parroquia y la Asociación Juvenil, junto a otros grupos que realizan actividades diversas (teatro, deportes). Los antecedentes históricos juegan un peso negativo en los dos primeros y condicionan que en la actualidad, la imagen que se tiene de las asociaciones se vincie a determinados grupos de «élite» dentro del barrio. Una élite vivida con orgullo desde los propios líderes de los grupos «...es curioso que los jóvenes que participan en la parroquia son los jóvenes que van a estudiar; los jóvenes del fracaso y tal no participan en la parroquia» (párroco), y que ha motivado que la distinción entre asociados y no asociados implique una separación mayor que la simple pertenencia.

Para los primeros, estar asociados significa estar comprometidos con la realidad del barrio. Es muy interesante desgajar todo el discurso del grupo de la parroquia. Sus principios se basan en el triángulo «compromiso cristiano-lucha por el bien del barrio-asociación». La vinculación es tan fuerte que pretenden estar presentes en la mayor parte de las actividades sociales de Buenos Aires. El párroco juega un papel vital dentro de la comunidad y para el sector juvenil representa algo fundamental. Sin embargo, se corre el peligro de que la Parroquia acapare más peso del debido y que eso obstaculice la entrada de miembros que pudieran romper de algún modo con el prototipo de la parroquia.

La imagen que tiene la juventud de la Asociación Juvenil se sigue vinculando a la Iglesia. Del discurso de un líder de la parroquia se desprende que fue creada para alejar a los no cristianos de la dmga; una segunda catequesis para los que no comulguen con la primera. «Para que no estén en la calle, que es lo que se pretendió cuando se creó la Asociación; para que no estuvieran... ideando cosas malas» (mujer miembro de organización).

La juventud que critica a la Asociación puede basarse en la experiencia de años anteriores, pero, sea como fuere, y aunque hoy esté formada por gente nueva, alejada de esos principios cristianos de buena voluntad, de ayuda, y con intereses más lúdicos («nada, nosotros lo que queremos es pasárnoslo bien»), no han conseguido forjarse una nueva imagen.

En Buenos Aires hay un colectivo importante de jóvenes, que ha pasado completamente desapercibido; es el grupo de los «porreros» («los malos, los que fuman porros en la plaza, ponen la música alta y no hablan a lo pijo», chica joven). Las referencias a ellos son generalmente a través de terceros; los líderes juveniles los definen como «los que pasan», «los que no se pringan», los que no participan en la Asociación, en una palabra. En definitiva, los porreros no participan en las asociaciones y en éstas no hay espacio para los porreros; «hay asociaciones para pijos y para normales, pero no hay para porreros», la pescadilla que se muerde la cola.

El hecho de que haya grupos que no participen en nada no significa que la red asociativa y su peso en la comunidad no sea importante. La mayor parte de ellos ha tenido experiencias, generalmente asociadas a la parroquia. Sin embargo, se reconoce que dentro de los grupos se da un fuerte proceso de selección, la dicotomía entre los buenos y malos se mantiene entre los propios líderes juveniles: «y hay gente que está metida en el bollo que tiene 25 años y está llevando un taller y a lo mejor también discrimina. Y eso sí pasa ¡eh! que esa gente ni es joven ni mayor, pero está entre nosotros, moviéndose en algunas cosas. Y esa gente es la que a lo mejor impone respeto a gente que estamos así, que si yo ando con tal no me habla o le caigo ya peor. Si yo ando con ella o me fumo un porro, pues ya es diferente ¿yo qué sé?» (joven de Buenos Aires).

La expulsión no es oficial, pero hay muchas formas de hacer de menos a la gente «o te miran mal o dicen ¿qué hará ése aquí?». Parece ser que los jóvenes, en su mayoría, son conscientes de esta situación; sin embargo, tampoco se responsabilizarían de introducir cambios que permitieran una mayor aceptación de esos grupos. «Me jodería, pero yo no iba a dejar de ir por eso» (joven asociado). Se llega incluso a optar por soluciones un tanto caritativas («pero por eso no son malos, la cosa es tratar con ellos aunque sea decirles ¡hola, qué tal!», «pero es que no son personas especiales que digan: Ay, voy a tratar con ellos») que reafirman la separación y falta de comunicación fluida no sólo entre grupos sino entre personas.

Las relaciones entre los jóvenes se apoyan en su grupo de iguales. No hay relación pijos/porreros, no la hay payos/gitanos, ni la hay chicos/chicas. En realidad, sólo se incluyen chicos pijos payos en la Asociación Juvenil y a este grupo se integran chicas cuando se trata de la parroquia.

Se puede decir que el grupo de jóvenes es percibido como problemático. Ante situaciones de peligro se incrementa el espíritu de protección de los padres, así como una

fuerte presión sobre su grupo de amigos. «Y todos mentalizamos a nuestros hijos, pienso. Pero mañana se junta con uno y se pasado se junta con otro; y si no cae hoy, cae mañana, y si no, al día siguiente» (vecino de Buenos Aires). El discurso que se mantiene respecto a la importancia de relaciones dentro del barrio es contradictorio. Se distingue, por un lado, un deseo individual, diferente del deseo colectivo. El primero de ellos se centra en sus hijos; se valora positivamente que tengan el mayor número de relaciones fuera del barrio. «Porque el mayor, no te voy a decir que no vaya a caer, pero es muy difícil ya, porque un hombre con 20 años... Además, se ha relacionado, y tiene muy pocas relaciones aquí en el barrio. No tiene casi ninguna» (vecino). «No son adecuados para ella» (vecina gitana, refiriéndose a los jóvenes del barrio, respecto a su hija). Igualmente, se valoran las actividades que les impulsen a salir fuera: «y solamente por no verle aquí en el barrio, por no verle en el barrio, le doy dinero para que se vaya a ver al Salamanca» (vecino). Sin embargo, ese mismo vecino comenta, al final de su intervención: «Pero qué cosa más bonita sería que todos los chavales, la juventud de su edad, que tiene 14 años, estuviesen unidos aquí, en el barrio, tuviesen un centro, tuviesen un algo para divertirse ellos»; y es aquí donde se expresa ese deseo colectivo, un tanto utópico, de la unidad. El mismo vecino comenta: «A mí, mi ilusión sería que mis hijos, lo mismo la casada que el otro, y el pequeño, tuviesen aquí una armonía, una paz grandísima». Sin embargo, de la lucha entre los dos, el deseo individual sale victorioso y los padres son los primeros en dar señales de cansancio ante la situación. «Es triste, es triste realmente que no se puedan tener relaciones, con la cantidad de cosas que se pueden tener aquí».

El vivir cotidiano en la marginación se lamenta fundamentalmente por los hijos, y de hecho éste constituye uno de los principales motivos de abandono del barrio. El saber que se está en un barrio «como muy cerrado, muy marginado, pues con un ambiente que no parece muy adecuado para la juventud» genera sentimientos muy cercanos a la vergüenza o a la rabia. «Si los padres queremos huir de esto, de esta quema que tenemos tan grande, ¿qué hacemos?» (vecino).

La identidad del quiénes somos frente al otro no es una identidad clara. Como decía, la juventud es vivida como problemática en su conjunto, pero no se concibe como un cuerpo único que pueda responder en bloque con características similares. La realidad se presenta muy dicotomizada: en el barrio, «los jóvenes» son los hijos que se enfrentan a situaciones dramáticas y generadas en un ambiente poco adecuado para ellos. Sin embargo, respecto a la juventud que viene de fuera, la visión es claramente negativa, y siempre son los de fuera los que vienen a pincharse, los elementos extraños que de alguna manera invaden y enturbian las buenas relaciones en el barrio.

En este sentido, es curioso descubrir cómo resolverían los ancianos, por ejemplo, el problema de las «salidas» juveniles: «Si los pusieran una discoteca y no tendrían que ir a Salamanca y venir a las mil quinientas...»; es decir, justo lo contrario de lo que desean muchos jóvenes: salir, ampliar sus relaciones, no sentirse observados.

De esta forma, la dicotomía entre centrarse en la comunidad-barrio y olvidarse de él (bien sea buscando relaciones en Salamanca o viviendo de puerta para adentro) constituye un eje fundamental en torno al que gira el mundo juvenil en Buenos Aires.

Este espíritu de protección es vivido por los jóvenes como un fuerte control de la comunidad. En el discurso no llega a mencionarse nunca a las familias, sin concretar de forma específica quiénes son los que ejercen el control. Cabría interpretarse que la comunidad y la familia son todo uno, matizando diferencias, por supuesto, y que las relaciones entre vecinos son muy estrechas. Aunque les parece mal que las cosas sean de esta manera, que no les «dejen ser ellos mismos» o que se inmiscuyan en su vida privada, son conscientes de que no pueden escaparse de su influencia, se sabe que «se vive con la gente y no se puede pasar de ella».

Quizás porque la presión sea más fuerte para los jóvenes, o porque lo viven de distinta manera, las muchachas inciden en mayor medida en la necesidad de intimidad. Ellos pueden cumplir sus expectativas dentro del barrio y con la gente del barrio, forman grupos más estables y encuentran más ventajas en las características propias de Buenos Aires (cercanía del campo, tranquilidad, posibilidad de juegos colectivos...). Para ellas, en cambio, y con carácter general, el barrio es vivido como un impedimento a su libertad. «Es pequeño», «no puedes establecer relaciones variadas», «no tiene nada», «todo el mundo te señala con el dedo»... son algunas de las expresiones de los jóvenes. Para ellas, el establecer contactos con la ciudad y buscar otras redes de comunicación resulta vital.

Las relaciones externas se entienden de manera distinta según el grado de implicación (participación en las asociaciones). El hecho de «salir con gente de otros barrios» supone un estímulo. Comprar, dar un paseo, son cosas que sólo se pueden hacer fuera. «Aquí llegas a las siete, entras en la plaza y no hay nada» (chica de Buenos Aires). Sin embargo, el discurso «numantino» de parte de los miembros de la asociación entiende la salida como una traición y tacha a los «no arraigados» de «no abiertos», incluso de no ser simpáticos. De sus palabras se desprende una combinación de reproche y envidia que da la impresión de entender las relaciones internas como un deber para con el barrio.

Como conclusión, y tratando de pergeñar algún tipo de estrategias que parecen deducirse de nuestro análisis, diremos que no hay un grupo homogéneo de jóvenes que pueda actuar de forma conjunta. Las divisiones pueden producirse incluso de manera más clara que en otros barrios, si bien no se pueden encontrar señales de identificación muy fuertes, fruto de experiencias compartidas. Es por ello por lo que habría que incidir en una serie de aspectos que posibilitaran una mayor comunicación entre los grupos:

- Uno de ellos sería delimitar muy claramente el espacio de la parroquia y el espacio de la Asociación Juvenil. «La parroquia y la Asociación Juvenil no tienen ninguna relación, y a mí me parece que, aun distinguiendo lo que es la parroquia y lo que es la Asociación Juvenil, cada una en su lugar, tiene que haber una relación, y los jóvenes de la parroquia tienen que tener una relación con la Asociación Juvenil; es más, participar en la Asociación Juvenil, la gente de la parroquia tiene que estar...» (párroco). No se trata de limitar el ámbito de la primera a actividades meramente eclesiales; la parroquia debe ser un lugar de encuentro, de propuestas de acción, de colaboración... entre jóvenes. La Asociación Juvenil puede también funcionar de acuerdo a esos principios, pero su filosofía debe ser distinta. El «hacer bien», el «intentar que los chavales no anden tirados», «el enfrentar litronas a Asociación», puede ocasionar que aquellos a los que las litronas no les disgustan, y entre quienes el bien y el mal no pase por el compromiso cristiano de la ayuda, no tengan un espacio de reunión. La parroquia es, por el momento, el abanderado de los jóvenes del barrio y hay que reconocer las enormes posibilidades que han abierto, tanto el párroco como persona, como su línea de trabajo; pero hay que dejar que acapare toda la acción colectiva. Si por ahora se está orgulloso de la gente asociada, «los más dinámicos», hay que preguntarse qué pasa con los que no lo son tanto. Pretender incluir a este último sector no pasa tanto por modelarlos, por «hacerlos buenos», sino por posibilitar espacios que los incluyan tal como son. Como en cualquier otro barrio, tienen el derecho de fumarse un porro sin ser tachados de yonquis; eso sólo se puede alcanzar abriendo miras y alejándose de filosofías mesiánicas que, sin distinguir una amplia variedad de grises, sólo trabajan con el blanco y el negro. Potenciar, por tanto, el papel de la Asociación Juvenil, como grupo independiente de la Iglesia, que no por ello opuesta a ésta. Una propuesta sería moverse en un terreno que sonara a «joven» y no tanto a «bueno». No se pretende eliminar el carácter reivindicativo que distingue a la parroquia, sino modificar la forma de llevarlo a cabo.

- Otra actuación iría enfocada a promover la relación entre géneros (chicos-chicas), etnias (payos-gitanos) y grupos (porreros-pijos). No por lo gratificante que pudiera resultar en sí, sino por perder miedo a esa presión colectiva, por debilitar ciertas etiquetas e incluso por complejizar la realidad. Hay que tener presente que esas etiquetas han servido para «resguardar» a los chicos del consumo de droga; pero en ningún momento se está propiciando una interacción absoluta, entre otras cosas, porque es imposible, pero sí un acercamiento, una mayor comunicación entre grupos. En este sentido, habría que aclarar que la Asociación no tiene el objetivo de evitar que los jóvenes entren en la droga; hay otros mecanismos para ello. La Asociación tiene como fin luchar por otros aspectos. Si se consigue el rechazo de los jóvenes, será de forma secundaria, pero su principal objetivo no es la prevención. Es problemático sugerir a los padres, líderes comunitarios y gente de la parroquia, que debiliten la presión hacia los jóvenes y sus amistades y que promuevan una prevención, basada no tanto en la separación y el desconocimiento, sino en la «no necesidad de consumir», en el apoyo de las redes primarias (un recurso fundamental con el que cuenta la comunidad y del que no hay que prescindir) o en la proximidad económica, cultural y espacial de actividades alternativas. No se trata de acudir a soluciones tópicas, pero tal vez el desarrollo de propuestas de ocio es fundamental. Un ocio que no tiene por qué ser caro por definición o que no debe basarse exclusivamente en solicitar subvenciones a las administraciones públicas, pero que en caso de que sea necesario, sí debe ser subvencionado (como parte del gasto que el Centro debe destinar al mantenimiento de la estabilidad de la Periferia). Un ocio no dirigido a sectores cerrados de jóvenes, sino que «garantice» la relación de grupos distintos (gitanos, porreros, chicas...) y no sólo a los sectores ahora asociados, porque se trata de cohesionarse ante elementos que afectan a todos ellos.
- Parece fundamental la mejora de la línea de autobuses, que reduce su frecuencia durante los fines de semana y no satisface las necesidades de los jóvenes, especialmente en fiestas y en los fines de semana por la noche.
- Debería abordarse la cuestión de la policía, atendiendo a la demanda de optimizar su labor, de manera que pueda rebasarse la vivencia que se tiene actualmente de ella como un cuerpo inútil con la única función de incordiar. Tal vez los policías no puedan actuar directa y eficazmente contra la droga, pero sí pueden hacerlo en determinadas ocasiones: acoso, atentados contra la propiedad, etc.(en los que parecen no hacer nada), o, simplemente, no molestar solicitando el carnet o

cacheando a jóvenes del barrio que conocen perfectamente y que saben que ni llevan ni consumen droga.

- Sería deseable una mayor apertura-respuesta por parte del Colegio a las necesidades del barrio, abarcando cuestiones o meramente académicas, potenciando ese mundo tan amplio que es la Educación Informal, ampliando el número de actividades y grupos a los que van dirigidas.
- Y, finalmente, pensamos que sería muy interesante incrementar el conocimiento del barrio por parte del resto de la ciudad. Que los que vayan allí, no sea sólo para «comprar» o para hacer Trabajo Social, sino que también se organicen actividades abiertas a los jóvenes de la margen derecha. Se requiere un mayor contacto entre las asociaciones juveniles. Ello implica facilitar relaciones de dentro a fuera y de fuera a dentro, de modo que, el salir del barrio, no signifique escaparse o renunciar a él, sino conocer más.

Los finales felices no existen. Hay muchísimo por hacer y hay cosas que desconocemos; y, lo que es peor, que nunca llegaremos a tener. Pero, a pesar de todo, el habernos planteado todo esto, es el comienzo de algo...

La tercera edad

Rubén Rodríguez Martínez

El grupo de personas mayores es minoritario en el Barrio Buenos Aires, como cabía esperar, dada la fecha de creación del mismo y el componente poblacional que allí se trasladó, como ha sido puesto de manifiesto en los primeros capítulos. Los pocos ancianos han creado recientemente una asociación, en la que realizan algunas actividades: gimnasia, juegos recreativos, etc. Cuando son entrevistadas, estas personas mayores coinciden en la situación de malestar y en los mismos temas con el resto del barrio: los gitanos y la droga. Incluso algunos manifiestan también el deseo de abandonar el barrio si pudiesen.

Al parecer, el cambio de residencia para estas personas ya mayores no fue traumático. Allí encontraron un piso confortable y sus contactos con el exterior se realizan fundamentalmente a través de los Servicios Sociales o de la Cruz Roja. La distancia respecto al centro sí hace que los ancianos monten sus estructuras y sus propias redes en el propio barrio y que, en este sentido, apenas tengan relación con otra gente de su edad fuera de allí. Además, la estructura física del barrio favorece el intercambio generacional, lo que se

advierte en el hecho de enfrentar problemas comunes que crean referencias comunes, aunque la participación de este colectivo en actividades sociales es mínima.

Poco más puede decirse de este colectivo, sin apenas presencia en la vida asociativa ni social del barrio, y dependiente, sobre todo, de los poderes públicos y servicios sociales.

Voluntariado y acción social

Luis-Alberto del Rey Poveda

En el barrio se identifican, como ha sido señalado, determinados actores que están realizando una serie de tareas y funciones para el conjunto de la población:

- El CEAS (Centro de Asistencia Social). Se trata de un Servicio dependiente de la Concejalía de Servicios Sociales del Ayuntamiento de Salamanca, que funciona diariamente en el barrio. Este Centro está atendido por dos personas, un trabajador social y un animador comunitario. Las tareas que normalmente realizan son las de tramitación, gestión y concesión de ayudas que asigna el ayuntamiento, a la vez que la dinamización del barrio. Se trata, pues, de un tipo de agente de apoyo institucional y profesional.
- Cruz Roja. Esta Organización No Gubernamental viene realizando una labor de apoyo al barrio, generalmente los fines de semana, con actividades destinadas generalmente a niños. Su labor es de tipo voluntario; no reciben por ello remuneración alguna. Los componentes de esta organización son agentes externos al barrio, que se trasladan allí para realizar sus actividades.
- Finalmente, Cáritas. Otra Organización No Gubernamental que, de manera desinteresada, viene realizando actividades con la población joven del barrio. Igual que los componentes de Cruz Roja, los voluntarios de Cáritas proceden de otras zonas de la capital, si bien en el grupo se encuentran integrados jóvenes del barrio.

Además de estos tres elementos «institucionales», el voluntariado y la acción social en el barrio están -como ya se ha ido explicitando- muy mediatizados por el factor religioso o, para ser más explícitos, por la actividad de la Parroquia Católica. La Iglesia Evangélica -a la que pertenecen en su mayoría los gitanos del barrio- únicamente contempla entre sus funciones el apoyo espiritual para sus miembros. Pero en torno a la Parroquia, y desde ella,

se mueven grupos de acción (jóvenes, mujeres) que desarrollan una importante tarea dinamizadora. Es interesante, por tanto, que atendamos en este capítulo, al discurso de los habitantes del barrio sobre estas dos entidades religiosas y sobre los agentes sociales del voluntariado, en general.

La Iglesia Católica aparece siempre en las entrevistas vinculada a la llegada del nuevo párroco, hace ahora algo más de un año, destacando su compromiso con los problemas del barrio.

«El cura que tenemos es una maravilla, sí, sí. Está con la juventud trabajando muchísimo a nivel de parroquia y a nivel de todo» (vecina).

Los grupos que funcionan en torno a la parroquia son, a la vez, los más dinámicos, y están compuestos únicamente por payos, lo cual, indirectamente, quizás colabora a la separación entre las dos etnias del barrio. En un primer momento, el párroco ejerció una función de liderazgo, ejerciendo una labor gestionista cerca de las instancias de poder, y canalizando las demandas. Más tarde, a iniciativa del mismo párroco, se han ido unificando las acciones de los distintos grupos y asociaciones, para formar, como ha sido ya expuesto, la Asociación Cultural «Buenos Aires», incluyendo, en esta interrelación, a los agentes del voluntariado externo. De las reticencias que este protagonismo de la Parroquia genera ya se ha comentado en páginas anteriores.

La Iglesia Evangélica, por su parte, es vista generalmente como algo vinculado a la etnia gitana. Su actividad se reduce al culto; no tiene incidencia en el ámbito social ni relación alguna con los grupos y asociaciones. Para los vecinos, quienes participan en la comunidad evangélica no son, por lo general, gitanos conflictivos. Por otra parte, las relaciones de esta comunidad espiritual con las instancias de poder parecen ser inmejorables, canalizándose a través de la Asociación Gitana de Salamanca. Hay que decir, sin embargo, y a tenor de las declaraciones de los dirigentes de ambas entidades, que éstas sólo llegan a una pequeña parte de la comunidad gitana (generalmente, a los que no están vinculados al negocio de la droga). Otra cosa son los canales de comunicación informal dentro de la etnia gitana, que son los que, probablemente, hacen que dicha comunidad se muestre al exterior como muy cohesionada.

Los demás agentes de apoyo reseñados (CEAS, Cruz Roja y Cáritas) reciben una valoración desigual por parte de los vecinos, destacando las apreciaciones negativas acerca de su funcionamiento. Respecto al CEAS, al tratarse de un órgano administrativo y gestionar las demandas de la gente, concita toda serie de descontentos que nacen de la actitud

clientelista que los vecinos adoptan frente al él. Sobre todo los payos arrecian en la crítica, al sentirse discriminados con respecto al colectivo gitano.

«Yo iba a la asistente social y a mí no me han dao nada... cuando he visto que a ellos les daban vales y a mí no me los daban» (vecina paya).

Por lo que toca a Cruz Roja y Cáritas, se les ven como entidades paternalistas, se acude a ellas con ánimo igualmente clientelista y se tiende a ver la prestación de ayudas que otorgan como si fuese una obligación.

«La Cruz Roja dice que atiende a todos, pero es que no le quieren dar, porque no quieren, aunque sí han dado mucha comida y mucho de todo» (vecino).

En general, podría decirse que las organizaciones de apoyo no llegan a todos los vecinos y, desde luego, no parece que la presencia de estos agentes de apoyo contribuya a la formación de identidad barrial, dada, sobre todo, su orientación sectorial y específica a determinados ámbitos de vida. Estos problemas de identidad y de creación de tejido social sí están presentes de modo claro en el voluntariado que se mueve en torno a la Parroquia; incluso pueden estarlo también en las personas concretas que forman parte de las instituciones de apoyo, pero el carácter «institucional» de las mismas despierta en los vecinos reacciones de otro tipo, como las descritas. Nuestra percepción es que, siendo encomiable la presencia de voluntarios que acuden a colaborar desinteresadamente en la mejora del barrio, al ser todos payos y no alcanzar, en su acción, más que a los payos, su aportación deviene un elemento de escisión más entre las dos comunidades. Por otro lado -y como ya se ha explicado en el capítulo dedicado a los jóvenes- el hecho de que la mayor parte de actividades vengan propuestas desde la Parroquia o desde grupos vinculados a ella, provoca en muchos un cierto rechazo o desánimo a colaborar.

Las Instituciones y el Barrio

José Miguel Silva Trigo

En este apartado se intenta un recorrido por el conjunto de entidades u organismos que pretenden garantizar la prestación de los más elementales servicios sociales a la población, y a los que llamamos, genéricamente «Instituciones». Sucintamente, atenderemos a la percepción que en el Barrio de Buenos Aires se tiene acerca de las siguientes instituciones: Junta de Castilla y León, Ayuntamiento, Políticas de asignación y distribución de viviendas, Asociaciones, Policía, Colegio, Servicios Sanitarios e Iglesia.

Junta de Castilla y León

Es notable la coincidencia en la opinión de que la Junta procede con un trato diferenciado a gitanos y payos, en favor de los primeros, lo que provoca un malestar entre los payos al sentirse discriminados. Por ejemplo, critican repetidamente la concesión de una paga de cuarenta mil pesetas durante dos años, aun viendo que tienen dinero, coches, etc., mientras hay gente en el barrio que necesita esas ayudas con más urgencia y no las percibe. Además, según los vecinos payos, los gitanos tienen la ventaja de no declarar posesiones o bienes y son objeto de un menor control por parte de la Junta en estos temas. Se sabe que la Junta es una Institución con un papel importante que desempeñar, pero se la ve como algo distante y apenas se entra, en realidad y en concreto, en cómo realiza sus funciones.

Ayuntamiento

También aquí las críticas van por el asunto de las ayudas municipales, acerca de las que existe descontento en cuanto a su destino, distribución y tardanza en materializarlas. Entre los mayores de 60 años encontramos una satisfacción generalizada acerca de la gestión del gobierno municipal; únicamente se incide en cierta dejadez en los temas de limpieza, recogida de basuras, desratización, etc. Y, desde luego, el Ayuntamiento tampoco se libra del malestar provocado por la presencia gitana:

«Han estropeado el barrio; si no, sin gitanos estaríamos divinamente. También hay algún payo que tampoco estaría mal que se fuera ¿eh?» (Vecino).

Los jóvenes responsables de familias no tienen ninguna sensación negativa respecto al Ayuntamiento. Incluso se sienten agraciados por el trato que les brinda la Institución. La prensa, por su parte, alberga el sentimiento de que, tanto la Junta como el Ayuntamiento, dilapida el dinero, «poniendo parches» a los problemas. Por otra parte, abogan por una liberalización del número de concejales, para que existan concejales de barrio.

Política de vivienda

Los más conformes son, de nuevo, los jóvenes responsables de familias, quienes estiman que los pisos son muy buenos, razón por la que sigue mereciendo la pena vivir en el barrio:

«Ya no se construyen pisos de 80-100 metros como los de aquí. No se pueden comparar» (vecinos).

El resto de la gente es más crítica con el Ayuntamiento y se queja del tratamiento discriminatorio al asignar las viviendas:

«El Málaga [apellido del alcalde] se pegó una pasada... Nos metió un montón de familias gitanas aquí... En otros barrios meten una parte proporcional... Aquí nos endosó tres bloques de gitanos» (vecinos payos).

Algunos, sin embargo, consideran que las viviendas tienen muchas averías y fueron construidas sin salida de gases, etc.

También los miembros de las asociaciones consideran que fue un error la distribución de las viviendas, que provocó una acumulación de familias gitanas en unos pocos bloques; creen, además, que tal cosa se hizo de forma intencionada.

Asociaciones

La Asociación Gitana es, para uno de los líderes, el canal para acceder a las ayudas sociales, lo cual hace que la mayoría deje los asuntos en manos de la Asociación. El CEAS, por su parte, es percibido como el más representativo de los organismos institucionales. Sin embargo, algunos líderes juveniles desconocen el verdadero papel del CEAS, y se lamentan de que no les llegue ninguna información. Para algunos, los agentes de apoyo de este Centro son demasiado benevolentes con los gitanos:

«Van al asistente social y... toma un vale de 2.000 pesetas, toma un ese de tal, toma un ese de cual... y hay muchos payos que los están pasando mal de verdad» (miembro de una organización).

Esta idea de que los asistentes sociales priman al gitano parece extendida en el barrio. Se les ve, además, como trabajadores «de despacho», insensibles, que no se preocupan de investigar las verdaderas necesidades y situaciones reales:

« A los asistentes sociales yo les pongo un cero, porque a nivel de que se informen como se tienen que informar (están en el despacho y punto) no se informan. Sólo dan a los que vienen pidiendo... a la gente que viene toda desastrosa

de ropa, maloliente y mal todo, la ayudan, y a las personas que vienen... decentemente a pedir, no» (vecina adulta).

Respecto a la Asociación Cultural «Buenos Aires», casi todos coinciden en considerarla fundamental para el futuro del barrio y reconocen la conveniencia de su creación, para aunar fuerzas y trabajar juntos.

Policía

En general, en el barrio se critica fuertemente la labor de la Policía. Algunos no entienden su continua presencia, mientras otros la consideran insuficiente, pero, aparte de las disensiones sobre el volumen de efectivos policiales, lo que se critica es su ineficiencia e incapacidad. Los yonquis controlan el horario de la policía, que permanece por allí durante el día, generalmente. Y, como ya se ha señalado, la gente se queja de los registros y peticiones de documentación a personas que nada tienen que ver con la droga, factor éste que conocen los propios policías. Algunos vecinos no dudan en afirmar que muchos policías están implicados de algún modo en el comercio de la droga; repiten que es muy difícil acabar con este asunto porque «hay intereses muy altos». La prensa, por su parte, juzga necesaria la creación de «comisarías de barrio».

Este es el sentir general hacia la actuación de la Policía. Algunos van más allá: se quejan de que la Policía privilegia a los gitanos, aduciendo como razones que, o bien, éstos les sobornan, o bien tienen las manos atadas por autoridades más altas. En este mismo sentido, se acusa a la Policía de ser cobarde e incitar y fomentar el miedo a los gitanos, con lo que cortan las alas a la colaboración ciudadana.

Colegio

La opinión acerca del Colegio y la tarea que desempeña está bastante dividida. Para muchos, la utilidad del Colegio es que los niños no estén en la calle, más que proveer de una educación. Para la mayoría, sin embargo, el Colegio desempeña una tarea formativa y educativa importante y necesaria; y hablan bien del profesorado. El factor niño-gitano se introduce aquí para extender la sensación de que éste, con su absentismo habitual, frena el nivel académico del resto.

Los responsables del Colegio, por su parte, destacan la conservación material del mismo, pero están de acuerdo en señalar como problema el absentismo escolar de los niños gitanos, problema que, por los demás, es común a otros colegios de otros barrios:

«El tema grave que tiene el colegio es el del absentismo escolar en la comunidad gitana, que no es en este colegio sólo, o sea, no es por el barrio (...) Lo que ocurre es que pensando en positivo, antes los gitanos no iban a la escuela. Hemos conseguido que vayan, aunque falten tres días de cinco, o que vengan sólo por las tardes y por la mañana no. Hay que pensar que a los mejor en unos años llegan a ver la escuela como algo normal» (Orientadora del Centro escolar).

Como ya se ha indicado, muchos padres llevan a sus hijos a otros colegios, pero en esta decisión, al parecer, influye mucho el que el Centro del barrio no cuente con servicio de comedor.

El fracaso escolar que aparece para muchos en BUP y FP se debe en buena parte a las condiciones sociales y económicas del barrio. En este sentido, se afirma que el Colegio está en situación «especial» por su marginación, y que se ve afectado por la problemática del barrio, pero al mismo tiempo se dice que tiene problemas similares a otros colegios. El objetivo principal es ahora que los escolares no fracasen. Pero el colegio tiene cada vez menos niños. Y se apuntan soluciones:

«Pienso que el Colegio tenía que tener otro aire (...), lo único que imparte es cultura (...) Yo, en este colegio, pondría jornada única, comedor y, además, todas las tardes actividades. Iba a ser el único reclamo que tuviera el barrio, iba a estar lleno» (Orientadora del Centro escolar).

Servicios Sanitarios

Encontramos un malestar e insatisfacción general ante el tema de la sanidad. Aunque algo ha mejorado en los últimos tiempos, sigue siendo un absurdo para muchos tener que desplazarse a otros barrios para las consultas. En el Centro de La Salle hay largas colas, según los vecinos, por incompetencia de los administrativos. Un grupo de vecinos se queja de que el consultorio es vergonzoso, de la inexistencia de especialistas y de una cierta descoordinación institucional, que hace que, contando con una línea de autobúas hasta el Clínico, tengan que ir hasta el barrio de Pizarrales para la consulta a determinados especialistas.

Echan de menos también la existencia de una farmacia en el barrio.

Iglesia

Ya ha quedado mostrado cómo la gestión del párroco católico es, generalmente, bien evaluada por los vecinos del barrio. Cuando los vecinos del resto de la ciudad opinan sobre este tema, hablan de que la Iglesia «ha perdido terreno» y tiene que recuperarlo saliendo a la calle y, en el caso, participando en las asociaciones del barrio; hablan de la conveniencia de curas «no eclesásticos». Por eso, es importante señalar que, en la percepción de los vecinos, incluso de los agentes de apoyo, no es tanto la Institución eclesástica la que merece el aplauso, sino las personas (párroco, equipo de la parroquia, voluntarios) que encarnan, en el barrio de Buenos Aires, dicha Institución.

Conclusión

En definitiva, la demanda predominante en el barrio acerca de los entes institucionales es que «cumplan con su trabajo», y ello abarca, no sólo a las Instituciones aludidas, sino a los servicios más cotidianos: jardinería, herrerías, transporte, parques, organización de las fiestas de la ciudad, taxis, y hasta la misma justicia. Se tiene la impresión de que se ha diseñado y programado la construcción de un barrio y luego se han desentendido de él, lo que, a muchos, les ha llevado a su vez a desentenderse de sus obligaciones económicas para con la Administración.

Los representantes de los medios de comunicación entrevistados también son proclives a pensar que el origen de los problemas de Buenos Aires está en las propias instituciones: barrio «artificial», alejado, etc.

Los vecinos dicen que las autoridades gubernativas sólo reaccionan cuando ocurren casos realmente graves, lo que les hace pensar -como ha sido apuntado ya en varias ocasiones- que hay responsables públicos que están implicados en el tráfico de droga; esta opinión se ve reforzada al observar la permisividad que se tiene ante el impago de las cuotas de vivienda por parte de los gitanos. Parece obvio que todo este cúmulo de percepciones favorece el distanciamiento entre ambas comunidades.

Horizontes de futuro

Luis Feroso Laplana

No pretendía este estudio quedarse en el conocimiento del pasado y presente del Barrio de Buenos Aires. Intenta además -y a ello procedemos en este apartado- explorar las perspectivas de futuro que parecen delinear para esta comunidad barrial con la que hemos

Desde fuera del barrio, el futuro de Buenos Aires es algo que no preocupa demasiado; se habla del reforzamiento de las asociaciones para conseguir cosas del ayuntamiento, de la Junta... y otras conductas clientelistas de tipo similar, amén de compartir la idea de expulsión de los gitanos como condición necesaria para poder pensar en un futuro diferente («Que les den un barrio aparte, porque no pueden vivir con los payos», vecina de la ciudad). Una postura más «cualificada», también desde fuera del barrio, podría ser la de los profesionales de la información; éstos coinciden en proponer la activación del asociacionismo vecinal, para lo cual juzgan necesario el contar con «líderes de barrio». También hablan de la mejora de infraestructuras de ocio «para evitar la atracción de la plaza mayor» (sic); y, como ya se ha indicado, ven muy conveniente la creación de los «concejales de barrio», como coordinadores y comunicadores con el Ayuntamiento, en el objetivo de integrar los barrios con el resto de la ciudad.

Ideas de futuro, por tanto, diversas, en función de los sentimientos y de la implicación social de cada cual. Sí habría que resaltar algo, como final: la idea de abandonar el barrio es más voceada que realizada. Y aquí parece ser un factor definitivo el de la calidad de los pisos (en el resto de la ciudad no van a encontrar nada similar). Cabe pensar que la citada calidad de los pisos haya formado parte de la política de vivienda que llevó a la creación del Barrio de Buenos Aires: dotar a un barrio periférico, con el componente poblacional que le destinó, de un lazo importante que impidiera la movilidad futura: la calidad de la vivienda.

CONCLUSIONES

Cuando la Asociación Cultural de Buenos Aires propuso la realización de esta investigación tenía muy claro que el barrio estaba enfrentando graves problemas, y que era necesario conocerlos en toda su profundidad para poder abordarlos de la mejor manera posible. La primera constatación que la mayor parte de los vecinos hacen es que en el barrio no reina un «buen ambiente», en el sentido de que la convivencia se viene deteriorando día a día como consecuencia de la venta masiva de droga en el barrio.

A lo largo de los capítulos anteriores hemos intentado explicar la situación social que se observa en el Barrio de Buenos Aires. Y, efectivamente, se comprueba que la convivencia

ello, la solución que ven más cercana, en cuanto las posibilidades económicas lo permitan, es abandonar el barrio, solución en la que juega un papel fundamental el futuro de los hijos («sacar a la familia» de allí). Abandono, pues, como única solución de futuro, para el sector no implicado en asociaciones; o sea, para el sector mayoritario de habitantes del barrio, que no confía en absoluto en que los poderes públicos puedan, o incluso quieran, arreglar el problema. Dentro de este sector, los mayores apuntan a un futuro barrio envejecido, ya que los jóvenes con responsabilidades familiares (personas en torno a los 28-30 años) comparten, por lo general, las posturas y los sentimientos que acabamos de sintetizar, mientras que para los más jóvenes (18-25 años) no integrados en asociaciones tampoco representa ningún futuro interesante seguir viviendo en el barrio, sobre todo para las chicas.

Las personas que *participan en asociaciones* reconocen, como es obvio, la situación problemática que los demás describen, pero se diferencian en el modo de interpretarla y, desde luego, en la forma de lucha que habría de llevar a la construcción de un futuro mejor. Aunque no puede hablarse de una posición absolutamente homogénea, dentro de este sector encontramos una visión más «integral» de los problemas y, consecuentemente, de las soluciones. Concretamente, en este sector encontramos un discurso de futuro que pasa por el replanteamiento de algunas cuestiones de infraestructura barrial, por tender puentes «socioculturales» entre el barrio -aislado- y el resto de la ciudad, por invertir en cultura participativa, por el establecimiento de comedor y puesto sanitario... En definitiva, por cultivar «otro espíritu», que, al fin y a la postre, genere una identidad de barrio «en positivo». Está claro que este tipo de soluciones dependen grandemente de las ayudas de la Administración, con lo cual, de modo casi inevitable, se entra en un comportamiento clientelista que, para muchos, es negativo, aun si difícilmente evitable. Para algunos miembros de este sector «asociado», cada vez menos personas abandonan el barrio, pero lo achaca a una suerte de resignación que se va apoderando de la mayoría. Son conscientes las personas que componen este sector de población de que su idea de futuro no se materializa de modo inmediato, sino que está constituida por acciones que sólo dan fruto a medio y largo plazo, dentro de un proceso lento y gradual. En resumen, este sector intenta mantener posiciones más serenas, en las que lo fundamental es, también, la unión y la movilización, pero sin el componente «agresivo» y de radical enfrentamiento que parecía alentar en la población no vinculada con el movimiento asociativo. Desde las asociaciones se elaboran políticas de acción diferenciadas según grupos de edad, pero regidas por la idea de «educar en la participación», como idea básica. En ello coinciden los jóvenes asociados, que son los menos, y cuyo papel -en el seno de su grupo de edad- es aún más difícil, debido a la atonía predominante y a la imagen externa.

Sin duda, todos estos elementos influyen en que un barrio adquiriera una fama no deseada por sus habitantes, pero la pregunta, en el caso de Buenos Aires, es si son éstos los únicos factores, e incluso si son los más importantes, que inciden en la marginalidad del barrio y dificultan la convivencia entre los vecinos. Creemos que no.

Encontramos entre los vecinos de Buenos Aires el deseo de identificarse con un barrio obrero, de trabajadores. Ese sería su grupo de referencia, que se asimila con una situación social positiva, de «normalidad» (de integración social), e incluso con una cierta idea romántica de la vida en los barrios y de sus habitantes. Para la mayoría de los vecinos, la nueva vivienda recibida en Buenos Aires supuso una clara mejora en sus condiciones de vida. Representó una notable mejora social y un paso para alcanzar una calidad de vida en equidad e igualdad con todos los demás ciudadanos. Las características socioeconómicas de estas personas (muy bajos ingresos, pobreza, desempleo, etc.) cuando llegaron al barrio y la precariedad de su vivienda anterior, les situaban en los últimos estratos de la sociedad. Quien observa el barrio comprueba, como han ido expresando los autores de los capítulos precedentes, que se trata de un barrio relativamente nuevo, bien urbanizado, con unas viviendas de buena calidad en términos generales¹⁵, con infraestructuras sociales y educativas (un colegio, un polideportivo, piscinas, locales sociales, iglesia, etc.), que no ha sufrido un proceso visible de deterioro (pintadas, etc.), sin problemas de contaminación medioambiental, y que cuenta con el apoyo de distintos tipos de subsidios que benefician a las personas con mayores necesidades económicas. Todos estos elementos constituyeron un avance en sus aspiraciones de vida, ayudaron a sustentar la identidad deseada por sus vecinos y a afirmar su integración dentro de la sociedad salmantina.

Por este motivo, los primeros años de vida en el nuevo barrio suscitan en los vecinos buenos recuerdos, llenos de armonía, con buena convivencia y donde los problemas parecían no existir, incluso la distancia que separa al barrio de la ciudad no parecía tan grande. Efectivamente, vieron solucionado un problema gravísimo que tenían, el de la vivienda, pero esto no significó que todos sus otros problemas, no menos graves, hubiesen quedado solucionados. El desempleo y los problemas económicos les seguían afectando¹⁶, a pesar incluso de que en aquellos años el país vivió momentos de un gran crecimiento

¹⁵ Los varones, principalmente, critican algunos defectos de construcción que presentan las viviendas: humedad, falta de salida de gases, averías, etc.; e intentan utilizar estos argumentos para justificar un supuesto derecho a no pagar las viviendas hasta que no se solucionen. En comparación con las mujeres, los varones reconocen más las dificultades económicas por las que atraviesan, hablan más en términos de «injusticias y, en ese sentido, su discurso es mucho más ideologizado.

¹⁶ Un altísimo porcentaje de los vecinos suelen tener problemas para pagar la luz y el gas (dándose casos de cortes de suministro), además de la vivienda. La gravedad de la crisis económica, no obstante, no ha llegado al punto de que tenga repercusiones en la alimentación básica de la familia.

en el barrio no sólo es que se encuentre en la parte final de un proceso de progresivo deterioro, sino que resulta muy dura y muy difícil para muchos vecinos. Como señalamos, la tendencia es a echarle la culpa de todos los males, casi a partes iguales, a la opinión pública (representada en los medios de comunicación) y a la venta de drogas. Para nosotros, sin embargo, tras la investigación realizada, el problema de la droga, aún siendo un problema muy grave, es tan sólo la punta visible de un iceberg. Si suprimimos o quitamos dicha «punta», inmediatamente salen a la superficie otros problemas que permanecían ocultos a una mirada que abarca sólo lo más palpable y tangible. Ya sabemos que hoy en día los problemas relacionados con la droga afectan a los más diferentes sectores sociales y se hace presente en múltiples espacios; sin embargo sus manifestaciones son muy distintas. De ahí la necesidad de profundizar en el análisis del *contexto* donde estos problemas se dan, y en las connotaciones a ellos asociadas.

En el caso particular del barrio de Buenos Aires, creemos que una de las claves fundamentales para poder entender el malestar que la venta de droga provoca en la comunidad, está en el sentimiento que los vecinos tienen de estar viviendo en la marginalidad, de estar excluidos de la sociedad que les sirve de referencia. Los vecinos quieren ver en la venta de droga que se realiza en el barrio la causa de esta marginación social que sienten por parte del resto de la ciudadanía a través de los medios de comunicación y en el trato con el resto de los salmantinos. Su preocupación con respecto a la venta de drogas no es tanto «moral», o exclusivamente motivada por el hecho de que haya un número determinado de familias que tengan algún miembro adicto a estas sustancias¹², y que como consecuencia de ello tengan que enfrentar numerosos problemas adicionales y sientan un gran dolor. Esta es, es cierto, una preocupación que está muy presente, pero se ve sobrepasada por otra que tiene que ver más con la mala imagen social que da al barrio el que se le identifique por la venta de drogas, en el continuo transitar de drogodependientes de toda la ciudad que van a comprar (e incluso en ocasiones a inyectarse) sus dosis allí¹³, y en los molestos registros e identificaciones que la policía realiza continuamente a todo tipo de transeúnte que ingresa en el barrio¹⁴, con el supuesto objetivo de controlar el flujo de la droga:

«En el barrio parecemos todos delincuentes... que todos vendemos droga» (Vecino)

¹² Después de contrastar la opinión de varios vecinos, creemos que en Buenos Aires residen unas seis personas que son drogodependientes. El consumo ocasional o más o menos distanciado de estas sustancias está bastante más generalizado.

¹³ Frente al problema de la droga se observan actitudes algo diferentes entre hombres y mujeres. Las mujeres tienden a tener una conducta «protectora» hacia los drogadictos, a quienes ven como una víctima de los que venden la droga. Los varones, en cambio, tienden a ser menos transigentes con ellos.

¹⁴ A los registros se añaden las molestias de las llamadas a media noche de drogadictos que se equivocan de vivienda, las jeringuillas por cualquier lugar del barrio, el miedo a ser asaltados, etc.

trabajado. Lo primero que hay que decir es que el horizonte de futuro, para quienes allí viven, está condicionado por el grado de implicación que unos y otros tengan con ese mismo futuro; o, dicho más llanamente, por el «sentimiento de barrio» que unos y otros mantengan. Junto a esta primera diferenciación existe otra, fundamental para interpretar los discursos: se trata de saber quién habla (payo, gitano; vecino participante en asociaciones, vecino no participativo; varón, mujer; joven, adulto, anciano; agente social del barrio, agente de apoyo de fuera del barrio...). Con ello, los análisis y las posibles lecturas se multiplican notablemente.

Hay algo común, además de obvio: el futuro del Barrio de Buenos Aires es percibido por todos como difícil y problemático. La visión es, fundamentalmente, negativa. Hay un fondo de pesimismo a la hora de pensar en el mañana. Pero, sobre ese fondo, hay, sobre todo en los grupos más activos, una esperanza viva en poder transformar las cosas. La primera respuesta es siempre fatalista, pero, enseguida se introducen matizaciones, que son las que nos permiten pensar en la existencia, aun si mínima, de una «conciencia de grupo» o de tenue «identidad», construida -como ya ha sido puesto de manifiesto- *frente a* la imagen que el barrio tiene fuera, para protegerse, precisamente, de esa imagen.

A estas alturas es, seguramente, superfluo constatar que, para la inmensa mayoría, las posibilidades de futuro del barrio pasan por la solución al problema de la droga. E igualmente reiterativo es el señalamiento de que, estando tan asimilado en el barrio el binomio droga-gitano, los conjuntos de acción posibles de cara al futuro incluyen la solución al problema de convivencia entre las dos comunidades étnicas del barrio.

Entrando, con algo más de pormenor, en el carácter del informante, sintetizaremos el discurso de futuro del habitante *no participante en asociaciones* ni vinculado a instituciones. Los gitanos, grupo desencadenante de los problemas del tráfico de drogas y que no comparte reglas ni normas de convivencia, es, para este sector, el tema estrella para poder hablar de futuro. Las opiniones y manifestaciones, incluso textuales y muchas de ellas notablemente violentas y agresivas, acerca de este asunto han sido recogidas a lo largo de estas páginas. Percepción, por tanto, negativa, a la que se añade frecuentemente la necesidad -como única vía- de «organizarse» (por más que, en boca de muchos, tal «organización» adopte formas más puramente ofensivo-defensivas que de construcción positiva de realidades: «si nos ponemos todos en el barrio, salen todos los gitanos echando hostias»; «aquí, como no se corte por lo sano vamos jodidos»; «siempre son los mismos»). Este sentimiento está provocado por la ya citada convicción de que, si las cosas siguen igual, el futuro de Buenos Aires es convertirse en una barriada gitana. Pero, en la inmensa mayoría de los casos, tales declaraciones no pasan de ser expresiones verbales de un sentimiento de impotencia. Por

económico; con ello, no llegan a asumir completamente aquella identidad de referencia deseada, en la medida en que, tanto implícitamente (desde dentro de su realidad diaria) como explícitamente (desde la mirada del resto de la ciudad), son conscientes de ser uno de los barrios con peores indicadores sociales, y que presenta más problemas y conflictos. A medida que pasa el tiempo, esa satisfacción que representó la llegada a Buenos Aires va dejando de ser tal, los antiguos problemas que les afectaban se acentúan por los efectos de la crisis económica (el desempleo, los bajos ingresos), y el tema de la droga, en consecuencia, también se agudiza.

En otro frente, las diferencias en la situación económica entre los vecinos (aunque no sean muy grandes) dificultan la convivencia y la constitución de un mayor número de redes sociales dentro del barrio, dado que éstas se suelen establecer entre iguales. La situación de igualdad pudo estar más clara al comienzo de llegar al barrio, pero con los años las diferencias comienzan a aparecer. La influencia de la sociedad de consumo ha llevado además a que muchos vecinos intenten vivir por encima de sus posibilidades, animados por esta ideología consumista y por el afán de aparentar más que el vecino. Si observamos con más detalle las redes en las que se integran los gitanos del barrio vemos que este fenómeno se produce de la misma manera, aunque con algunas matizaciones asociadas a su cultura. Al mejorar la situación económica de algunos de estos gitanos con la venta de las drogas, las diferencias van a incidir en la propia convivencia.

Como decíamos en la introducción, la «pobreza» pasó a tener un techo y un lugar donde ocultarse para ser menos visible, pero no desapareció. En este sentido, afirmábamos que la política social y, en particular, la de vivienda, no supo resolver el problema fundamental que afectaba a estas personas y que no era otro que el de ser personas con dificultades económicas, educativas, culturales, étnicas, etc., para integrarse plenamente en la sociedad. Queda demostrado una vez más que las políticas sociales «viviendistas» fracasan en el objetivo de lograr la integración de sus sectores más desfavorecidos. La vivienda por sí sola no es una garantía de solución a los problemas de marginación social; puede suceder incluso, como en este caso, que a medio y largo plazo estas políticas manifiesten efectos perversos y acentúen la marginación de algunos grupos y colectivos sociales. Aunque, también es cierto, si lo que se pretendía ante todo era concentrar y aislar la marginalidad de Salamanca eso se ha logrado; la buena calidad de las viviendas y no ejercer una presión sobre los recibos de las viviendas sin pagar, ha servido para que la gente no abandone el barrio una vez se les ha trasladado allí. Ir a vivir a las viviendas sociales construidas en Buenos Aires ha acabado teniendo una serie de consecuencias negativas para las personas que se beneficiaron de esta política de vivienda. En concreto, y como se ha ido

mostrando a lo largo de nuestro estudio, los errores más gruesos de concepción técnica y política que se cometieron en este barrio responden a cuatro tipos de segregación.

- *Segregación física* . Buenos Aires es un barrio periférico, aislado y un espacio sin identidad; lo cual a su vez influye para marcar no sólo distancias físicas, sino también simbólicas y psicológicas con el resto de la ciudad. Vivir allí va a suponer una ruptura en la integración física y social que de alguna manera tenían sus habitantes en la ciudad de Salamanca, a pesar de la limitación que podían padecer por tener un problema de vivienda. En el caso concreto de la población gitana no se tuvo en cuenta la más que probable necesidad de encontrar otro tipo de solución habitacional que se adecuara más a su cultura y costumbres.

- *Segregación social* . La aplicación de esta política de vivienda va a implicar la relocalización de una buena parte de la población con un nivel socioeconómico y cultural más bajo de Salamanca, bien por encontrarse en situación de pobreza, desempleo o contar con unos ingresos reducidos, que la hace ser además una población económicamente dependiente. Si a ello le añadimos que el acceso a la vivienda se realiza de forma individual, y no toma en consideración las redes sociales de cada persona, y que más del 50% de la población trasladada son jóvenes menores de 24 años, el problema del desarraigo y la segregación social se acentúan.

- *Segregación cultural* , en tanto se concentra en el barrio un porcentaje relevante de personas pertenecientes a una comunidad étnico-cultural rechazada socialmente (los gitanos), así como personas que vivían en la marginalidad o se desenvolvían, en ocasiones, en un mundo cercano a la delincuencia.

- *Segregación política e institucional* . No se ha realizado en el barrio una gestión coherente y seria de las ayudas y subsidios (en materia de vivienda, etc.), ni se ha controlado la venta y uso fraudulento de viviendas sociales; en su aplicación ha habido una tendencia a realizar discriminaciones positivas y paternalistas. Tampoco ha habido una preocupación por implantar políticas de empleo y de lucha contra la pobreza (no sólo material, sino también cultural) en una zona que presenta tan graves carencias en este sentido; se ha preferido, en el mejor de los casos, acudir a una política asistencialista de subsidios. Otro tipo de necesidades que presenta un barrio nuevo, situado en la periferia de una ciudad, como son el transporte, la salud o el ocio también han sido minimizadas por unas Instituciones, por otra parte, muy descoordinadas en sus acciones.

Esta disonancia entre lo que una persona desea ser y lo que las circunstancias diarias le muestran que realmente es, produce un conflicto de identidad que en este caso se manifiesta en relación al espacio físico y social del barrio de Buenos Aires. La percepción (consciente o inconsciente), dominante en el barrio, de que para el resto de la sociedad salmantina vivir en Buenos Aires es vivir en la marginalidad (o, en todo caso, en su frontera), produce el más rotundo rechazo en las personas que se sienten parte de una sociedad (sujetos de derechos y deberes) y buscan el ascenso social dentro de ella. Por ese motivo resulta insultante para los habitantes del barrio la referencia al mismo como «Las Malvinas», sinónimo de conflictividad, violencia, falta de orden y, en definitiva, de marginalidad. Se expresa, igualmente, en la existencia de un sentimiento generalizado de no encontrarse a gusto en el barrio, y en la tendencia a querer ocultar (negar) la situación social que se vive frente al resto de la ciudad. Hacer lo contrario sería tanto como reconocer su marginación, y lo que quieren no es eso, sino ser un barrio más; desean que sus hijos tengan un futuro en la sociedad que se presenta como hegemónica¹⁷. Ante ello se adoptan actitudes diversas, que agrupamos en seis tipos, y que no hay que entender como representativas de grupos-estanco, pues es obvio que una misma persona se manifiesta a través de actitudes distintas, según los momentos y las circunstancias:

- *Vivir en otro barrio*. Las personas que han podido se han ido marchando del barrio. Han aprovechado los años de bonanza económica en España y los subsidios del Estado (vendiendo antes de lo legalmente permitido la vivienda social que se les concedió) para trasladarse a otro barrio de la ciudad, o a alguno de los pueblos cercanos a Salamanca que están teniendo un gran desarrollo urbanístico. Con ello se observa que no es tanto la distancia de Buenos Aires al centro de la ciudad el motivo para abandonar el barrio, sino el intento de vivir con aquellos que forman parte del mismo grupo social de referencia: sectores «trabajadores» que viven en otro tipo de zonas, también periféricas, de la ciudad. Por tanto, contar con una vivienda nueva y con una cierta calidad no es un elemento suficiente para arraigar a las personas a un espacio. El hecho de que las familias que han ido experimentando un ascenso socioeconómico en su situación dejen el barrio, impide que éste vaya enriqueciendo su estructura social con la presencia de personas con distintas condiciones sociales y económicas, lo cual reforzaría su heterogeneidad frente a la relativa homogeneidad social inicial. Es esa homogeneidad, justamente, lo que estaría diferenciando socialmente más (en la actualidad) a Buenos Aires del resto de los barrios de Salamanca.

¹⁷ Pese a los esfuerzos que realizan los padres en este sentido, no está muy claro hasta qué punto logran apartar a sus hijos de la cultura de la marginalidad. Muchas veces los propios jóvenes de Buenos Aires adoptan esa identidad cuando, por ejemplo, presumen de la mala fama del barrio para hacerse respetar.

- *Vivir fuera del barrio* . Significa utilizar el barrio solamente como ese lugar donde se va a dormir. Es la situación de aquellos vecinos que mantienen casi todas sus relaciones sociales con personas que residen en otros lugares de la ciudad, lo que les lleva a trasladar fuera del barrio toda su actividad social, y a desentenderse de lo que pueda hacerse o suceder en Buenos Aires. Esta situación es muy frecuente en el sector de las chicas o mujeres jóvenes. Son personas que intentan reconstruir su red social y su identidad al margen del espacio físico (inmediato) en el que residen. Su filosofía queda reflejada en frases como: «dado que este no es mi sitio, no participo en la vida del mismo», «yo no vivo en el barrio, vivo en mi casa». Aunque también este tipo de sentencias las formulan a veces las personas que viven *dentro del* barrio. Parte de la lógica de estas personas es que la relación con sus convecinos no les ayuda a integrarse en la sociedad, porque tienen tantos o más problemas que ellos mismos.

- *Vivir dentro del barrio* . Muchas personas, por motivos diferentes (económicos, etc.), no pueden construir sus redes sociales y su actividad social fuera de Buenos Aires. Su objetivo se centra en reconstruir redes sociales básicas dentro del barrio. Surgen así diferentes grupos o redes de personas que se identifican por la afinidad que les proporciona la amistad o las relaciones de una familia extensa (Lomnitz, 1975). Son pequeños grupos de iguales (formalizados o no) que, en principio, no quieren saber nada unos de los otros, y en ese sentido representan la atomización y la fragmentación de la sociedad. Las redes familiares entre los gitanos son un buen ejemplo de ello, como los círculos de amistad entre las mujeres, las relaciones de vecindad en torno a las fiestas de cumpleaños de los niños, el grupo de la tercera edad, los evangélicos; pero quizá donde se observa mejor esto es en la proliferación de las «tribus» entre los jóvenes del barrio (porreros, pijos, etc.). Gracias a que los índices de descomposición familiar no parecen muy elevados, la desestructuración social no es tan grande como cabría esperar en un barrio de estas características.

- *Vivir al margen del barrio* . Son las personas que intentan evadirse de todo el cúmulo de problemas y circunstancias no deseadas que les rodean. Para ello se refugian en el alcohol y en el consumo de drogas. Entre la población joven, aunque no sólo, esta situación tiene una relativa importancia.

- *Vivir del barrio* . Son muchas las personas a las que les ha afectado la crisis económica. A unos por los despidos, el cierre de sus empresas o la falta de mercado laboral, y a otros por el control que las distintas administraciones ejercen sobre el sector informal de la economía (venta ambulante, por ejemplo). Ante esa situación no faltan quienes están tentados a sumergirse en el mundo de la delincuencia y de las llamadas conductas desviadas. Si este tipo de conductas ya estaban presentes en el barrio con anterioridad a la crisis, en

estos momentos se acentúan. El peligro que presentan en un barrio como Buenos Aires es extremadamente grave por el altísimo porcentaje de población joven que vive en él. La venta de droga, aunque resulte duro reconocerlo, está sirviendo para atenuar los efectos económicos de la crisis y la presencia de otras formas de delincuencia (robos). Se estima que un 25% de la población del barrio (principalmente gitana, aunque no exclusivamente) puede estar implicada de alguna manera en esta venta. Evidentemente hay un pequeño grupo de personas que con esta actividad realiza un gran negocio, pero muchas otras personas también se benefician obteniendo unos pequeños ingresos por guardar la droga, transportarla, etc., lo cual les permite sobrellevar la situación.

- *Vivir en el barrio* . En este capítulo entra el grupo de vecinos que luchan activamente, en distintos frentes, por mejorar la situación general del barrio, y lograr que éste tenga una identidad positiva. Normalmente lo forman los dirigentes de las organizaciones y las personas más activas dentro de ellas. Las formas que adopta esta «lucha» es múltiple: vía institucional, reivindicativa, autogestionando actividades, etc. Este es el grupo que promueve las actividades sociales dentro del barrio, actividades a las que posteriormente es probable que se sumen algunos de los que prefieren «vivir dentro del barrio».

Tanto entre la población paya como gitana podemos encontrar cada una de estas actitudes. Ni unos ni otros forman grupos homogéneos, aunque así lo exprese la forma de hablar de cada uno de ellos al referirse al otro. Quizás se reconozca con mayor facilidad la heterogeneidad presente en el mundo payo, pero eso no significa que ella no existe también en la comunidad gitana. Como payos, incluso, tendemos a asimilar al conjunto de los gitanos a la población merchera (también presente en el barrio con cuatro o cinco familias), cuando se trata de otro grupo étnico-cultural diferenciado. Si nos fijamos en la naturaleza de los lazos sociales que predominan entre los payos y entre los gitanos, es cierto que podemos observar alguna diferencia significativa; los lazos fuertes tienden a predominar sobre los débiles dentro de la comunidad gitana; esto es, el paso de las relaciones primarias a las secundarias no se ha dado, mientras que en las relaciones que entablan los payos ese paso sí ha comenzado a producirse. Esto hace que la comunidad gitana esté más cerrada en sí misma, adoptando comportamientos (defensivos, solidarios, de ayuda, etc.) propios del hecho de ser una minoría étnica; en cambio, la población paya tiene mayor facilidad para asumir relaciones más plurales y diversificadas con diferentes personas, organizaciones, instituciones, etc. Sin embargo, convendría hacer algunas anotaciones: la tradición y la cultura gitana se están perdiendo en los últimos tiempos entre los gitanos. Es cierto que sigue existiendo una «ley gitana» que reparte la justicia dentro de esta comunidad, y que la cultura gitana marca ostensiblemente las diferencias de género, etc. Todavía se encuentra la

figura del «patriarca», pero su influencia es cada vez más limitada dentro de su pueblo¹⁸; por ejemplo, en conflictos relacionados con la droga no suelen estar legitimados para intervenir. Lo cual sugiere que una buena parte de los gitanos utilizan instrumentalmente la identidad gitana común para sustentar y proteger sus negocios fuera de la ley; y es que como dice un gitano que se manifiesta en contra de la venta de la droga: «yo no me puedo poner en contra de uno de mi raza». También hay un importante grupo dentro de la comunidad gitana que refuerza su identidad por medio de la religión evangélica; hay quienes siguen teniendo un modo de vida trashumante, etc. Y otros, los menos, quieren integrarse plenamente en la cultura y en la sociedad paya. Entre unas y otras posiciones, no faltan quienes experimentan vías híbridas, como podría ser una integración que respete la diferencia (por ejemplo, la Asociación de Integración Gitana), para lo que buscan modelos y estrategias organizativas como las utilizadas por los payos, pero en Buenos Aires, a diferencia de otros barrios, éstos también son muy pocos.

Cabe preguntarse igualmente si la percepción de los vecinos de Buenos Aires, al sentirse rechazados y marginados del resto de la ciudad, tiene un sustento «real». El conocimiento que poseemos de la sociedad salmantina nos hace pensar que ésta es una sociedad muy estratificada social y culturalmente. Los estratos sociales medios y altos, en su inconsciente colectivo, se sienten los únicos legítimos usufructuarios del centro de la ciudad; de alguna forma les incomoda compartir este espacio con sectores sociales que ocupan estratos inferiores. Desearían que «esa gente» se quedara en sus barrios y que no bajara o subiera a pasear al centro de la ciudad. Respecto a la población gitana su rechazo sí que es explícito y contundente; su opción es que esta población viva toda ella en un único barrio aislado del resto. Más que racismo, creemos que lo que existe es una cultura llena de prejuicios y poco solidaria en la medida en que es una sociedad muy estamentada. Estos elementos conforman la opinión pública salmantina que, a su vez, los medios de comunicación de la ciudad se encargan de reproducir acriticamente. Es sintomático, por ejemplo, que muchos salmantinos no sepan siquiera donde está Buenos Aires, o el consenso existente entre los periodistas que entrevistamos cuando uno de ellos afirmaba que «la noticia de barrio no vende». En estas circunstancias, el rechazo y la marginación hacia un barrio de las características de Buenos Aires parecen claros, a pesar de que pueda existir también una idea romántica de la vida en un barrio (como un lugar sin problemas de tráfico, donde hay más libertad de movimientos y es más fácil la vida colectiva) que es utilizada para legitimar esas posturas segregacionistas.

¹⁸ En el caso de la comunidad gitana de Buenos Aires esto es particularmente notorio desde que, al poco tiempo de instalarse en este barrio, muriera uno de estos patriarcas al que todo el mundo respetaba y obedecía.

Las referencias que se hacen al barrio desde las diferentes Instituciones Públicas no son mucho mejores: también desde ellas se le estigmatiza. Más aún cuando han sido ellas las que a través de sus políticas han diseñado toda una serie de acciones planificadas que marginan al barrio: concentración de la delincuencia y de la marginación social de la ciudad, etc. Por su parte, los profesionales (profesores, asistentes sociales, etc.) que desempeñan su labor en el Colegio o en el CEAS no se han caracterizado en el pasado (salvo casos puntuales) por mantener grandes compromisos con la población del barrio. Es un destino que, en principio, no es deseado por estos profesionales, con lo que se van a limitar a cumplir estrictamente con sus obligaciones, sin buscar un mayor contacto con la población.

Luego, parece que tiene una base real el sentimiento de los vecinos de Buenos Aires al sentirse marginados por el resto de los salmantinos y por los medios de comunicación, esto es, por la opinión pública. Lo que no está tan claro es que la causa de esa marginación sea exclusiva y principalmente debida a la venta de drogas que pueda existir en el barrio. Cuestión, por otra parte, que un salmantino corriente sólo conoce de oídas, porque muy pocos han pisado alguna vez aquel barrio.

Otro comportamiento es el de aquellos agentes de apoyo (ONG's, Parroquia, etc.) que movilizan a un importante contingente de voluntariado de toda la ciudad y que organiza múltiples actividades de desarrollo en el barrio. En contraposición a este colectivo estaría el de, por ejemplo, las decenas de drogadictos que viven en Salamanca y que van a comprar sus dosis a Buenos Aires.

Como vemos, no sólo las actitudes de los vecinos de Buenos Aires son múltiples respecto a su barrio; esta pluralidad también se encuentra entre el resto de los habitantes de Salamanca. A todos ellos es común el mostrar, desde distintas posiciones sociales, actitudes de rechazo de la marginalidad. Nadie desea sentirse marginado en la sociedad y, en consecuencia, nadie desea vivir en un espacio marginal donde quienes residen son marginales. De este modo, los sectores más favorecidos de la sociedad (que además cuentan con la capacidad para construir los elementos que dotan de identidad a la ciudad) niegan la marginalidad como algo propio y la expulsan del espacio que ellos ocupan. Por su parte, los habitantes del resto de los barrios de Salamanca van a ocultar un posible origen social bajo y van a afirmar su ascenso social y la nueva identidad que esto lleva aparejado. El problema de vivir la marginalidad se va a concentrar en Buenos Aires, un barrio al que se le niega (en cierta manera) el derecho a contar con una identidad positiva.

Ante tal estado de cosas, los habitantes de Buenos Aires han intentado primeramente responsabilizar a los medios de comunicación de su situación. Cuando se han dado cuenta

de que en esa batalla con la opinión pública tenían muy poco que hacer, mientras no eliminasen la venta de droga del barrio, han transferido la responsabilidad de su marginación al problema de la droga. El siguiente paso que han emprendido, cuando han visto que terminar con la droga era muy difícil y complicado, ha sido optar por una salida «psicológica» maniquea: culpar al vecino de la marginación que uno mismo sufre. Han recuperado las viejas identidades étnico-culturales (payos y gitanos) para construir un «nosotros» y un «ellos» sobre el que hacer recaer la responsabilidad de la marginación. Una marginación que todos saben (más o menos consciente o inconscientemente) que, en última instancia, está producida por los sectores hegemónicos de la sociedad, y que en ellos se encuentran también los primeros beneficiarios del tráfico de drogas; pero, a falta de un sujeto concreto y físicamente identificable, recurren a culpabilizar al vecino, aunque sepan que ellos son sólo el último eslabón de una cadena. El conjunto del Estado es visto al mismo tiempo con odio y con esperanza. Con odio, porque a sus ojos es el responsable de que esa situación de marginación se siga produciendo sin que él ponga los medios necesarios para solucionarlo; y con esperanza, porque es el único actor que creen que en algún momento les puede sacar de esa situación.

Tanto payos como gitanos se culpan mutuamente de su situación, y ambos intentan construir una identidad que los diferencie para eludir de ese modo el sentimiento de marginación. Los payos reafirmando una identidad basada en las ideas de honradez, trabajo, legalidad, educación, catolicismo y organización social (asociacionismo). Y los gitanos cultivando sus peculiaridades étnico-culturales y valores propios (fidelidad al grupo, instinto de subsistencia, perspicacia, libertad, desenvolverse al margen de la ley, la familia extensa, etc.), que, en la actualidad, se ven en algunos casos asociados también al culto evangélico. Al reforzamiento de estas identidades contribuyen, pues, numerosos elementos:

- El factor religioso diferencial.
- La falta de vías para la integración de la población (paya y gitana) con escasos recursos económicos.
- El crecimiento numérico de un grupo respecto al otro. En este caso favorable a los gitanos, al sustentar una estrategia basada en la concentración de la familia extensa en un mismo espacio.
- La asociación de la delincuencia, la «mendicidad» e ingresos económicos «fáciles» con uno de los grupos: payo-obrero-pobre *versus* gitano-pedigüño/delincuente-rico.
- La ocupación diferenciada del espacio dentro del mismo barrio.
- La percepción de que existe una discriminación de las distintas administraciones en la asignación de subsidios, la aplicación de las leyes, etc., hacia el otro colectivo.

- Las tradiciones, costumbres y normas de comportamiento social contrapuestas.
- El miedo mutuo entre ambos colectivos, etc.

Sólo, en parte, la celebración de la fiesta del aniversario del barrio mantiene un espacio de colaboración entre unos y otros, muy menguado si se compara con las celebraciones de los primeros años donde existía una completa compenetración¹⁹. En la actualidad, a esta fiesta cada vez asisten menos vecinos.

Tal cúmulo de elementos hace que surjan tensiones, más o menos latentes, que colocan al barrio en una situación próxima a la representada por una olla a presión a punto de explotar. De momento ha faltado un elemento que se constituya como detonante o desencadenante del conflicto (como podría ser, por ejemplo, la muerte de un niño, a raíz de alguna causa relacionada con la droga); pero también falta la suficiente cohesión dentro de ambos colectivos. Los gitanos se encuentran enfrentados entre ellos como consecuencia de la droga (bien por estar unos en contra y otros a favor de comercializarla, bien por el control de la venta misma). El «nosotros» de los payos, por su parte, carece de identidad, se sustenta en la diferencia que establecen entre «los de aquí» (los que viven en Buenos Aires) y «los de allí» (los habitantes del resto de la ciudad). La expresión «los de aquí» sólo hace referencia a un lugar y a unos problemas compartidos, pero sin llegar a expresar pertenencia. Al diferenciarse de «los de allí» están reconociendo la existencia de una fractura en la sociedad que los excluye más allá de que en Buenos Aires se vendan drogas y vivan gitanos. A «los de allí» se les responsabiliza en el fondo de la marginación de Buenos Aires; por eso las reacciones de los vecinos ante la presencia de los medios de comunicación llevan la marca del enfado, y son especialmente críficas y acusadoras. Los vecinos sienten que las Instituciones les han metido unos problemas (drogas, gitanos) que no eran suyos, de ahí su rechazo también hacia las mismas. No admiten, y consideran injusto, que a los problemas económicos, de desempleo y de fracaso escolar que tienen les añadan otros más que dificultan definitivamente su plena integración en la sociedad.

En Buenos Aires concurren toda una serie de factores espaciales y sociales que dificultan ese sentimiento de pertenencia. Estar en unas condiciones socioeconómicas de marginalidad y vivir en el centro de la ciudad, es distinto que encontrarse en esas mismas condiciones y vivir en la periferia, por muy buena vivienda que se tenga. La variable

¹⁹ Los vecinos coinciden en afirmar que durante los tres primeros años, payos y gitanos compartían espacios como los bares, las peñas, las fiestas, competiciones deportivas, etc. Por eso dicen no ser racistas, dado que el distanciamiento entre las dos comunidades sería debido a otro tipo de cuestiones (principalmente a la venta de droga).

espacial condiciona muchísimo la conciencia y la vivencia de la situación de marginalidad, que se verá incrementada con la pérdida de la centralidad en el espacio urbano.

Cabría pensar que el reducido tamaño de Buenos Aires debiera facilitar la convivencia y el surgimiento de una identidad, tal como puede suceder en un pueblo. Pero esto no es así, y en vez de facilitar la convivencia se convierte en un factor que introduce mayor tensión en ésta, ya que el espacio se vive como cerrado, como si se tratase de una «ratonera». En primer lugar, por la presencia de importantes barreras físicas (río, carretera, vía del tren, etc.) que le separan del resto de la ciudad; en segundo lugar, por la propia estructura del barrio (concéntrica en torno a una plaza y con una sola salida y entrada al mismo), que obliga a un contacto físico y visual muy intenso entre los vecinos; y en tercer lugar, por la distancia y la falta de conexión física respecto a Salamanca. La distancia no tendría por qué ser un obstáculo insalvable si no fuera porque las características socioeconómicas de la población limitan su movilidad al estar condicionada por los costos del transporte. El mismo servicio de autobuses tampoco es lo suficientemente amplio y frecuente para acceder plenamente a los servicios de la ciudad (ocio, etc.) y a los puestos de trabajo. El otro factor destacable es la distribución social del espacio dentro del barrio atendiendo a la diferencia étnica: en la parte alta la población gitana y en la parte baja la paya. Si a estos factores que convierten a Buenos Aires en un lugar donde aislar a la población de más bajos ingresos y a un grupo étnico discriminado por la sociedad, se añade el factor «uso» del espacio, en este caso como lugar de venta de drogas, la calificación de *ghetto* se configura como la más adecuada para el barrio.

Ante esta situación, la reacción de los vecinos (fundamentalmente payos) en su relación con el espacio urbano es triple. Lo *primero* es reafirmarse en los valores de la modernidad (la universalidad, la igualdad, la justicia, etc.) para reclamar el derecho a la centralidad y al uso y beneficio de la ciudad. El centro de Salamanca, para los vecinos de los barrios, sigue siendo el lugar para pasear los domingos, para hacer las compras importantes y el lugar donde realizar manifestaciones lúdicas o reivindicativas. Por tanto es ese centro el que determina su identidad y no el barrio de residencia.

La *segunda* reacción tiene que ver con el uso y apropiación de los espacios colectivos dentro del barrio, marcado inevitablemente por los conflictos étnico-cultural, generacional y de género, además del ya señalado de la venta de droga. Temas como la falta de respeto de los jóvenes a los espacios verdes por utilizarlos para jugar o degradarlos directamente; la presencia de caballos en el barrio, motos circulando en zonas peatonales, ruidos y olores propiciados por los gitanos; las conductas machistas que circunscriben a las mujeres al espacio del hogar y a organizaciones funcionales, dificultando su participación en

las organizaciones que intervienen en la gestión del espacio urbano²⁰; y fundamentalmente el conflicto por quién mantiene la hegemonía étnica (en términos numéricos) dentro del barrio, y la presencia continua de drogodependientes, se convierten en objeto de disputas que alejan a los vecinos de estos espacios. La función informativa que tiene la calle, de la que habla Lefèbvre, transforma simbólicamente su significado en Buenos Aires, y limita como consecuencia su función de esparcimiento para la población. A la gente le da miedo salir de casa por la tarde-noche, cuando esto antes no sucedía. En verano todavía se puede observar que la gente sale y se sienta en el centro y forma corrillos que duran hasta las dos de la mañana. Pero la tendencia no es la de apropiarse y disfrutar del espacio urbano de Buenos Aires; al contrario, cada vez sale menos gente a sus calles. La calle se identifica con peligro, droga, suciedad..., en vez de con ciudadanía, sociedad, etc. Esto se vive con pena y con una preocupación añadida en los padres, que sienten que sus hijos pequeños ya no pueden jugar solos en la plaza a salvo de peligros. Ven además con cierta desesperación el deambular todo el día de sus hijos más mayores por la plaza sin hacer nada o jugando en los jardines. Creen que la falta de oportunidades, de espacios de ocio en el barrio está empujando a la juventud a la droga. Sienten que el barrio no es un espacio de protección para sus hijos como ellos desearían.

Los vecinos que decididamente pueden optar por marcharse se van, y los que no pueden se organizan en las ya citadas redes de afines para superar el sentimiento de desintegración y contar con algunas actividades de ocio al no poder recurrir a aquellas que el mercado oferta en la ciudad. En la medida que estas redes logren ir articulándose dentro del barrio, e ir incorporándose a otras redes que se localizan fuera del mismo, se podrá pensar que los vecinos de Buenos Aires avanzan en la construcción de una identidad barrial integrada en la ciudad. La existencia de un colegio en el barrio puede facilitar esto, pero en la situación actual esa función de enraizamiento de la población la cumple con muchas dificultades; los padres están optando en gran número por llevar a sus hijos a colegios situados fuera del barrio, no sólo porque estos otros colegios cuenten con servicio de comedor, sino por alejarlos de las «malas influencias» presentes en Buenos Aires.

Y, como muestra de una *tercera* reacción está la ocupación y corte de la carretera nacional que transita al lado de Buenos Aires, que ha sido utilizada, en una ocasión, por los vecinos como una forma de protesta y presión. Para ser escuchados han tenido que salir del

²⁰ Las mujeres payas del barrio mantienen todavía la fiesta de las Aguedas, un día que según la tradición ellas dejan de ocupar simbólicamente una posición subordinada en la sociedad. Ese día tiene una gran importancia para ellas, les permite reafirmar su identidad y apropiarse de espacios sociales y físicos (como la Plaza Mayor de Salamanca), señalando de esta manera el relegamiento al que están sometidas el resto de los días del año. La situación de discriminación entre las mujeres gitanas es muchísimo mayor, negándoseles incluso el derecho a la educación.

barrio, para «existir» se han visto obligados a alterar una vía de comunicación que une el centro de la ciudad con otras ciudades. Su identidad se reduce, pues, a ser unas personas que viven en el margen de una carretera, a medio camino de ninguna parte, pues en Salamanca no se las reconoce en su justa medida.

En el Gráfico I están representados todos estos actores sociales, las relaciones y conflictos existentes entre ellos, así como las actitudes más representativas de cada uno con respecto al barrio de Buenos Aires. Dentro del conjunto de Instituciones Públicas, el eje dominante en la relación con el barrio está constituido por el Ayuntamiento y el Gobierno Civil. En segundo plano se encuentran la Junta de Castilla y León (que en ocasiones mantiene algunos contenciosos con el Ayuntamiento) y el Ministerio de Educación. Los vínculos de las Instituciones con la Opinión Pública son en general muy fuertes y buenos. No se podría decir exactamente lo mismo con respecto al voluntariado social, dado que las relaciones son más débiles y en ocasiones conflictivas, por el posicionamiento que a veces adopta la Parroquia frente a estas Instituciones. Pero donde realmente se encuentra el conflicto es entre las Instituciones presentes en el barrio (la policía nacional, el CEAS, el colegio de enseñanza básica y la delegación de Fomento de la Junta) y los vecinos del mismo.

La Opinión Pública está dominada por el eje que forman los medios de comunicación con sectores sociales hegemónicos en Salamanca, y por la relación de conflictividad que mantienen con los barrios de la ciudad. Este conflicto toma sus mayores proporciones en la relación con Buenos Aires, y tiene algunas consecuencias también en la relación del voluntariado social mantiene con ella. Esto último es lógico dada los buenos vínculos existentes entre el voluntariado y aquellos vecinos que «viven en el barrio». Dentro del voluntariado también hay un eje que es dominante, es el formado por la Parroquia y Cáritas; no obstante, las relaciones en el conjunto del voluntariado son bastante armoniosas.

Las relaciones sociales que se generan en torno al barrio de Buenos Aires están marcadas por tres grandes elementos. Por la conflictividad mencionada con las Instituciones Públicas y la Opinión Pública; por aquellas personas que viviendo en el barrio (o habiendo vivido) buscan establecer sus relaciones sociales fuera del mismo; y por el conflicto existente dentro del propio barrio. Este conflicto interno se manifiesta fundamentalmente en la relación payo-gitano, y entre aquellas personas que se mueven en el entorno de la droga y las que no lo están. Relaciones conflictivas menores son las existentes entre aquellos que «viven en el barrio» y los que «viven fuera del barrio» o «viven dentro del barrio» (según la tipología explicitada más atrás). En relación con estos últimos conflictos se encuentra la escasa legitimación con que cuentan los líderes sociales del barrio. La vía reivindicativa que en

muchos casos adoptaron se ha mostrado muerta, en la medida en que no han obtenido las respuestas esperadas por parte de la Administración. Ello, unido al fracaso en algunos proyectos que se han emprendido, ha conducido a que sean poco valorados y muy criticados por los vecinos, quienes, a falta de éxitos, les casigan con duras acusaciones de corrupción. Ante esto, los líderes terminan cansados y «quemados», abandonando su actividad social en la comunidad o limitándola al trabajo dentro de pequeños grupos de afines. La nueva experiencia de la Coordinadora (la Asociación Cultural Buenos Aires) intenta romper esta dinámica y la desconfianza existente hacia los dirigentes sociales, así como reactivar el trabajo, con miras a todo el barrio, de estos pequeños líderes. El impacto de la nueva Coordinadora sobre la base social de barrio es débil todavía en apariencia; sin embargo, ha logrado coordinar a todas las asociaciones formadas por población paya y las acciones del voluntariado social presente en el barrio; al mismo tiempo ha puesto en marcha doce programas de desarrollo de distinto tipo²¹ contando con el apoyo de las instituciones locales y respetando la autonomía de las organizaciones:

«No hemos querido que este nuevo instrumento de desarrollo en el barrio, apague o sustituya la dinámica de cada uno de los colectivos existentes, antes al contrario, que sirva para darles más fuerza» (Asociación Cultural).

Como colfón a su primer año de trabajo (se creó en agosto de 1994) la nueva Asociación ha organizado en el barrio unas jornadas contra la marginación, donde distintos especialistas de otras ciudades han tratado los temas más conflictivos que afectan al barrio, contando con la asistencia masiva de los vecinos. Son hechos significativos que, unidos a su intento de coordinación de actividades con el resto de los barrios de Salamanca, hablan del potencial articulador que tiene esta Coordinadora. A tal punto de llegar incluso a encabezar una concentración (el 9-6-1995) de todos los grupos y colectivos de Salamanca sensibilizados con el tema de «la marginación, el desempleo y la droga». Todo ello ha sido en buena medida posible gracias al proyecto «Puertas Abiertas» presentado por el Colegio Público Buenos Aires y la Asociación de Padres de dicho centro a las asociaciones, colectivos y entidades que venían trabajando de forma independiente en el barrio y a la reciente llegada al barrio de una persona muy activa socialmente -el párroco-, que retoma esa iniciativa y articula en su entorno a un grupo de vecinos y voluntarios con ganas de trabajar por el barrio. Una de sus estrategias está siendo la de educar por medio de la participación.

²¹ Los programas son: centro infantil (apoyo al estudio, ocio y tiempo libre, biblioteca, teatro, deportes, la tarde del domingo), acción juvenil, teatro, biblioteca, centro de cultura popular, servicios sociales, información y documentación, formación ocupacional, tercera edad, escuela de padres, desarrollo cultural, e investigación participativa. El objetivo que persiguen estos programas es: «Promover la mejora de la calidad de vida y de las relaciones en la comunidad aplicando soluciones a los problemas existentes» (Asociación Cultural).

otra estrategia es la mediación del elemento religioso, entre los creyentes; ambas parece que están dando resultados interesantes. El tiempo dirá si estas iniciativas son acciones aisladas como las que se llevaron a cabo en el pasado, cuando se realizaron otras movilizaciones contra la droga o contra el pago de las viviendas sociales. De momento, estamos en presencia de nuevas pequeñas «ondas cortas» que pretenden llegar a convertirse en una gran «onda larga» (Rodríguez-Villasante, 1994).

Una vez perfilado este escenario podemos definir más detalladamente los conjuntos de acción presentes²². No se trata de hacer ninguna taxonomía, sino de resaltar algunas posiciones que tales conjuntos ocupan y las posibles direcciones en que pueden evolucionar. El gráfico II muestra cómo el eje predominante en el que actualmente se está moviendo la mayoría de los conjuntos de acción en su relación con Buenos Aires, se sitúa entre las posiciones individuales-aisladas, y las populistas-paternalistas. Las primeras están representadas por aquellas personas que optan por dejar Buenos Aires e irse a vivir a otro barrio, y por aquellos sectores con desviaciones sociales (los que «viven al margen», drogadictos, etc.). Por su parte, la posición clientelar, asistencialista y paternalista es propia no sólo de las Instituciones y de parte del voluntariado social (tanto laico como con vínculos religiosos), sino también de la base social: «como de arriba no te apoyen, tú nunca llegarás a ningún sitio» (Vecino). Son muchos los vecinos cuya relación que con las Instituciones y los Agentes de Apoyo se restringe a la percepción de algún bien material (subsídios, comida, ayudas económicas, etc.). Muchos vecinos se han acostumbrado a no pagar o retrasar injustificadamente sus deudas de vivienda con la Administración²³. La cultura del líder es otra cosa que está muy presente en la Opinión Pública así como la necesidad de realizar las demandas a las Instituciones desde la «unión» de todo el barrio. La Opinión Pública y aquellos que «viven fuera» y «dentro del barrio» se encontrarían oscilando según los momentos y las situaciones entre ambas posiciones: la reacción del «caracol» ante los problemas que conlleva la presencia de la droga *versus* la manifestación populista (encabezada por algún líder) contra la droga. En este tipo de conductas influye notablemente el desprestigio de la clase política y de las Instituciones. La imagen de un poder corrupto y la actitud de unas instituciones policiales, judiciales o municipales burocráticas, rutinarias, insensibles, prepotentes, que no cumplen con su deber y con su trabajo, se vive en el barrio con sensación de abandono y olvido, y en ese sentido como un insulto.

²² Para el análisis de los conjuntos de acción haremos uso de las categorías utilizadas por Tomás Rodríguez-Villasante (1991).

²³ Según la Junta de Vecinos, de las 350 viviendas existentes en Buenos Aires 219 tienen recibos atrasados (deudas), a pesar de la baja cuantía que representan estos recibos mensuales por separado.

Creemos que para lograr el desarrollo del barrio es necesario que sea el eje opuesto, formado por las conductas técnicas-gestionistas y las participativas-ciudadanas, el que tenga más peso. Ese eje propone una relación diferente entre las acciones individuales y colectivas, y entre el desarrollo promovido por los propios individuos o por lo público. De momento se observa un creciente incremento de la presencia de conductas de carácter técnico y gestionista a la hora de enfrentar los problemas de Buenos Aires por parte de las Instituciones, el voluntariado social, los que «viven en el barrio» y la población adulta joven. Esto no deja de presentar algunos peligros, como el caer en conductas tecno-políticas corporativas alejadas de los intereses de la población; o entender que la función de un Municipio se reduce tan sólo al servicio de limpieza y mantenimiento de jardines. De hecho, el otro polo del eje se encuentra en un estado más incipiente, aunque podemos hallar algunas acciones promovidas por el voluntariado y por los que «viven en el barrio» con un marcado carácter participativo y ciudadano: la creación de una coordinadora de asociaciones y los numerosos programas de desarrollo por ella promovidos pueden ser un ejemplo.

Igualmente, estos conjuntos de acción muestran actitudes diferentes frente al actual estado de las cosas (ver gráfico III). Las actitudes dominantes se mueven dentro de un eje que no cuestiona para nada las relaciones de poder dentro de la sociedad. Este eje se encuentra tensionado, por un lado, por los que adoptan unas conductas *conversas*, esto es, de conformidad con la situación actual, y en ese sentido desean que las cosas sigan igual que hasta ahora. Son las conductas que predominan en el conjunto de la ciudad y que están perfectamente representadas por la Opinión Pública y la lógica de las Instituciones (por ejemplo, al legitimar la concentración de la marginalidad de la ciudad en los barrios periféricos), y de la legalidad vigente (por ejemplo, al relacionar el orden con un incremento de la presencia policial, de manera que en el caso del problema de la venta de la droga su solución se reduce a la intervención policial). A ellas se suman las de aquellos que se han ido de Buenos Aires y las de los que «viven fuera del barrio». Por el otro lado, la tensión se sitúa dentro del propio barrio de Buenos Aires, cuando lo que se busca es un cambio en la correlación de «poderes» y se pretende -por medios reivindicativos, populistas o incluso violentos- la solución de este conflicto. Los que «viven dentro» y los que «viven en el barrio» adoptan esta postura *perversa* cuando piensan que la solución de sus problemas de integración se resuelven expulsando a los gitanos y a la gente que vende droga en el barrio, y cuando buscan el apoyo de las Instituciones para emprender tales acciones²⁴. En esos

²⁴ Algunos payos plantean la relación con los gitanos como si se tratara de una guerra donde no hay espacio para la negociación, lo que importa es mantener unas posiciones e intentar intimidar ("achicar") en lo posible al contrario (escarmientos, etc.), hasta el punto de llegar a decir: "Cogiéndolos a todos y haciendo una hoguera con ellos". Para ello es fundamental mantener la unidad de todo el colectivo payo (del propio ejército) y lograr el apoyo de las instituciones (de fuerzas aliadas). Creen que si logran erradicar la droga del barrio, los gitanos

momentos el lenguaje utilizado por los vecinos payos podría calificarse de «racista». No es, tal vez, que lo sean, pero comienzan a adoptar posturas muy próximas al racismo cuando consideran que ellos son más merecedores de las ayudas y el apoyo del Estado que los gitanos. Les cuesta admitir, por otra parte, en su afán de reconocer su identidad, que tengan legitimidad otras leyes y otras formas de orden que no sean las suyas, como puede suceder con la comunidad gitana. Pero la diferencia estrictamente racial no es aludida como un elemento diferenciador insalvable; el problema se sitúa en el ámbito cultural, que sí sería susceptible de poder ser transformado y, por tanto, no sería un factor determinante que separe a payos y gitanos.

Si acabamos de señalar que hay un eje donde domina la lógica del modelo de integración social establecido, podemos también vislumbrar otro eje donde se ubican conductas que intentan romper esa lógica. Entre ellas destacan la de aquellos individuos que pretenden mantenerse al margen de los ideales dominantes en la sociedad; son conductas que suponen dosis importantes de fragmentación social (la multiplicidad de subculturas) y en las que suelen caer personas que no han encontrado un espacio dentro del eje que hemos identificado como predominante. Los sectores desviados de la ciudad (drogadictos, etc.), los que «viven al margen», los que «viven del barrio» y parte de las tribus urbanas que forman la población joven adoptan en alguna medida conductas de este tipo que denominamos, según la terminología acuñada por Ibáñez (1991), *subversivas* o *subversas* («ni sí, ni no»), en tanto subvierten completamente la lógica social imperante. Otro tipo de conductas, dentro de este segundo eje, es la de aquéllos que buscan revertir esa lógica dominante, realizando una oposición lateral. Se aceptan, por ejemplo, los medios institucionales para cambiar sus fines. Esta conducta *reversa* («sí, pero no») la identificamos con aquellos grupos de personas que trabajan en la construcción de modelos alternativos de sociedad. Parte del voluntariado social y en cierta medida los que «viven en el barrio» muestran en ocasiones esta actitud, al buscar las subvenciones institucionales para poner en marcha proyectos de desarrollo con componentes sociales alternativos, emancipatorios, que proporcionen una nueva identidad al barrio. Estas conductas *reversas* apenas si están comenzando a surgir en Buenos Aires; los dirigentes sociales que han mantenido o mantienen conductas *perversas* son los más proclives a combinar unas y otras conductas. Un grupo dentro del voluntariado social es el que más esfuerzos está realizando en la promoción de las conductas *reversas*, no sólo entre los que mantienen conductas *perversas*, sino también entre los que adoptan conductas *conversas* y *subversivas*.

se irán del barrio. La cuestión de cara al futuro es que ellos mismos ven como imposible lo que sería una victoria total, esto es, echar definitivamente a los gitanos.

Una vez revisado el escenario actual del barrio de Buenos Aires y de la ciudad de Salamanca, así como las relaciones entre los conjuntos de acción y las tendencias en las conductas presentes en cada uno de ellos, podemos representarnos cuatro grandes escenarios posibles en el futuro (ver gráfico IV). Pensamos que ninguno de ellos se alcanzará en su totalidad, como parece obvio; el escenario futuro, a fin de cuentas, será el resultante de la influencia (mayor o menor) que cada uno de ellos pueda ejercer. El ánimo predominante actualmente entre los vecinos del barrio es bastante fatalista, en el sentido de ver pocas (o ninguna) posibilidades para que su situación pueda mejorar. Hay mucha frustración, pero no es un pesimismo absoluto, pues nadie desea que la situación que vive el barrio siga como hasta el momento, pues perciben que «sería ir a peor»; lo cual indica que está abierto el camino para que se produzcan algunos cambios en los comportamientos predominantes en la actualidad, ya sea el individualista (en el acercamiento a los grupos de referencia), o la actitud de afirmación personal en pequeños grupos de afinidad. La cuestión se encuentra, por tanto, en perfilar las tendencias de evolución posibles. Como ya se ha señalado, entre los vecinos de Buenos Aires se está produciendo un reflujó en la afirmación de sus viejas identidades payas y gitanas, lo que conduce a la polarización social del barrio. Tal división es muy propicia para que surjan en ambos sectores conductas populistas y reivindicativas (paternalistas con respecto al Estado) que obedecen a la lógica del «rebaño», en tanto no favorecen la autocrítica, el desarrollo personal ni el respeto a la diferencia. Un abstracto ideal de «unidad indiferenciada» se extiende y enfrenta a payos y gitanos. Su cristalización se encuentra en las propuestas que defienden un barrio exclusivamente para payos y otro para gitanos. Obviamente, en la medida en que no resulta factible una solución como ésa, y ambas comunidades tienen que compartir un mismo espacio, aunque vivan la una a espaldas de la otra, se propiciará que el escenario de confrontación entre las comunidades se refuerce. Aunque ésta es una tendencia importante en el barrio, que se oculta bajo el miedo y la tensión imperante en el mismo²⁵, el fortalecimiento del tejido asociativo de la población paya, y el incremento de la población gitana y de sus redes familiares en el barrio, puede conducir con facilidad a un choque étnico violento. Dada esta composición de lugar, pensamos que es necesario crear otro escenario que no se caracterice por el enfrentamiento ni la división absoluta entre payos y gitanos; construir este escenario alternativo, donde la confrontación sea sustituida por la cooperación y la convivencia entre culturas diferentes, y la conducta de «rebaño» se transforme en una auténtica participación responsable en la sociedad, donde la identidad no sea algo impuesto o adoptado, sino fruto de un proceso autoconstruido. Es una tarea difícil y ardua, pero no imposible. Hay un elemento añadido que lo puede facilitar, y es que los gitanos no desean un barrio

²⁵ El miedo no sólo se manifiesta en la calle: se traslada y agudiza las tensiones de los individuos en el resto de sus ámbitos de vida: la familia, etc.

exclusivamente para ellos; son conscientes de que vivir en un *ghetto* no les conviene; así que habrán de poner también ellos los medios para que Buenos Aires no se convierta en un *ghetto*.

* * *

A continuación vamos a intentar, en primer lugar, mostrar cómo en Buenos Aires existe una serie de *potencialidades* de diverso tipo que permiten afrontar este reto para el futuro. En segundo lugar, vamos a señalar los *objetivos* que consideramos que prioritariamente deben perseguirse para alcanzar un escenario «alternativo» en el barrio. Y, finalmente, apuntamos toda una serie de *vías de acción* (muy generales en su concepción) encaminadas a enfrentar estratégicamente los problemas de los vecinos de Buenos Aires: serían, en ese sentido, las vías que estimamos más adecuadas para conformar ese escenario «alternativo».

Antes, no obstante, de atender a estas cuestiones, hemos de remarcar que todo el estudio del barrio de Buenos Aires que aquí se recoge no ha sido solamente el fruto del análisis de una información obtenida a través de una serie de técnicas cualitativas; es también el resultado del diálogo y de las discusiones mantenidas dentro del «círculo de estudio» que se ha venido realizando a lo largo de ocho meses en el barrio. En ningún caso es su intención agotar ni cerrar el estudio de la realidad del barrio de Buenos Aires; mucho menos aún cosificarla. Antes, al contrario, su sentido es que sirva a los vecinos, asociaciones, instituciones, etc., que viven e intervienen en el barrio como un analizador que ayude a reflexionar sobre esa realidad y a conceptualizarla. La descripción que se ha realizado, las distinciones de los distintos grupos, conjuntos de acción, conductas, actitudes, escenarios, perspectivas, etc., han tenido como único objeto incitar a los actores presentes en esa realidad a que se interroguen y analicen cuál es su posición, conducta y actitud en o frente al barrio. Y de este modo, contribuir a que también analicen y comprendan las posiciones, conductas y actitudes del resto de los actores con los que se relacionan. Nuestra labor se parece a la de un espejo que refleja con mayor o menor distorsión una realidad y unos actores. Las acciones e intervenciones que estos actores realicen en su entorno es una decisión que recae únicamente sobre ellos, y es su responsabilidad. Son conscientes, de todas formas, de que de ellos únicamente depende solucionar sus problemas, saben que nadie se los va a solucionar desde fuera:

«Crear grupos fuertes en los barrios, movilizarlos en torno a nuestros propios problemas, no esperar a que las administraciones nos los vayan a

resolver, no queremos cruzarnos de brazos esperando respuestas, son parte del triunfo en la batalla». (Asociación Cultural).

Cuando nosotros planteamos unas *vías de acción*, lo hacemos tan sólo como una propuesta para que esas mismas vías también sirvan de analizadores a la hora de pensar en estrategias y soluciones a unas situaciones previamente problematizadas. Esperamos que todo este trabajo y esfuerzo contribuya a la toma de consciencia de los actores sobre su situación, y a una toma de decisiones asumida con responsabilidad.

Potencialidades

Físicas. Una vivienda y un espacio satisfactorio por sí mismo: una cierta infraestructura comunitaria, espacio para que los niños jueguen, proximidad de zonas verdes, etc. Por otra parte, el reducido tamaño del barrio permite el conocimiento entre los vecinos y facilita el que pueda surgir una identificación con el barrio.

Sociales. Se cuenta con red o una unidad básica (ingresos, vivienda, etc.) para las relaciones sociales: una relativamente buena identidad familiar.

Culturales. El interés por mejorar personal y socialmente, fundamentalmente expresado a través de los hijos. No hay desestructuración en el ámbito personal, como puede suceder en barrios de estas características en las grandes ciudades.

Psicológicas. Es un barrio joven, con gente joven que no está traumatizada por las experiencias de un pasado y que cuenta con muchas energías que necesitan canalizar. Todavía no hay una identidad completamente definida que marque la vida en el barrio. Y lo más importante: para los adultos, los jóvenes son su esperanza, y por ellos están dispuestos a trabajar en la dirección que mejor garantice su futuro.

Institucionales. A pesar de la crisis, el Estado de Bienestar todavía no ha desaparecido del todo y sigue ofertando prestaciones sociales: CEAS, el colegio (la educación), la Junta, etc.

Recursos organizativos. Por una parte se cuenta con un grupo importante de personas trabajadoras, comprometidas y algunas con una cierta experiencia. Y por otra, existen unas diez organizaciones que están en marcha con programas concretos de acción, ejerciendo una de estas organizaciones (la Asociación Cultural Buenos Aires) una importante

labor coordinadora entre varias de ellas. Más de un 20% de la población participa en las actividades de las organizaciones.

Apoyos externos . Distintas organizaciones (Cruz Roja, Cáritas, la Parroquia, etc.) y un cuantioso número de voluntariado social (más de setenta personas) están colaborando en el barrio.

Capacidad crítica . No pocas personas del barrio poseen una visión crítica de los problemas que afectan a la sociedad e incluso sobre la propia situación.

Objetivos

Creemos que los Objetivos de toda acción futura deben encaminarse a sentar bases para corregir una tendencia que empieza mostrarse claramente en Buenos Aires: el paso de barrio marginal a auténtico *ghetto* . Ello implica, en nuestra opinión, que las estrategias y las soluciones tienen que ser integrales. El único problema que hay que enfrentar no es la droga; este problema puede conocer soluciones momentáneas, pero es seguro que, pasado un cierto tiempo, volverá a aparecer. Es fácil que las grandes palabras no digan mucho a quienes padecen cotidianamente situaciones-límite, pero hemos de insistir en que no se deben perder de vista los objetivos finales, los grandes objetivos: construir y formar ciudadanos desde la libertad, la igualdad de oportunidades, la justicia y la fraternidad entendida como convivencia y respeto. Lograr, desde la diferencia, la integración de los distintos grupos y colectivos que se encuentran en el barrio; y en ese sentido construir una identidad que respete la pluralidad.

Las estrategias y las soluciones, pues, tienen que tomar en consideración distintas dimensiones y prioridades a la hora de enfrentar los problemas. Una primera dimensión es la de *los tiempos* : hay un corto plazo en el que solucionar problemas concretos que contribuyan a mejorar la convivencia; pero hay un medio plazo construir una identidad propia y aun un largo plazo en el que se contemple la integración del barrio en la ciudad.

Una segunda dimensión es la de *los ritmos y los lenguajes* : las personas tenemos ritmos vitales diferentes que nos llevan a comprender y a actuar frente a la realidad de manera también diferentes. No son los mismos los ritmos de los vecinos que los de sus dirigentes, como tampoco hay coincidencia con los ritmos de las Instituciones o de los medios de comunicación o de los técnicos, por poner algunos ejemplos. Todos estos actores, además, utilizan "lenguajes" diferentes que también habrán de ser tomados en

consideración, junto con sus ritmos, en el momento de articular estrategias y soluciones en las que más de uno de ellos se vean implicados. Es en el mundo de los jóvenes, tal vez, donde esto se advierte con mayor claridad, ya que éstos muestran concepciones del tiempo y formas de expresión bastante diferenciadas de las de los adultos.

La tercera dimensión es, precisamente, la de *las edades* : las personas menores de 25 años representan el 50% de la población del barrio, lo cual significa que debe ser tomada en consideración como objeto específico de los programas de desarrollo. En especial, la población mayor de 20 ó 21 años, por presentar una problemática muy específica de inserción en el mundo laboral y en la vida de los «adultos». Normalmente, los programas para jóvenes se dirigen a la población infantil o adolescente y no prestan la debida atención a este tramo de edad final. Igualmente, hay que tomar en consideración la presencia de dos generaciones de padres, donde la franja de los 40 puede servir de división entre ambas.

La cuarta dimensión es la del *género* : Los hombres se ven afectados especialmente por los problemas de empleo y las mujeres por los tradicionales dificultades para su integración en un plano de igualdad dentro de la sociedad. Dentro de estas últimas, merece una atención especial la población joven por su dificultades para entablar relaciones en el barrio.

Y aun habría algunas dimensiones más a considerar, como la de *los ámbitos* : Institucional, organizativo, cultural, laboral, de ocio, personal, etc. Todo ello presidido por la idea de que no hay que esperar soluciones mágicas. Todo lo que se consiga habrá de venir del esfuerzo y el trabajo.

Vías de acción

En consonancia con todo lo dicho, y en nuestro esfuerzo por aportar a la comunidad los resultados de nuestra investigación, queremos terminar nuestro trabajo perfeñando un listado de posibles «vías de acción», a considerar, debatir y decidir por los propios habitantes del Barrio de Buenos Aires:

1*. Es preciso un *cambio en la representación y conceptualización del problema* . Si nos empeñamos en mirar en una sola dirección es muy difícil que podamos resolverlo. A veces, el camino que parece más corto resulta ser el más largo. Esto conllevaría, en primer lugar, desterrar el fatalismo, el «no hay solución, siempre será igual», el «¿ves? no se soluciona nada» al primer fracaso, el convencimiento de que «las personas no cambian» o

«las cosas buenas enseguida nos las quitan». Hay que eliminar este tipo de ideas «negativas», pues si no se cree en el futuro es imposible que se logre. Ello implica, en segundo lugar, que hay que recuperar la serenidad para tratar los problemas que nos afectan, y poder establecer un diálogo que nos permita encontrar las soluciones posibles. Por ello, en tercer lugar, hay que dar un crédito a la confianza y a la esperanza. Y creer, en consecuencia, que el barrio tiene futuro, que el camino no va a ser fácil y que requiere mucho trabajo y esfuerzo, pero a pesar de todo se puede avanzar. Siempre va a haber algún problema, pero eso es normal en todos los sitios. Esto nos obliga, en cuarto lugar, a rechazar las ideas rígidas del barrio que se quiere. Hay muchos modelos de barrio y de ciudad que son posibles y deseables. La identidad de un barrio es algo plural, negociado, que se va construyendo. En este sentido es importante desterrar el populismo, la falsa idea de unidad frente a un «otro» que es presentado como el enemigo. La idea es disolver los problemas, no acentuar el beneficio de un elemento sobre el detrimento del otro. Por eso decíamos que hay que encontrar estrategias y soluciones integrales. Tales estrategias, que ocuparían el quinto lugar en este listado de consideraciones, obedecerán a distintos tiempos, algunas de ellas se prolongarán, pero lo importante es saber que todas forman parte de un mismo proceso. Y, finalmente, en sexto lugar, hay que pensar que el futuro del barrio es cosa de todos, y no sólo de unos cuantos. El camino de la participación es el más adecuado, aunque siempre hay que contar con que haya un grupo importante de «gorriones» que no quieran implicarse. Tanto el paternalismo que busca que todo nos lo den hecho, como el individualismo que sólo ve en el dinero la clave de solución de los problemas, son dos salidas que consideramos erróneas. El proceso de IAP que se ha realizado en el barrio de Buenos Aires se enmarca y se circunscribe dentro de esta primera vía. Sus objetivos han sido en gran parte los indicados: iniciar un cambio en la representación y conceptualización de los problemas que perciben los distintos actores en su relación con el barrio. El resto de las vías también es posible trabajarlas en el futuro con otras técnicas de IAP, pero ese es otro reto.

2ª. Una segunda vía a considerar es la del *diálogo cultural*. Si se busca construir una identidad que integre y respete las diferencias, sería muy necesario abrir un diálogo en tres direcciones: a) La de las relaciones entre payos y gitanos, que atraviesan un momento muy difícil y peligroso. Es urgente abandonar los estereotipos existentes, y subsanar el desconocimiento existente sobre las costumbres, etc., del «otro». Para entablar un diálogo sobre los modelos de convivencia deseados por ambos, es posible que este diálogo sea necesario plantearlo tomando en cuenta a toda la ciudad y contar con la participación de las Instituciones. No obstante, el diálogo debería iniciarse en el barrio y habría de entenderse como permanente y continuado. El objetivo es evitar enfrentamientos entre las dos comunidades y desterrar el «miedo» (con miedo no se puede convivir). La idea de insertar

una «asignatura» de Cultura e Historia Gitana en el colegio y de realizar cursos sobre este tema en el barrio, puede ser una de las estrategias que complementen este diálogo. b) La de las relaciones de género; es obvio que deben replantearse y buscar el equilibrio y la equidad en las mismas. Para ello es imprescindible garantizar el acceso a las mujeres, en plano de igualdad (sin miedos y temores), a todos los espacios sociales. c) La de las relaciones entre grupos de edad. Hay diferencias generacionales que se están ignorando y obstaculizan una auténtica comunicación. En los jóvenes también se muestra la pluralidad y ésta no goza del reconocimiento debido. Los estereotipos dificultan no sólo la comunicación entre generaciones, sino incluso dentro de los propios jóvenes, lo cual incide en una fragmentación mayor de sus espacios de sociabilidad.

3ª. La vía negociadora. Parece imprescindible entablar un diálogo y conversaciones con las personas que venden droga en el barrio, llegando incluso a la negociación. En este punto es donde más hace falta la serenidad aludida y los buenos argumentos para convencer y disuadir de forma y manera creativa a los «traficantes» para que saquen los puntos de venta del barrio. Nunca hay que recurrir a las amenazas y al enfrentamiento directo.

4ª. La vía reivindicativa, que no es incompatible con la anterior, y que no debe confundirse con prácticas clientelísticas o paternalistas, o con el abandono por delegación de las propias responsabilidades. Se trata del ejercicio de un derecho, como es exigir a las Instituciones Públicas el cabal cumplimiento de sus funciones y la toma en consideración de los problemas que plantean los ciudadanos a quienes tienen la obligación de servir. Para que esta vía se desarrolle así es muy importante que, previamente, los vecinos acuerden entre sí compromisos para terminar, por ejemplo, con el problema de las deudas de vivienda. Solucionar este problema es fundamental para lograr una una unidad de acción y, en consecuencia, una identidad barrial. Si los vecinos no realizan un mínimo esfuerzo por gestionar adecuadamente la adquisición o el alquiler de su vivienda, es difícil que la lleguen a sentir como algo realmente suya y, por tanto, a valorarla en su justa medida. Hay varias Instituciones que serían objeto de las reivindicaciones: a) La Delegación Territorial de Vivienda de la Junta de Castilla y León, que debe resolver con equidad el problema la gestión de las viviendas sociales (pagos atrasados, etc.), y controlar la presencia de nuevos vecinos y la adjudicación de las viviendas disponibles. b) El Ayuntamiento de Salamanca que, junto al resto de las Instituciones (oficiales y ONG's) debería ejercer un control más exhaustivo de los beneficiarios de la asistencia social para evitar agravios comparativos. Por otra parte, debe considerar al barrio de Buenos Aires como un área de acción especial (hasta que se corrijan las deficiencias que presenta), y priorizar en él la implantación de políticas de empleo, culturales y recreativas. Asimismo, el Plan Urbanístico debería buscar soluciones para integrar lo más posible al barrio de Buenos Aires en la Ciudad (crecimiento de la

ciudad, nuevas salidas al barrio, etc.), mientras sería deseable que en su entorno se hicieran algunas mejoras. La mejora del transporte público, por ejemplo, es otro de los puntos a tomar en consideración. e) El Gobierno Civil, la Policía Nacional, la Delegación de Hacienda y los Juzgados, que deberían diseñar una estrategia conjunta para terminar con la venta de drogas en el barrio; ellos son los responsables de la concentración de droga existente allí. Se ha de buscar una actuación más eficaz y que moleste menos a los ciudadanos, con registros indiscriminados, etc. d) El Ministerio de Salud, coordinado con otras Instituciones, debería implantar un programa de tratamiento de toxicómanos en Salamanca. Y mejorar los servicios de atención en salud de la población de Buenos Aires, en pediatría fundamentalmente.

5ª. Desarrollo de las iniciativas de empleo. Es necesario poner en marcha el mayor número de proyectos posibles que impliquen una generación de empleo directo, o supongan una fuente de ingreso (o ahorro) complementaria para la población del barrio. Estos proyectos pueden estar referidos al ámbito productivo (costura, procesos de construcción, etc.), de los servicios (empresa de limpieza, de reparaciones múltiples, agencia de empleo, guardería, etc.), del consumo (cooperativa de alimentos, etc.) o del ocio (ludoteca, etc.). E igualmente deben tomar en consideración tanto al sector formal como informal de la economía: la gestión de la venta ambulante, puede ser un ejemplo donde es necesario establecer la administración de un almacén, la racionalización de unas rutas o la formación de los vendedores.

6ª. Vía cultural-educativa. Para lograr la pretendida integración en la sociedad y para limar los problemas que toda convivencia trae consigo es imprescindible elevar el nivel cultural y educativo de toda la población del barrio. No sólo la de los niños y jóvenes, también la de los padres, pues el nivel cultural y educativo de los padres repercute directamente en el que tendrán los hijos, incidiendo en el fracaso o no que puedan tener éstos en la educación formal. Combatir el analfabetismo funcional, la creación de una escuela de padres, etc., son algunas ideas que pueden ir en este sentido. Abrir, por ejemplo, el espacio del colegio (su biblioteca, la realización de actividades culturales, etc.) a la población en general del barrio puede ser una buena estrategia.

7ª. Mejora de la autoimagen. Iniciar un proceso de mejora de la autoestima implica mejorar el sentimiento de barrio y, en consecuencia, un cambio en la imagen interna del mismo. Estamos hablando de crear una identidad nueva y positiva de Buenos Aires. Esto parece necesario pues es un barrio muy joven que no tiene todavía conformada una identidad sólida. Creemos que la nueva identidad pasa por generar algunas articulaciones entre la cultura paya y gitana que hagan posible un modelo de convivencia propio y por tender

puentes socioculturales con los otros barrios y con el centro de la ciudad. Eso sólo será posible si realmente se llega al convencimiento de que ser diferentes no es malo, sino todo lo contrario, puede ser muy positivo.

8°. *Mejora de la imagen pública*. Esta vía de acción requeriría una doble estrategia. Por un lado, intentar lograr un cambio en el tratamiento de las noticias referidas a Buenos Aires para que no sea presentado, de una forma más o menos sistemática, como «el peor barrio de Salamanca». El diálogo con los medios de comunicación, planteándoles el problema y la situación generada por la imagen que ellos proporcionan, resumiría la estrategia indicada. Pero, por otro lado, ello debería ir acompañado de una «campaña de imagen» del barrio donde se destaquen sus buenas infraestructuras, las actividades que en él se realizan, etc. Esta campaña buscaría dar a conocer el barrio a todos los habitantes de Salamanca. Las fórmulas a emplear con este fin pueden ser varias: la realización de un video sobre el barrio, la organización de visitas y actividades de distinto tipo en Buenos Aires para el resto de la ciudad, etc. Sacar las actividades del barrio a otros barrios y al centro de la ciudad, tener una presencia habitual en los medios de comunicación, y no meramente ocasional con motivo de problemas de seguridad ciudadana.

9°. *Vía recreativa*. Creemos que esta vía es fundamental en el objetivo de construir espacios de sociabilidad para la gran masa de población joven del barrio, además de para el resto de los grupos de edad; además, la juzgamos necesaria para cubrir un espacio que la población joven no puede satisfacer vía mercado saliendo del barrio, dadas las limitaciones económicas existentes. Las actividades relacionadas con el ocio, la recreación o el deporte proporcionan espacios que tienen una gran atracción para los niños y para los jóvenes, y facilitan su inserción en la sociedad. Pero además pueden convertirse en los auténticos espacios aglutinadores de todo el barrio en la medida en que las familias, muchas veces, establecen vínculos entre ellas a partir de la figura de los hijos. Dentro de estas actividades recreativas merece destacarse el papel que pueden jugar las fiestas (aniversario del barrio, otras fechas tradicionales...). Recuperar e impulsar el acto de la fiesta puede permitir distender las tensiones presentes en el barrio y mejorar la comunicación y la relación entre generaciones, géneros y etnias. El espacio que se genera en torno a la fiesta es un buen lugar y momento para el intercambio cultural de costumbres, gustos musicales, gastronómicos, etc. Esta riqueza puede ser tomada como bandera para construir una identidad propia, positiva y diferenciada del resto de la ciudad. Y, sobre todo, es un elemento para mejorar la convivencia.

10°. *Desarrollo de la organización social*. Consideramos que la participación ciudadana en todas sus dimensiones y ámbitos es la vía más adecuada para que una

comunidad, en este caso un barrio, pueda autodesarrollarse. Por ello, la labor que desempeñan las organizaciones sociales, en general, resulta fundamental como elemento y espacio articulador de la participación, y deberían contar con el máximo apoyo, tanto las organizaciones ya existentes como aquellas otras que se puedan crear, por ejemplo entre los jóvenes, que es el colectivo menos participativo. Otro espacio organizativo básico que tiene interés para todos los vecinos, y que parece que no se encuentra muy desarrollado, es el de la organización por bloques de vivienda, por lo que sería conveniente que contara con un impulso por parte del resto de las organizaciones. De todas las organizaciones existentes en Buenos Aires, la Asociación Cultural, al ejercer un rol articulador de un buen número de ellas, tiene un especial interés para todo el barrio, con lo que su buen funcionamiento merece una atención suplementaria por parte de todos, para que de este modo su función coordinadora se vea reforzada. Todas las asociaciones, además, habrán de poner un empeño especial en realizar una gestión efectiva y honesta en las actividades que emprendan, como único medio para lograr legitimarse y aumentar la participación de los vecinos. Hoy por hoy la participación en las asociaciones despierta desconfianza entre la mayoría de los vecinos, como ha sido constatado; de modo que este factor ha de ser tenido en cuenta en cualquier estrategia.

En una sociedad en la que no faltan grupos de poder que pretenden reducir la mayor parte de los problemas que la afectan a simples cuestiones de carácter individual, con el objeto de desmovilizar a la población, las organizaciones sociales tienen como reto plantear a las Instituciones y a la propia sociedad las dimensiones colectivas que los problemas pueden tener, y en ese caso legitimar la «lucha» por la defensa de los derechos colectivos. El trabajo con los niños y los jóvenes es uno de los campos que suelen proveer de mayor legitimidad a las asociaciones y a sus dirigentes.

Las organizaciones del barrio deberán cuidarse de algunos peligros para su buen desarrollo, como pueden ser la presencia de conductas paternalistas o un desmedido voluntarismo por parte de algunos dirigentes sociales que les aleja de las reales inquietudes de sus vecinos. Otro peligro es que un exceso de afán, por parte de los dirigentes, en el intento de resolver los problemas de la comunidad, les convierta en meros gestores de las soluciones de esos problemas sin que los vecinos tengan ningún protagonismo. Las conductas populistas o meramente reivindicativas son otro peligro en el que suelen caer las asociaciones; para evitarlo se requiere que los canales participativos se refuercen y la misma participación sea asumida con responsabilidad. En otras ocasiones, la «excesiva» presencia del discurso de la Iglesia en las organizaciones, la cultura patriarcal dominante o la conformación de una «élite» de personas que controla o filtra gran parte de la información

del barrio, cierran los espacios para la participación, sobre todo en el caso de los jóvenes y de las mujeres²⁶.

Hay también otros aspectos relacionados con la coordinación en las organizaciones que pueden ser mejorados en distintos niveles. Por ejemplo, la coordinación de las asociaciones de Buenos Aires entre sí y con otras de otros barrios; la propia coordinación de los «agentes de apoyo» (voluntariado social) que trabaja en el barrio, entre sí y con las asociaciones de los vecinos; y la coordinación de todas ellas con las diferentes Instituciones. El incremento de todo este tipo de relaciones favorece el desarrollo de «lazos débiles» y de relaciones secundarias entre los vecinos, las asociaciones, etc., en detrimento de los «lazos fuertes» propios relaciones primarias y de estructuras cerradas y corporativizadas. En relación con esto, hay que relativizar la importancia de la participación en las asociaciones para no caer en un «comunitarismo» en cierto modo trasnochado: las asociaciones no pueden ni deben cubrir todos los ámbitos de la vida de los individuos, pues ello sería tanto como limitar su libertad. Las salidas y soluciones individuales son, en principio, igualmente legítimas, y no se debería «sancionar socialmente» a los individuos que no participan para nada o sólo lo hacen parcialmente en las organizaciones del barrio; hay que pensar que los niveles y las formas de compromiso social son múltiples.

Por último, es necesario, para el buen desarrollo del trabajo que realice cualquier organización, que periódicamente ésta evalúe sus proyectos y actividades, prestando especial atención al peligro de que se produzcan desfases entre el «ritmo» emprendido por los dirigentes en relación con las asociaciones o con el conjunto de los vecinos. Estos desfases también pueden producirse en relación a las Instituciones, los técnicos o con el propio voluntariado. El discurso «ideologizado» de algunos dirigentes es otro elemento a considerar para que no se produzcan «excesos» que dificulten la comprensión y la comunicación entre todos. Cuando esto no se logra, los programas de acción pueden parecer, a los ojos de los vecinos, rígidos y alejados de la realidad del barrio, independientemente de que esto sea o no así. De la misma manera, el apoyo prestado por el voluntariado social puede generar efectos contraproducentes en la comunidad, haciéndoles sentirse «pobres» que necesitan ayuda, lo cual hace que se minusvalore o miren con cierto recelo el quehacer del propio voluntariado.

²⁶ No obstante, la Iglesia en general, y el párroco de Buenos Aires en particular, son respectivamente la Institución y una de las personas con mayor legitimidad dentro del Barrio.

BIBLIOGRAFÍA

- BURGUESS, E. (1974) «El crecimiento de la ciudad» en G. Theodorson, Estudios de Ecología Humana, Labor Barcelona.
- CALVO, T. (1990) ¿España racista? Voces pagas sobre los gitanos, Anthropos, Barcelona.
- CASTELLS, M. (1978) La cuestión urbana, Siglo XXI, Madrid.
- CASTELLS, M. (1979) Movimientos sociales urbanos, Siglo XXI, México.
- CASTELLS, M. (1986) La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos, Alianza Editorial, Madrid.
- ELSTER, J. (1990) El cemento de la sociedad, Gedisa, Barcelona.
- GINER, S. y PEREZ YRUELA, M. (1979) La sociedad corporativa, CIS, Madrid.
- GRANOVETTER, M. (1982) "The Strength of Weak Ties. A Network Theory Revisited" en Nan Lin and Peter Mardson (Eds.), Social Structure and Network Analysis, Sage Publications, California.
- GUERRA, C. (1995) "La construcción de la subjetividad y de los sujetos sociales", en Enma León y Medardo Tapia (Comp.) Memorias, experiencias y utopía en la apropiación cultural en México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (UNAM), México.
- HARVEY, D. (1977) Urbanismo y desigualdad social, Siglo XXI, Madrid.
- HEWSTONE, M. (1992) La atribución causal. Del proceso cognitivo a las creencias colectivas, Paidós, Barcelona.
- IBAÑEZ, J. (1991) "Prologo" a M. Maffesoli, El tiempo de las tribus, Icaria, Barcelona.
- KNOKE, D. y KUKLINSKI, J. H. (1991) «Network analysis: basic concepts», en G. Thompson et al., eds., Markets, Hierarchies & Networks. The Coordination of Social Life, Sage, London, UK.
- LEFEBVRE, H. 1976 La revolución urbana, Alianza Editorial, Madrid.
- LOMNITZ, L. (1975) Cómo sobreviven los marginados, Siglo XXI, México.
- MAcKENZIE, R.D.(1974) «El ámbito de la Ecología Humana» en G. Theodorson, Estudios de Ecología Humana, Labor, Barcelona.

- PARK, R., (1974) «Ecología Humana» en G. Theodorson, Estudios de Ecología Humana. Labor, Barcelona.
- REQUENA, F. (1989) «El concepto de red social», REIS, 48.
- REQUENA, F. (1991) Redes sociales y mercado de trabajo. Elementos para una teoría del capital relacional. CIS/Siglo XXI, Madrid.
- REVISTA DOCUMENTACION SOCIAL (1993) Investigación-Acción-Participativa, nº 92 Madrid.
- REVISTA NUEVOS AIRES (junio 1995) Asociación Cultural Buenos Aires, Salamanca.
- RODRIGUEZ-VILLASANTE, T. (1991) Movimientos ciudadanos e iniciativas populares. HOAC, Madrid.
- RODRIGUEZ-VILLASANTE, T. (Coord.) (1994) Las ciudades hablan, Nueva Sociedad Caracas.
- RODRIGUEZ-VILLASANTE, T. (1995) Las democracias participativas. HOAC, Madrid.
- SAN ROMÁN, T. (1984) Gitanos de Madrid y Barcelona: Ensayos sobre culturación y etnicidad, Universidad Autónoma de Barcelona.
- SOSA, N.M. (1990) Ética Ecológica, Libertarias, Madrid. [2ª edición en 1994].
- SOSA, N.M. (1993) «Movimiento ecologista y cambio social» Ecología Política 5, pp. 103-123.
- SOSA, N.M. (1995) «Ecological Ethics as an Ethics of Physical and Moral Survival. Towards a Morality of All-Embracing Communication and Solidarity» en Beat and Beatrix Sitter-Liver (Eds.) Culture within Nature, Culture dans la Nature , Swiss Academy of Humanities and Social Sciences / Unesco, Basel, Switzerland.
- SIMMEL, G. (1983) «La metrópolis y la vida mental», Estudios Políticos, vol. 2, México.
- WEBER, M. (1976) «La ciudad occidental y la oriental» en Gino Germani (comp.) Urbanización, desarrollo y modernización, Paidós, Buenos Aires.
- WIRTH, L. (1977) «El urbanismo como modo de vida» en Jorge Montañó, Los grupos sociales. ANUIES-EDICOL, Mexico.

ANEXOS

PLANO 1. SALAMANCA. LOCALIZACION DEL BARRIO «BUENOS AIRES».

PLANO 2. BARRIO DE BUENOS AIRES.

PIRAMIDE 1. POBLACION DE BUENOS AIRES EN 1993: DATOS TOTALES.

PIRAMIDE 1BIS. POBLACION DE BUENOS AIRES EN 1993: DATOS EN %.

PIRAMIDE 2: POBLACION DE SALAMANCA EN 1993.

PIRAMIDE 3: POBLACION DE BUENOS AIRES EN 1986.

CUADRO 1: DATOS ESTADISTICOS DEL BARRIO «BUENOS AIRES». 1986.

CUADRO 2: DATOS ESTADISTICOS DEL BARRIO «BUENOS AIRES». 1989.

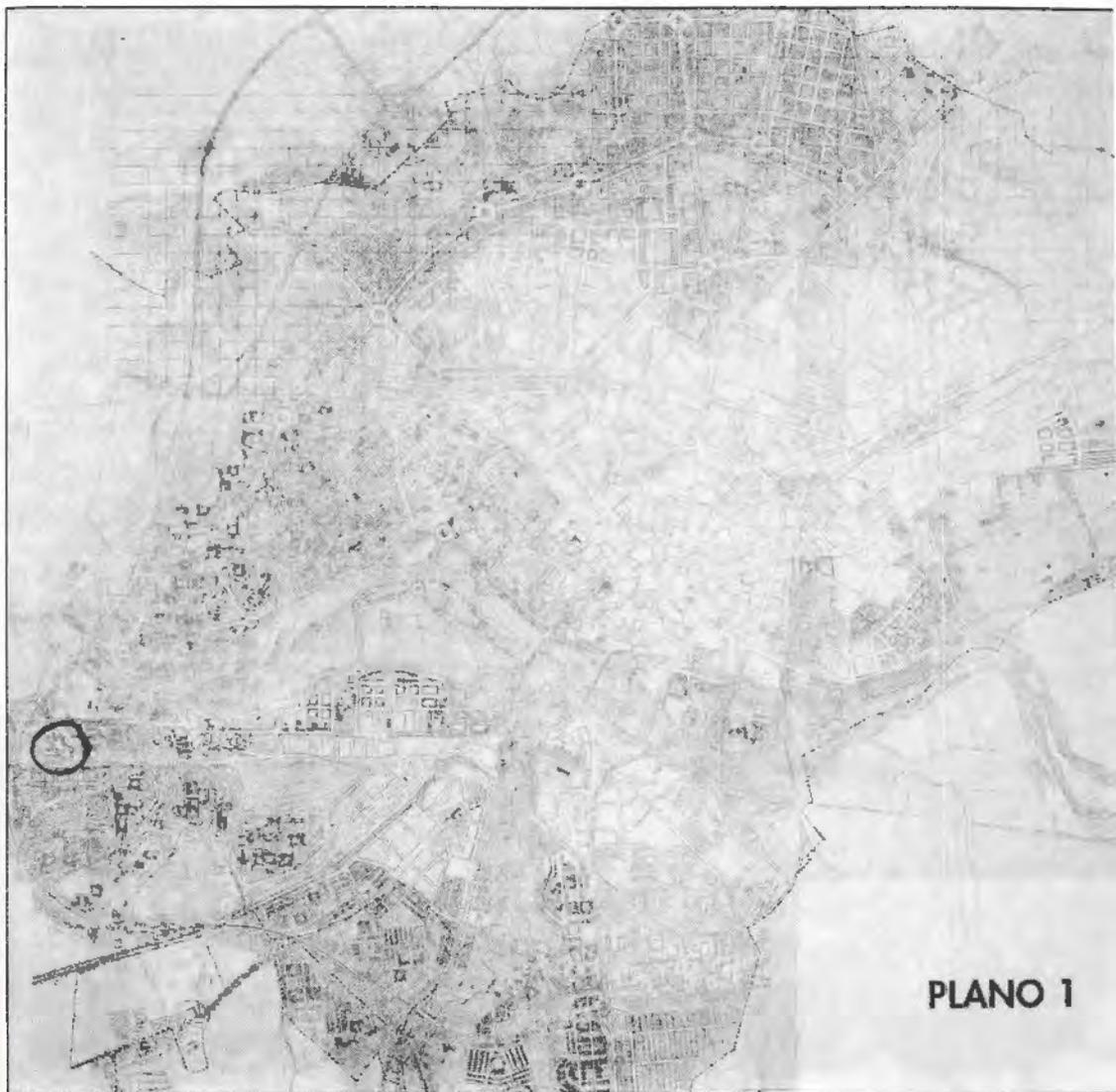
CUADRO 3: DATOS ESTADISTICOS DEL BARRIO «BUENOS AIRES». 1993.

GRÁFICO I:

GRÁFICO II:

GRÁFICO III:

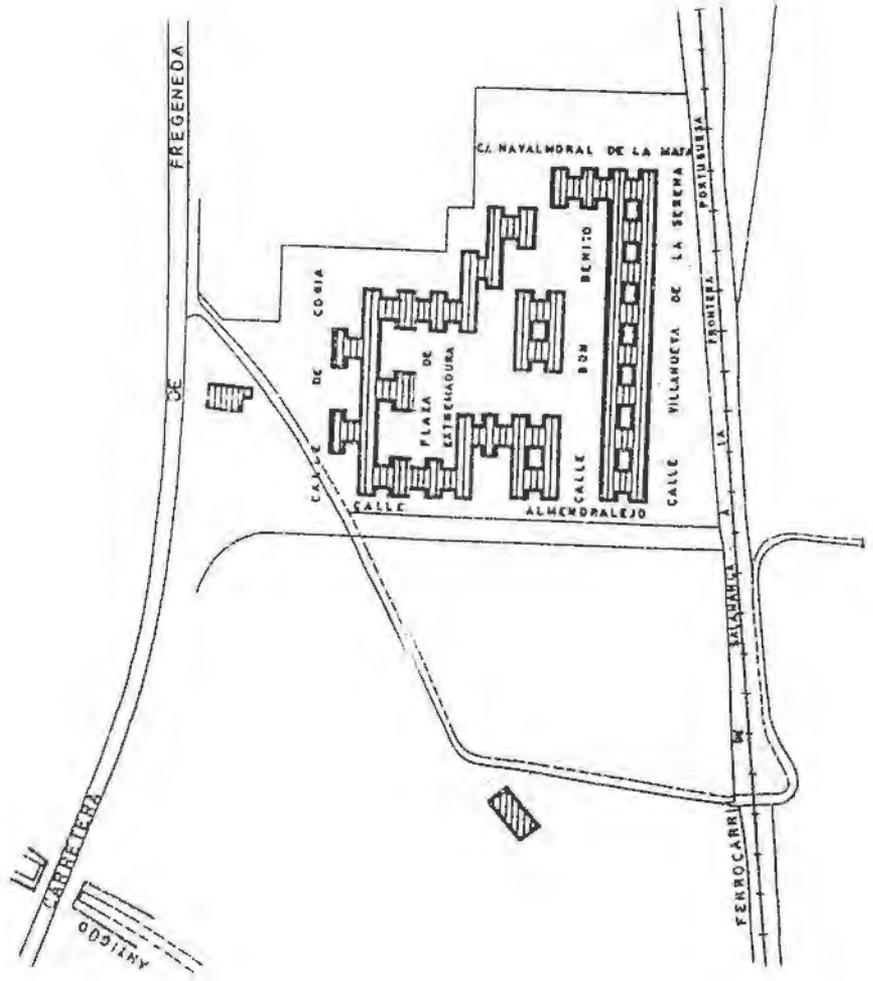
GRÁFICO IV:

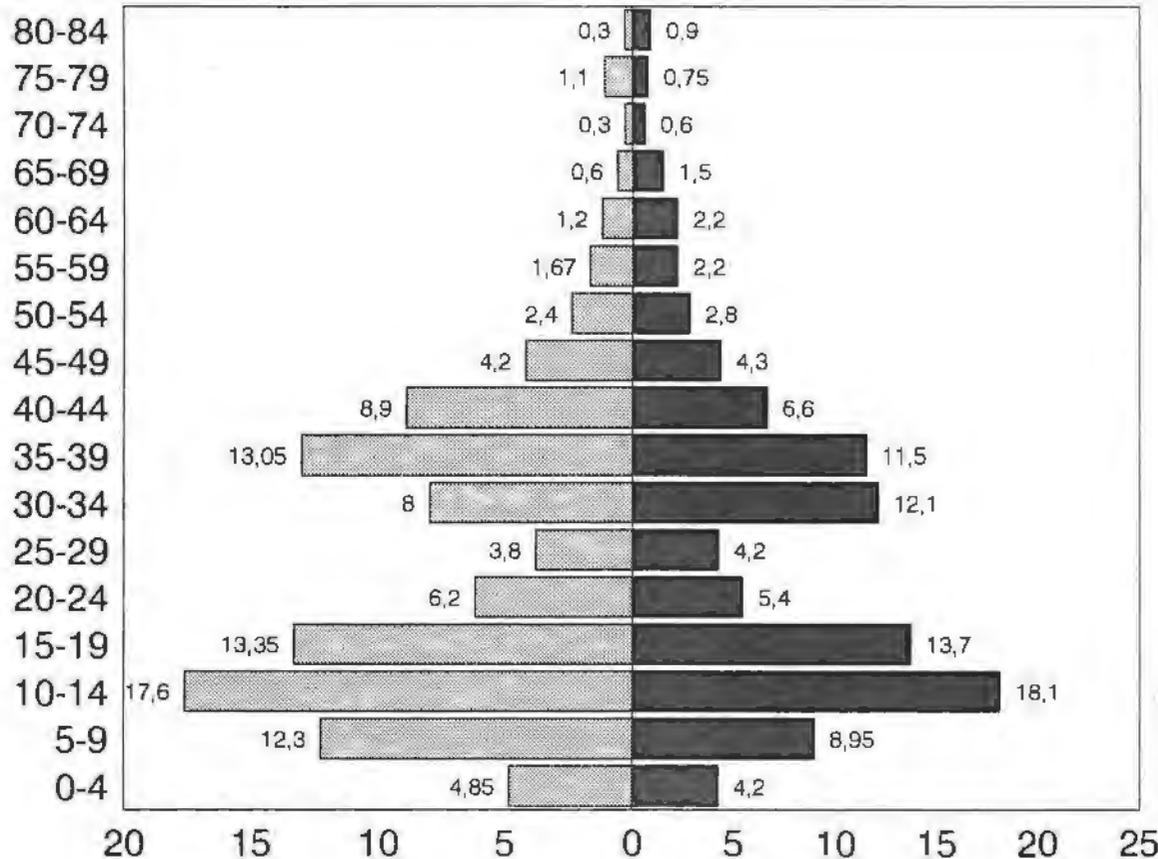


PLANO 1

BARRIO DE BUENOS AIRES

PLANO 2





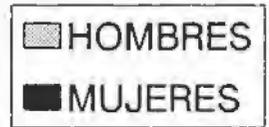
1-Enero-1993 (Datos en %)

Población total: 1329

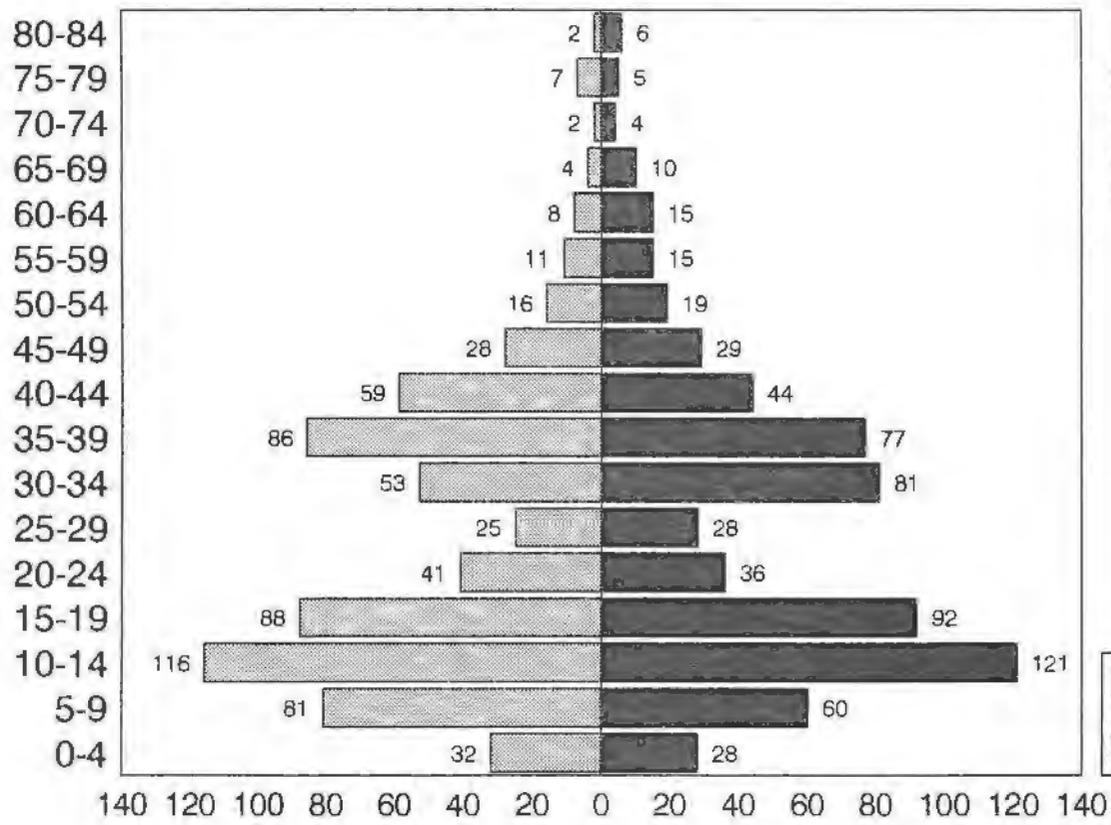
Población <15 = 33%

Población >65 = 3%

50% pobl. total <24 años



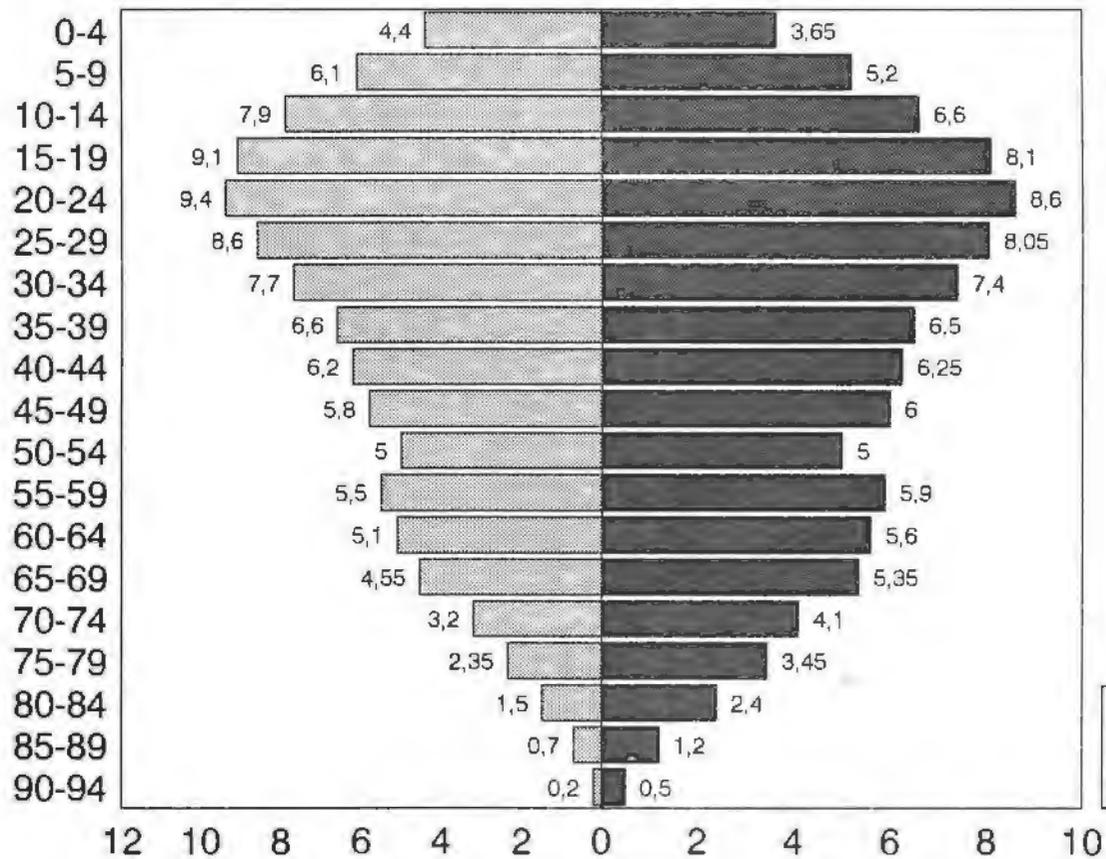
PIRÁMIDE 1 (%)



1-Enero-1993 (Datos Brutos)
 Población total: 1329
 Población <15 = 33%
 Población >65 = 3%
 50% pobl. total <24 años

■ HOMBRES
 ■ MUJERES

PIRÁMIDE 1 (Datos totales)



SALAMANCA, 1993

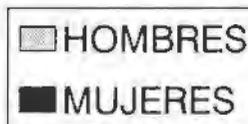
Población total: 165.304

Población <15 años = 16,8%

Población >65 años = 14,7%

50% población < 35 años

34% población < 24 años



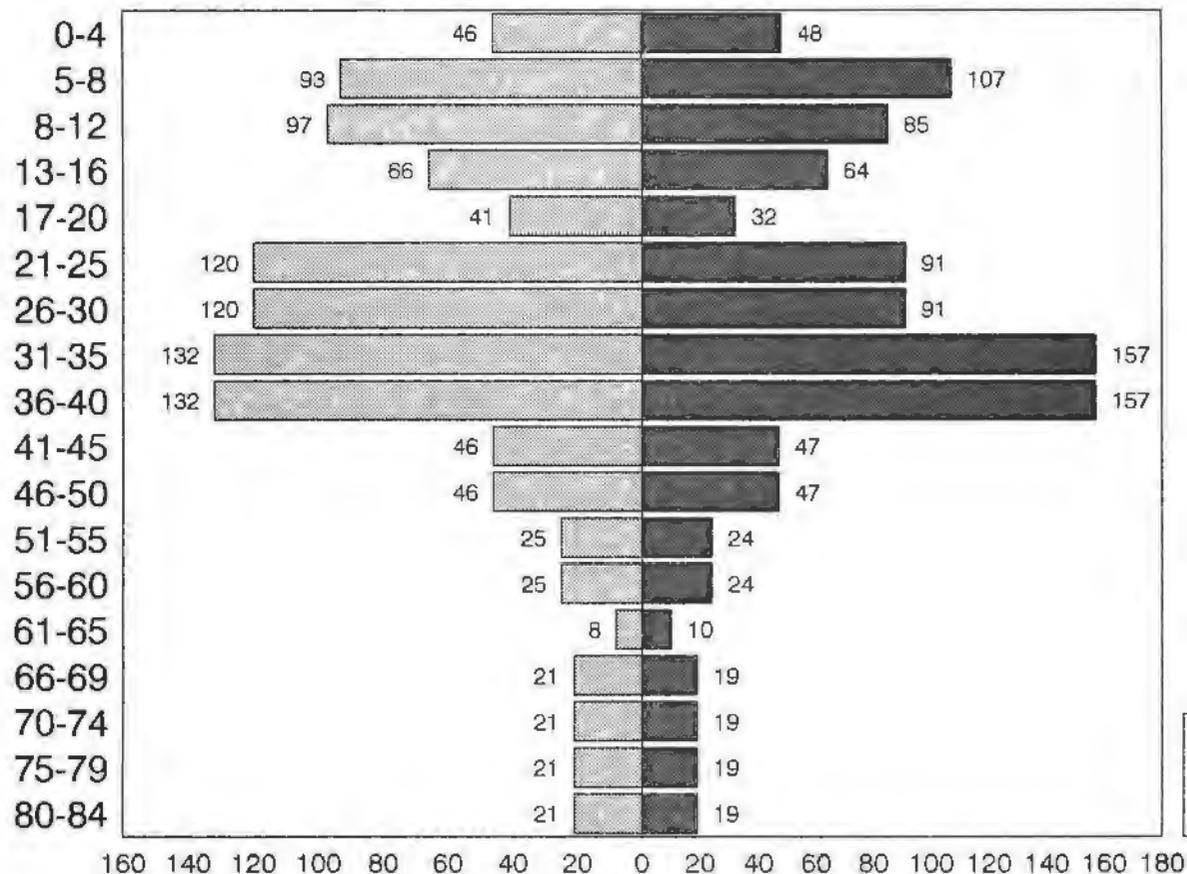
PIRÁMIDE 2 (%)

1-Abril-1986

Población total: 1379

Población < 17 = 43,9%

Población > 65 = 2,9%



PIRÁMIDE 3 (Datos totales)

CUADRO I

DATOS ESTADÍSTICOS DEL BARRIO BUENOS AIRES

(1 de abril de 1986)

N° DE HABITANTES : 1379

PIRÁMIDE DE EDADES

	0-4	5-8	9-12	13-16	17-20	21-30	31-40	41-50	51-60	61-65	66-99	TOTAL
VARONES	48	107	85	64	32	91	157	47	24	8	19	682
MUJERES	46	93	97	66	41	120	132	46	25	10	21	697

COMPOSICIÓN FAMILIAR

Con 1 Miembro	Con 2	Con 3	Con 4	Con 5	Con 6	Con 7	Con 8	Con 9	10 o más
14	43	70	88	54	33	20	8	4	1

SITUACIÓN CIVIL

N° de viviendas en las que el habitante es propietario	N° de viviendas en las que el usuario es inquilino	N° de extranjeros en el barrio	N° de mujeres casadas que trabajan	Solteras	Casados	Viudos	Separados o divorciados
4	331	7	24	747	590	31	11

OTRAS SITUACIONES

Jubilados o Pensionistas	AMAS DE CASA	ESTUDIANTES	ESCOLARES	MENORES NO ESCOLARIZADOS	SUBNORMALES	MINUSVALIDOS
57	307	128	408	44	2	0

NIVEL CULTURAL

ANALFABETOS (Personas que saben leer o escribir o que saben dictar)	PRIMARIA INCOMPLETA	Primario o EGB Primer ciclo completo	Dictado de Matemática o EGB segundo o ciclo completo	Formación profesional o universitaria	Bachillerato Superior, Maestría BUP o CDU	Grado Medio	Títulos Superiores
44	541	488	111	15	26	7	6

SITUACIÓN LABORAL

CUMPLIENDO EL SERVICIO MILITAR	ESTÁN TRABAJANDO EN UN SERVICIO O PROFESION	ESTÁN OCUPADOS POR PRIMERA VEZ	ESTÁN PARADOS Y BUSCAN OCUPACIÓN HABIENDO TRABAJADO ANTES	VIVEN DE RENTAS
1	249	10	90	1

CONDICIÓN SOCIO-ECONÓMICA

Empresarios o profesionales que dan trabajo a otras personas	Empresarios o profesionales por cuenta propia	Miembros de cooperativas en las cuales trabajan	Personas que trabajan con carácter fijo	Personas que trabajan con carácter eventual o interino	Personas que trabajan sin remuneración registrada
3	20	3	185	45	0

PROFESIONES MÁS REPRESENTATIVAS

Cóncavo sin especificar	22	Arquitectos	0	Empleados bancarios	0	Mujeres	0	Religiosos	0
Funcionarios	13	Administrativos	2	Enfermeras	0	Pedagogos	12	Empleadas Hogar	16
Artistas	13	Carpinteros	12	Laborembrados	7	Psicólogos	29	Otros servicios	130
Ferrovianos	2	Conductores	17	Médicos	8	Profesores	0		
Abogados	0	Dep. Comercio	24	Médicos	0	Propietarios Bar	0		

CUADRO II

DATOS ESTADÍSTICOS DEL BARRIO BUENOS AIRES

(1 de enero de 1989)

N° DE HABITANTES : 1415

PIRÁMIDE DE EDADES

	0-5	6-10	11-15	16-20	21-25	26-30	31-35	36-40	41-45	46-50	51-55	56-60	61-65	66-69	TOTAL
VARONES	74	127	102	65	27	43	98	63	39	19	11	12	8	18	682
MUJERES	63	115	106	64	32	75	82	61	34	14	17	10	11	21	697

COMPOSICIÓN FAMILIAR

Con 1 Miembro	Con 2	Con 3	Con 4	Con 5	Con 6	Con 7	Con 8	Con 9	10 o más
27	37	59	97	65	26	18	10	6	1

SITUACIÓN CIVIL

N° de viviendas en las que el usuario es propietario	N° de viviendas en las que el usuario es inquilino	N° de extranjeros en el barrio	N° de mujeres casadas que trabajan	Solteros	Casados	Viudos	Separados o divorciad.
10	325	6	25	791	584	29	11

OTRAS SITUACIONES

JUBILADOS O PENSIONISTAS	AMAS DE CASA	ESTUDIANTES	ESCOLARBS	MENORES ESCOLARIZADOS	NO SUBNORMALES	MINUSVALIDOS
51	305	135	395	46	2	0

NIVEL CULTURAL

ANALFABETOS Personas que no saben leer o escribir o que saben escribir mal	PRIMARIA INCOMPLETA	Primario o EGB Primer ciclo completo	Bachillerato Elemental o EGB segundo ciclo completo	Formación profesional Oficial o Inicial	Bachillerato Superior, Maestría BUP o COU	Grado Medio	Titulados Superiores
45	536	479	113	15	26	8	8

SITUACIÓN LABORAL

CUMPLIENDO EL SERVICIO MILITAR	ESTÁN TRABAJANDO EN UN OFICIO O PROFESIÓN	BUSCAN OCUPIACION POR PRIMERA VEZ	ESTÁN PARADOS Y BUSCAN OCUPIACION HABIENDO TRABAJADO ANTES	VIVEN DE RENTAS
3	250	10	89	----

CONDICIÓN SOCIO-ECONOMICA

Empresarios o profesionales que dan trabajo a otras personas	Empresarios o profesionales por cuenta propia	Miembros de cooperativas en las cuales trabajan	Personas que trabajan con carácter fijo	Personas que trabajan con carácter eventual o interino	Personas que trabajan sin remuneración reglamentada
2	18	3	180	55	----

PROFESIONES MAS REPRESENTATIVAS

Obreros sin especificar	Arquitectos	Empleados banca	Militares	Religiosos
22	---	---	1	---
Funcionarios	Administrativos	Enfermeras	Peones	Empleadas Hogar
11	2	---	12	14
Albañiles	Camareros	Labradores	Peón albañil	Otra situación
15	14	7	28	178
Ferrovianos	Conductores	Mecánicos	Profesores	
2	16	8	1	
Abogados	Dep. Comercio	Médicos	Proprietarios Bar	
---	23	---	---	

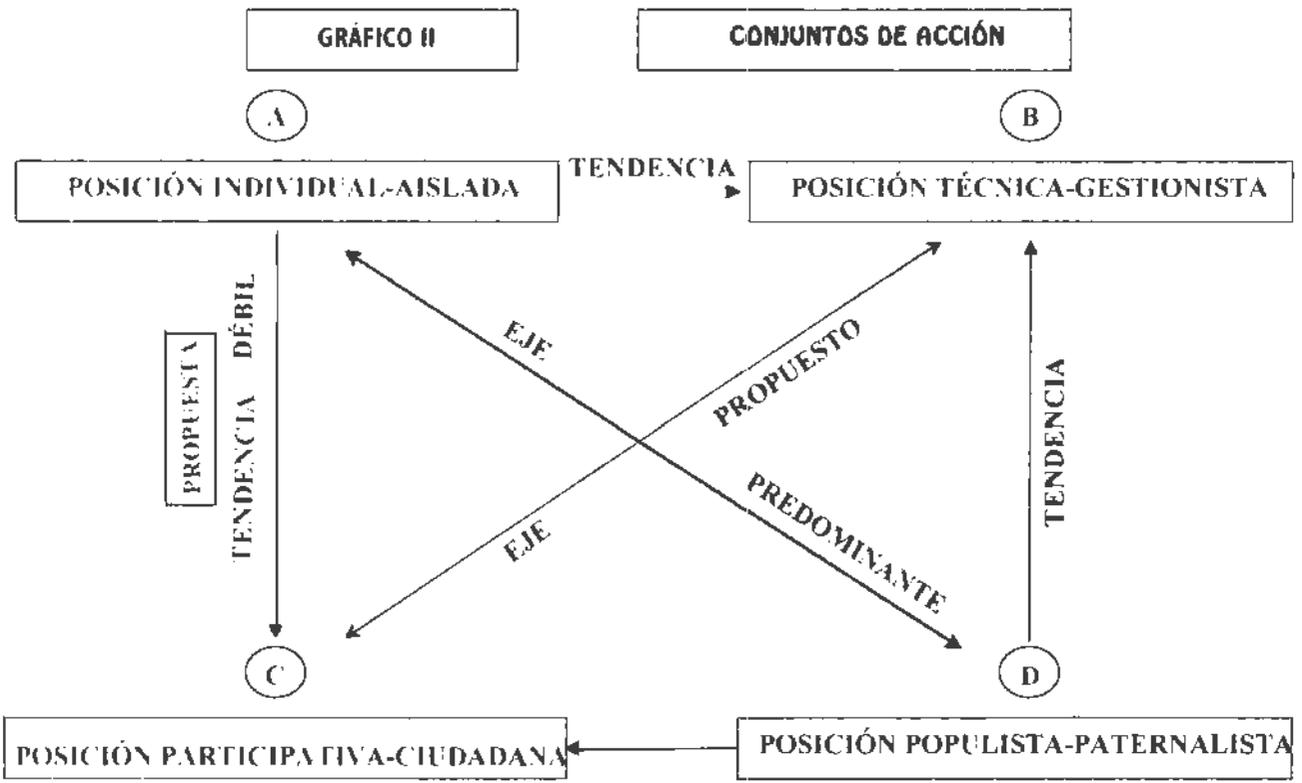


GRÁFICO III

CONDUCTAS

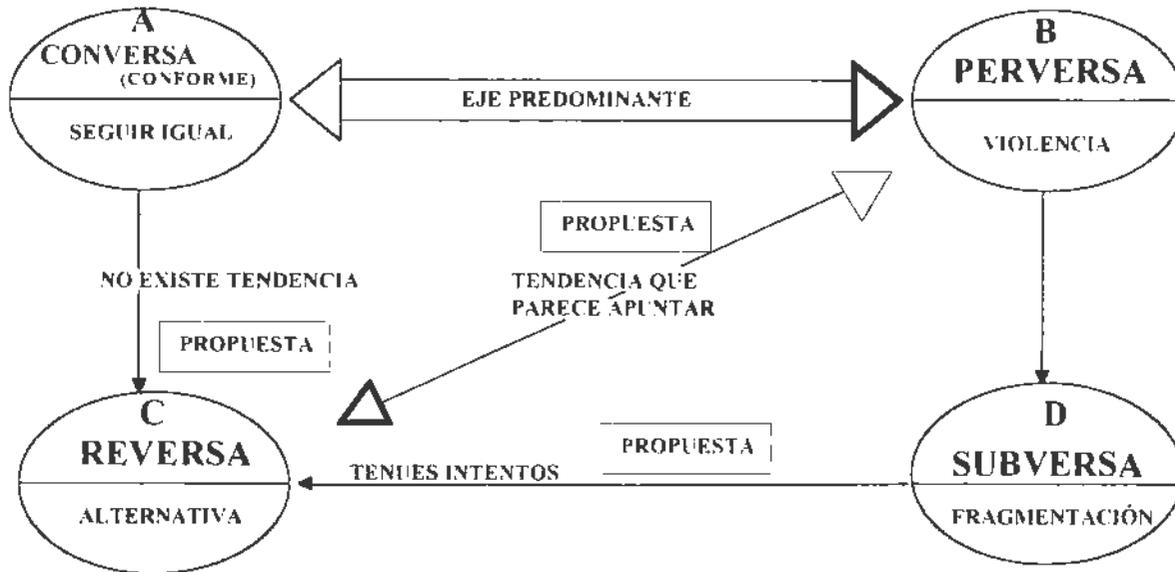
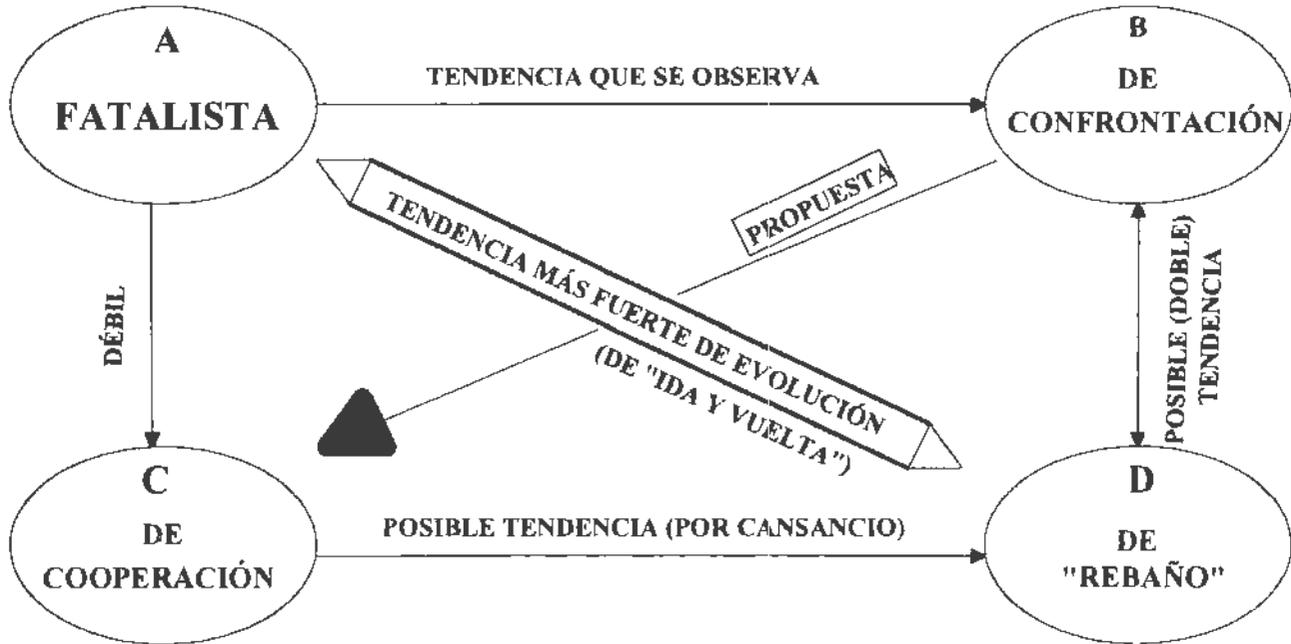


GRÁFICO IV

FUTURO



Caja Salamanca y Soria



ayuntamiento
de
salamanca



Nicolás M. Sosa y Carlos Guerra
(Directores)

VIVIR EN LA PERIFERIA



**Estudio sociológico en el Barrio de Buenos Aires
mediante
Investigación-Acción Participativa**

**SALAMANCA
1995**